



AILINA SHEBELLE

*En
algún lugar
de tu* **MENTE**

En
algun lugar
de tu **MENTE**

Título: *En algún lugar de tu mente*
© 2017, [Ailina Shebelle](#)

De la edición y maquetación: 2017, [Romeo Ediciones](#)
Del diseño de la cubierta: 2017, Alexia Jorques

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Puedes seguirme en:



<http://ailinashebelle.blogspot.com.es/>



<https://www.facebook.com/ailinashebelleautora>



[@AilinaShebelle](https://twitter.com/AilinaShebelle)



<http://ailinashebelle.wixsite.com/autora>

«Todos los sueños se hacen realidad
si tenemos el coraje de perseguirlos»

WALT DISNEY

A ti, que estás leyendo esto.

ÍNDICE

Créditos

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

Epílogo

Agradecimientos y notas de la autora

Sobre la autora

Prólogo



Suspiré un segundo antes de abrir la puerta. Se podría decir que me daba un poco de miedo girar el pomo y no encontrar nada, salvo una soledad absoluta a mi alrededor. Tomé aire una vez más, esta vez de manera decisiva, colocando mi mano en el pomo frío. Lo sujeté con fuerza, cerré los ojos y tiré hasta dejar la puerta lo suficientemente abierta como para poder pasar.

Al ser pequeña y delgada no me sería muy difícil entrar por ese escaso espacio, aun así, abrí un poco más la puerta, sólo para echar un vistazo antes de precipitarme al fondo del salón.

Un suave y delicado sonido me llamó la atención. Mis ojos buscaron en el interior sin ver nada, mis pies vibraron ante la expectación y quisieron moverse para seguir buscando. Entonces, el sonido se hizo más repetitivo. La música de la guitarra sonaba de manera limpia, casi profesional, y ya no pude seguir aguantando la tentación de saber de dónde venía aquella maravilla. Di un paso tras otro, quedando a pocos centímetros de la puerta, la cual cerré a mi paso, y la oscuridad me inundó. Vacilé sobre si dar la vuelta y marcharme. La música se hacía más fuerte conforme mi cuerpo se acercaba a la más absoluta de las soledades, pero entonces pude verlo. Una luz radiante en medio de la sala. Parecía celestial, me llamaba.

Giré, a saber por qué, y al encontrar la luz de nuevo algo había cambiado. Justo debajo del camino de luz había un chico.

Su pelo alborotado le tapaba casi toda la cara, sus manos se deslizaban bailarinas en las cuerdas de la guitarra, su cuerpo marcaba el ritmo dejándose llevar, sentado en el suelo. No sentí miedo, al contrario de lo que creí. Una sensación, sólo una. Una que me llenó de pies a cabeza mientras miraba extasiada a aquel muchacho, el cual debía hallarse tan hipnotizado en su trabajo musical, que ni tan siquiera levantó la vista un segundo.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla y cayó al vacío. Pude oír cuándo llegó al suelo. Y él también.

No dejó de tocar. Sus ojos, de un brillante color verde mar, recorrieron

la lágrima, el suelo, mis pies, mis piernas, mi pecho, mi cuello, mi cara. Estaba serio, pero su rostro era amigable. No pude evitarle la mirada.

Aflojó el sonido de sus notas, y sin dejar de mirarme directamente a los ojos, sus labios dibujaron la más espléndida de las sonrisas. Se la devolví instantáneamente, sin esfuerzo. Me era familiar, su cara, su pelo... quizá le conocía y no lo sabía, ¿podiera ser?

Quise acercarme. Quería tocarle, sentir que era real, que estaba ahí conmigo. Di un paso, sólo uno, y su sonrisa desapareció, cambiándola por un gesto de miedo.

Y todo se volvió negro.



Me desperté de golpe, sudorosa y llorando, con la respiración acelerada al compás del corazón, el cual sentía que se me saldría por la boca si no me calmaba.

Sentada en la cama, miré hacia la ventana. Era de día. Pequeños rayos de sol atravesaban la persiana discretamente. Me sequé las lágrimas con la manga del pijama y salí de la cama un poco desorientada.

No era la primera vez que tenía ese sueño. Aquel lugar me era tan familiar... La melodía la llevaba tan clavada en la mente que esperaba escucharla en algún sitio tan sólo para hacerme ver que no estaba loca.

Seguramente, esa canción ya la había escuchado antes, pero no podía recordarlo. Puede que incluso él existiera. A lo mejor era un desconocido que vi un día y mi mente lo archivó a saber por qué razón. Pero, ¿por qué tenía ese sueño tan menudo? ¿Por qué despertaba siempre de aquella manera? Un desconocido o un sueño no deberían afectarme tanto como para tener la sensación de que había perdido algo importante al despertarme.

Me obligué a no darle más vueltas. Fui al baño a echarme agua en la cara, pues eso era lo que más me calmaba. Me hacía sentir bien. Era como terminar de despertarme.

Miré el reloj. Las siete de la mañana. Mis padres aún dormían, de hecho, oía los ronquidos de mi padre incluso con las puertas cerradas. ¡Menudo escándalo!

Caminé, ahora más relajada, directa a hacerme el desayuno. Al fin y al cabo ya no podía dormirme de nuevo.

Antes de llegar a la cocina, mientras bajaba las escaleras, oí el televisor. ¿Se lo habrían dejado encendido toda la noche?

—Buenos días... —murmuró alguien desde el sofá.

Mi hermano, Patrick, estaba centrado en la imagen que el televisor proyectaba sin sonido.

—Ya me extrañaba. ¿Qué haces despierto?

—No podía dormir, además estoy esperando una llamada de Claudia.

—Posiblemente ella esté durmiendo. —Pensé en la hora que era con detenimiento. —Bueno, seguro que lo está.

Encogió los hombros y se levantó con cara adormilada, era increíble que pudiera pasar la mayor parte de las noches así. Pasó de largo y subió el primer escalón, parándose en él y dándose la vuelta para mirarme.

—¿Y tú, qué haces despierta? —Preguntó, con los ojos entornados.

—Lo de siempre. Ya sabes, una vez que me despierto... —Hice un gesto levantando los hombros en plan «no sé por qué me pasa esto a mí».

—Ya veo. El sueño otra vez, ¿no?

Afirmé con la cabeza.

—¿Ha cambiado algo? —Preguntó con interés.

Él era el único que conocía mi pequeño problemilla.

—No. Sigue todo igual. Las mismas cosas, los mismos sonidos, la misma canción... —Paré un segundo, pensativa. —El mismo chico.

Patrick se rascó la cara y puso su mano en mi hombro.

—Deberías ir al médico.

Puse los ojos en blanco. Esa era su respuesta para casi todo en la vida.

—Y tú deberías ir a la cama —respondí, cansada.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, muy serios.

—¡Venga ya! Es sólo un sueño, Patrick.

—Amelia... eres mi hermana y te quiero. Pero de verdad, nadie tiene trescientas mil veces el mismo sueño cada noche.

Entrecerré los ojos.

—Trescientas mil veces son muchas veces, Patrick. Eres un exagerado.

—Y tú muy literal.

Le saqué la lengua en plan burlón.

Quizá tuviera razón, no conocía a nadie que hubiera tenido la capacidad de reproducir todas las noches el mismo sueño de principio a fin. Era como si al cerrar los ojos alguien le diera al *play* y la película empezase una y otra vez.

Me acarició la cara y subió un par de escalones. No llegó muy lejos.

—Patrick... —Parpadeé con preocupación.

Suspiré y él notó mi inquietud.

—Amelia, como tú has dicho, es sólo un sueño. Era una broma, ¿vale? Deja de pensar en ello. A lo mejor te has obsesionado tanto con el tema que tú misma te estás volviendo loca. Olvídate y verás cómo dejas de soñar —

dijo, muy seguro de lo que decía.

Asentí, intentando convencerme de que lo que decía tenía sentido.

Agradecí poder hablar con él en ese momento. Nuestra relación de hermanos no era la típica que se veía en las películas en las que la hermana odia al hermano, y viceversa. Desde niños, Patrick y yo nos habíamos llevado bien. Puede que el hecho de llevarnos cuatro años hiciera que nos entendiésemos mejor.

—Ya... tienes razón —le dije. —Haré lo que me has dicho. Intentaré no pensar.

Le sonreí, apoyada en la barandilla de la escalera, y él me devolvió la sonrisa desde arriba. Me guiñó un ojo antes de desaparecer detrás de la puerta de su cuarto y volví a quedarme sola.

Era sábado, así que no había nada que hacer excepto no hacer nada. Ya había desayunado, me había duchado, peinado y vestido.

Mis padres ya se habían levantado, estaban desayunando y hablando todo el rato. Patrick también estaba despierto, con mejor cara que hacía unas horas, pegado al teléfono, nervioso.

Mientras le observaba atentamente, el teléfono sonó.

—¡No lo cojas! —Gritó, saltando del sillón.

Se levantó y caminó alrededor del aparato mientras sonaba, frotándose las manos y moviendo la boca, hablando para él mismo. Parecía un loco.

Mis padres estaban tan distraídos en su conversación que ni se fijaron.

—¿Se puede saber qué haces? —Pregunté.

—Espero.

Se frotó las manos. Dios, ¿dónde se había metido mi hermano, el relajado y cerebritito?

—¿A qué? ¡Cógelo ya, que van a colgar! —Me levanté desesperada y descolgué.

—¡No! —Gritó. Pero ya era tarde.

—¿Diga? —Contesté, mientras él me ponía las manos en la cara para que le diera el teléfono. —¡Ah, sí! Espera, Sylvia, que mi hermano no para de incordiar.

Hice un gesto para que parase. Él me miró y gruñó, sentándose de nuevo en el sillón.

Sylvia había sido mi mejor amiga desde preescolar.

Por aquél entonces era una niña solitaria, jugaba sola, algo que no me importaba demasiado. Un día llegó al colegio una niña de pelo caoba y ojos marrones. Su sonrisa y su vocecita conquistaron mi corazón y, desde entonces, si había alguien que me conociese casi tanto como mi hermano, esa era Sylvia.

Lo malo de tener una amiga así es que no te quedan cosas para ti, de hecho, intentar ocultar algo se hacía imposible.

La pobre andaba velando los vientos por Patrick, mientras él los velaba por Claudia, su novia inexistente —ya que nadie en casa la habíamos visto en los cuatro años que llevaban juntos—.

Sylvia se pasaba el día intentando llamar la atención de Patrick y él fingía no escucharla.

Seguía al teléfono cuando sonó el móvil de Patrick. Salió disparado hacia su cuarto mientras mi amiga me hablaba de ir de compras por la tarde, algo que le apasionaba. Sin embargo, yo lo odiaba. Ella siempre iba bien conjuntada, a la moda, le gustaba destacar, que la miraran y la piropearan. Yo, cuanto más desapercibida pasase, mejor.

Éramos la cara y la cruz.

Ya que hacía un buen día, con un sol resplandeciente, acepté la oferta con más afán de olvidarme de mi sueño que de comprar nada.

Así que, esa tarde fuimos al centro comercial, el gran paraíso de Sylvia.

Se probó alrededor de diez camisetas y ocho pantalones. Tan sólo compró dos de cada.

Estar mirando a cada minuto el más mínimo detalle de la prenda para dar mi visto bueno, fue lo peor de la jornada. Mis respuestas mecánicas eran «te queda bien», «ese me gusta», «ese no», luego ella daba vueltas para verse desde diferentes ángulos, se lo quitaba, se probaba otra prenda y luego volvía a la anterior, y así sucesivamente.

Me cansaba demasiado, aunque era lo suficientemente paciente como para aguantarlo.

—Deberías comprarte algo —me dijo, poniendo poses en el espejo con su nuevo pantalón.

—Ya tengo ropa... —Contesté medio tirada en uno de los sillones de la tienda.

—Así nunca te echarás novio, Amelia. —Se dio unas palmadas en los muslos y me miró para que le diera mi opinión.

—Te queda bien —dije, sin mucho afán—, y no es que esté pensando

precisamente en chicos ahora, Sylvia. Tengo bastante con los exámenes.

Ella hizo un mohín de disgusto, pero no me contestó.

—Creo que me llevo estos pantalones.

Por fin, fuimos a pagar las nuevas adquisiciones y decidimos ir a tomar algo. Salimos de la tienda para acabar en la hamburguesería más cercana. Mi estómago no hablaba, rugía. Es más, tenía tanta hambre que podría haberme comido un elefante enorme.

Estaba a punto de darle un bocado a mi hamburguesa repleta de kétchup, cuando algo llamó mi atención.

Me congelé y el hambre se me fue de golpe.

Sus ojos, su cara, su pelo... sobre todo, su pelo.

Le vi caminar tan aceleradamente que no pude evitar levantarme y salir corriendo tras él. Se paró en una tienda de música y entró. Pensé que sería perfecto, pues podría verle bien la cara y hablar con él, quería cerciorarme de varias cosas.

Sylvia se quedó impresionada al verme salir pitando, debió pensar que no estaba en mis cabales.

Me metí en la tienda y lo busqué con la mirada. Había una pareja, un niño y el dependiente, pero ni rastro del misterioso chico.

Parada y con cara de susto no pude reaccionar hasta que oí la voz del dependiente.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Su voz sonaba nerviosa. Definitivamente pensaría que yo era una loca.

—No... Yo... —Mascullé. —Disculpa.

Salí de allí en el acto. Pude sentir las miradas de las personas de dentro y fuera de la tienda, incluida Sylvia, que me esperaba de pie en nuestra mesa.

Hundiéndome en mí misma, pasé por su lado, de camino al coche. Ni siquiera me acordé de la hamburguesa.

Volvíamos a casa las dos calladas. Yo no sabía qué decir y tampoco me apetecía hablar de nada, supongo que ella estaría en las mismas.

Aparqué en la puerta de casa. Me desabroché el cinturón muy lentamente. Mi mente estaba intentando buscar una explicación a todo lo ocurrido, pero no había forma de dar con una hipótesis lo suficientemente buena.

Fui a salir, pero Sylvia me agarró el brazo. Me miraba preocupada.

—Amelia, ¿estás bien?

¿Qué se suponía que tenía que decirle? «Sí, Sylvia, pese a tener alucinaciones con un chico con el que sueño cada maldita noche, estoy bien.»

No se me ocurrió nada mejor que fingir normalidad.

—¿Por qué lo dices?

—Amelia... —suspiró con fuerza.

—Estoy bien —contesté, más para mí que para ella—. He tenido un día raro, eso es todo. No me he vuelto loca ni nada por el estilo, o eso creo. — Solté una risita nerviosa, intentando suavizar el momento.

Sus ojos marrones me miraban con tristeza, debía haber algo en mí que inspiraba pena y yo no podía percibirlo. Estaba demasiado ida como para ser racional.

—De acuerdo —me dijo— Nos vemos mañana... Podríamos ir al muelle a tomarnos unos bocatas. Tu hermano podría venir con nosotras... ya sabes.

Me lanzó una media sonrisa y yo la secundé con otra.

—Sí, lo intentaré. Me apetece mucho.

Le apreté la mano antes de bajar del coche y meterme en casa.

Miré hacia el salón, saludando a mis padres.

Patrick debía estar arriba.

No me apetecía hablar con nadie, así que les di las buenas noches y esperé a la mañana siguiente para contarle nuestros planes a mi hermano. Con suerte, le convencería para que viniese con nosotras un rato.

Me tiré en la cama, estaba rendida. No podía dejar de pensar en si estaría loca o no.

No, me dije. Yo había visto a ese chico caminando como cualquier otra persona y entrando a la tienda. Después, me había levantado sin dejar de mirar hacia la puerta. Si hubiera salido le habría visto.

No estás loca, Amelia.

Pero, ¿quién era? ¿Era real? ¿Una alucinación?

¿Qué estaba pasando? No entendía nada. Intenté darle una explicación en mi cabeza, alegando que había sido un día duro lleno de ropa y colores, y que, posiblemente, era el cansancio lo que me hizo ver cosas que no había...

Quizá sí había salido de la tienda y yo no lo vi.

Fuera como fuese, preferí dormirme. Si estaba loca a esas alturas no tendría remedio.



Hacía frío en aquel porche. Estaba tiritando pese a llevar un abrigo. Caminé sigilosa, observando minuciosamente los nuevos detalles añadidos a la escena.

Un gran cerezo de hojas rosas parecía querer meterse en el porchecito de suelo de madera. Un banco balancín chirriaba por el casi imperceptible viento que hacía, y dos columnas blancas presidían la entrada al porche. Miré hacia la puerta, de hecho, la miré durante tantísimo rato que me dieron ganas de marcharme. Estaba enfadada, quería pedir explicaciones a alguien sobre todo lo que estaba pasando.

Giré para irme, estaba decidida a hacerlo, pero justo en ese momento oí los primeros acordes de guitarra y algo en mí hizo que me detuviera. Una sensación de melancolía me invadió y luché contra la fuerza de mi mente, intenté burlar al sueño y tener el control, pero no pude.

Cuando menos lo esperaba ya estaba dentro de la casa. Entré tan rápida que ni el miedo ni la desesperación pudieron conmigo.

Él estaba allí.

No parecía diferente, seguía rítmicamente sincronizado con la guitarra y todo hizo «clic», como si en ese instante todo estuviera claro para mí. La emoción me llenó los sentidos y, al igual que en otras ocasiones, tuve ganas de llorar. ¿Por qué sentía esa sensación cada vez que le veía?

Pude escuchar cómo una de mis lágrimas chocaba con el suelo mientras él seguía tocando. Su mirada me buscó poco a poco, sin prisa, y al mirarme a los ojos sonrió como siempre. Mi cara debió ser un poema, pero no dejó de sonreír, así que, yo saqué la mejor de mis sonrisas y se la ofrecí con la seguridad de que, a continuación, todo acabaría y yo despertaría.

Pensé en decirle algo, pero las palabras no salían. Él debió percibir mi intento de hablar, por lo que dejó de tocar.

La sala se me antojó enorme ante tanto silencio. Impresionada por la nueva situación, me quedé muy quieta esperando que algo pasase.

Su interés crecía por momentos, sabía que yo quería hablar y esperaba paciente a que me animase a ello. Por alguna extraña razón, no podía evitar observarle mientras sus ojos taladraban los míos. Mi boca intentó moverse para formar una frase. Quería estar más cerca de él.

Iba a dar un paso y su cara cambió, su curiosidad se había ido. Le miré una última vez antes de moverme, y todo se volvió oscuro.

Desperté enrollada en las mantas, la cama estaba desastrosa.

Me quedé unos minutos sentada en el colchón pensando en todo lo que había visto. Era curioso que pudiera acordarme absolutamente de todo. Cuando sueñas, lo más normal es que no te acuerdes de nada, o directamente no eres consciente de que has estado soñando. Sin embargo, yo recordaba cada detalle.

El resto de la mañana la pasé en baba hasta que a las diez y cuarto de la mañana Sylvia me llamó para recordarme nuestra comida juntas en el muelle. Remarcó la necesidad de que mi hermano viniese con nosotras, cosa que no pude prometerle. Quizá si le insistía de buena gana podría conseguirlo.

Cuando logré despertar de mi letargo particular, me dispuse a buscarlo por la casa, pero no lo encontré.

—Cariño, ¿buscas a tu hermano? —Preguntó mi madre desde la cocina.

—Sí, ¿no está en casa?

—Se fue hace una hora a la biblioteca.

Fruncí el ceño.

—¿Hoy, domingo? —Pregunté, aunque no sé de qué me extrañaba, Patrick siempre estaba en la biblioteca.

Ella afirmó con la cabeza y empezó a tararear una canción de Elvis Presley, su cantante favorito.

Me senté en la mesa para desayunar mientras observaba a mi madre moverse de un lado para otro. Mi padre entró en la cocina y se llenó la taza de café. Iba a salir, pero antes de marcharse, se acercó a ella, le rodeó la cintura, y le dio un beso en los labios.

Sonreí. No hay nada como ver a tus padres quererse de esa forma.

Me dio por pensar en cómo se conocieron, en lo diferente que sería la vida de mi madre si no hubiese conocido a mi padre, si no nos hubiera tenido a mí y a Patrick.

Si sus pasos hubieran sido los que deberían...

Mi madre, Deborah, podría haber sido lo que quisiera. Siempre tuvo el mundo a sus pies. Digamos que a mi abuelo no le faltaba el dinero.

Pasó sus años de infancia en un colegio privado de monjas, cuya única compañía eran otras niñas igual que ella. Sus notas eran impecables. El día que cumplió los dieciocho, decidió ir a una universidad del norte, fuera del país.

Aquel verano iba a ser como cualquier otro, salvo por la sensación de madurez que sentía ante las expectativas de futuro.

Un día, mientras paseaba con sus amigas, un muchacho se le echó encima, arrollándola en medio de la acera. Debi, que por aquel entonces era una recatada muchacha llena de rectitud, se enfureció muchísimo por el comportamiento del chico, ya que ni siquiera se disculpó por el choque que sufrieron. No fue hasta más tarde que se enteró de que la prisa de éste había sido por el robo de un paquete de tabaco. Era tal la irritación que le supuso aquella caída, que fue ella quien realmente ayudó a la policía a capturarlo.

Lo último que supo es que el chico dormiría en el calabozo esa noche.

Dos semanas más tarde, Debi llevó el coche al taller para arreglar una rueda. Al llegar no se percató de ningún trabajador, a excepción del jefe del sitio. Cuando terminó de contarle al señor lo que necesitaba, se dio cuenta de que alguien la miraba descaradamente desde el otro lado del taller.

La seriedad con la que la observaba el desconocido hacía que se sintiese cohibida. Aquel muchacho era insistente y la estaba molestando. Ella le devolvía intermitentemente la mirada, nerviosa por la situación y deseando que el hombre que la había atendido terminase pronto.

El chico se sacó un cigarrillo de detrás de la oreja, lo encendió, y lanzó una bocanada de aire llena de humo.

De repente, ella recordó esa cara que la vigilaba.

Aquel mecánico lleno de grasa y con aspecto desgarrado era el mismo que la embistió hacía unos días en la calle.

Por un momento sintió miedo, ¿estaba pensando en hacerle daño y vengarse? Intentó ocultar el nerviosismo mientras se dirigía al jefe para decirle que dejaría el coche y volvería en unas horas. Después salió disparada, procurando no mirar atrás.

Su corazón bombeaba demasiado deprisa, ¿la perseguiría el muchacho o estaba corriendo innecesariamente? Echó un vistazo para descubrir que

estaba sola.

Nadie la seguía.

Tras un rato de caminata, se sentó en un banco mirando hacia el lago, ¡estaba temblando! El miedo que sintió quizá no era para tanto, pero la mirada del mecánico fue demasiado fuerte como para poder ignorarla.

Tranquilizándose, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Inspirar. Espirar. Inspirar. Espirar. Inspirar...

—¿Se encuentra bien? —Preguntó alguien.

Debi dio un respingo cuando vio que a quién tenía al lado era al chico del taller.

—Porfavorporfavornomehagadaño... Aquel día yo... Usted... Verá... ¡era mi obligación! —Se levantó del banco como loca y con unas ganas inmensas de salir corriendo.

—Cálmese, señorita. No voy a hacerle daño. —El muchacho parecía divertido por la situación. —Aun así, veo que se acuerda de mí.

Él le sonrió y sacó un papelito de su bolsillo.

—Mi jefe me ha pedido que la buscara. Su coche tiene algún que otro desperfecto que quiere mirar con detenimiento. Hoy tenemos mucho trabajo, ¿sabe?

Avergonzada, Debi bajó la mirada y tomó el papel. Asintió una vez, en silencio.

—Llamaré desde una cabina y vendrán a recogerme. —Dijo ella, sin levantar la cabeza del suelo.

—Si quiere, puedo llevarla yo mismo. Mi turno acaba dentro de media hora.

Ella le miró sorprendida, era evidente que no iba a montarse en el coche de un desconocido, y mucho menos de un ladrón de tres al cuarto.

Él soltó una carcajada al ver su expresión.

—Como desee, señorita. —En modo de burla le hizo una reverencia, y se marchó.

¡Qué vergüenza! ¡Qué situación! ¡Tierra trágame!, pensó Debi para sus adentros al tiempo que se acercaba a una cabina.

Llamó a casa, pero nadie contestó. Probó una segunda vez, sin éxito.

—Maldición... —dijo en voz baja. Si su madre la escuchara maldecir no sabía qué reacción tendría.

A veces se cansaba de fingir tanta rectitud y conformidad ante todo lo que sus padres le decían. Esperaban de ella que fuera una mujer con orgullo y

clase, pero cada día estaba más cansada de hacer el papel de damisela.

Con un suspiro, se apoyó en la cabina, ¿cómo iba a regresar ahora a casa?

Su única opción era caminar, ya que el autobús no llegaba al otro lado del pueblo, donde ella vivía.

Si algo puede salir mal, saldrá mal, se dijo.

Anduvo alrededor de un cuarto de hora. Pronto empezó a meterse el sol y el frío se apoderó de las calles. Se aferró a sus propios brazos y frotó la piel con las manos para entrar en calor, pero las tenía tan heladas que el simple tacto le hacía tiritar más.

Estaba inmersa en sus pensamientos, recordando la vergonzante situación con el muchacho, ¡era el peor día de su vida! Esperaba no tener que volver a verlo.

De repente, oyó el claxon de un coche.

Hizo caso omiso hasta que el coche se puso junto a ella. Debi no quería mirar, pero acabó ladeando la cabeza para descubrir al muchacho al volante.

El chico la sonreía con una expresión burlona.

—¿Qué? ¿Dando un paseo? —Preguntó con sorna.

—¿Se está riendo de mí? —Preguntó a su vez, molesta.

—Creía que venían a por usted.

Ella lanzó un bufido al aire. Ya era bastante horrible habérselo tenido que cruzar en el taller como para que encima se riera de ella de aquel modo.

—¿Está siguiéndome?

Él observó, confundido.

—No, señorita. Vivo a las afueras, al final de esta carretera.

El sentimiento de vergüenza recorrió el cuerpo de Debi de nuevo. El chico no pareció molesto, sin embargo.

—Puedo llevarla, si quiere. —Ofreció él, nuevamente.

—No, gracias. —Contestó ella, no muy segura.

—Como quiera. Que disfrute de su paseo, señorita. —Concluyó él, subiendo la ventanilla del coche.

El frío y la idea de la gran caminata que le esperaban hicieron que Debi se replantease el ofrecimiento. A medida que pasaban los segundos la idea de subirse a aquel auto dejaba de ser tan mala.

¿En qué estaba pensando? Era un desconocido que podía hacerle cualquier cosa y nadie lo sabría. Aunque, si lo pensaba detenidamente, ya llevaba un rato allí con él y no había intentado nada raro.

Tendría que arriesgarse.

—¡Espere! —Gritó ella, dando un golpecito en la puerta, justo cuando el coche empezaba a moverse.

Él frenó y volvió a bajar la ventanilla.

—Disculpe. —Él la miraba con curiosidad. —Si a usted no le importa llevarme a casa, se lo agradecería...

—Cómo no.

Él salió del coche y le abrió la puerta del copiloto, ¡si hasta parecía un caballero y todo!

—Gracias.

El chico en aquella ocasión iba mejor vestido. Un jersey y unos vaqueros eran su atuendo. Además, su cara estaba limpia en lugar de con manchas negras, a diferencia de cómo había estado horas antes. No podía tener más de veinte años.

—¿Dónde vive? —Le preguntó, sacándola de su ensimismamiento.

—Tiene que seguir recto y después girar a la derecha. Es el barrio...

—...pijo. —Dijo él, terminando la frase. Debi lo miró molesta.

—¿Pijo?

Él soltó una carcajada.

—Sí, bueno. Aunque no sé de qué me sorprende. Sólo hay que observar su coche y, por supuesto, su manera de vestir.

Debi cruzó los brazos y se hundió en el asiento, girando la cabeza hacia la ventanilla.

—Perdone si la he ofendido. A veces hablo sin pensar y suelto cosas demasiado...

—¿Estúpidas? —Completó ella.

—Iba a decir a la ligera, pero como guste.

El resto del camino, intercambiaron tres frases más para que ella le dijese exactamente dónde debía dejarla.

Una vez divisaron la mansión de los padres de Debi, ésta se dispuso a bajar del coche.

—Gracias por traerme. Ha sido un detalle. —Le dijo, sin mucho afán.

Ya había bajado del coche y se dirigía a la verja, cuando el chico salió tras ella.

—¿Siempre es usted tan seca? —Preguntó, con intención de llamar su atención.

Debi boqueó.

—¿Y usted es siempre tan... tan...? —Buscaba desesperadamente una palabra ofensiva mientras él contenía la risa. —¿Tan maleducado? —Espetó, al fin.

—¿Maleducado, yo? —Soltó otra carcajada. —¡Qué graciosa es usted!

—¿Se burla de mí?

Él se puso serio.

—No, señorita. Realmente lo pienso. Es usted la muchacha más graciosa que he conocido en la vida.

Ambos se miraron durante unos segundos. Él con su sonrisa burlona y ella con asombro.

—En las tres veces que hemos hablado me ha dejado sin saber qué decir. —Dijo Debi. —O no le cuesta ser sincero, o es un artista en la mentira.

—Nunca miento. Eso está feo.

—¿Incluso, más que robar? —Él percibió el doble sentido.

—Incluso más que eso, sí. —contestó riendo. Se acercó un poco más, con la mano extendida hacia ella —Me llamo Samuel. Pero todos me llaman Sam.

Cuando se tocaron, Sam acarició los nudillos de Debi, y de la manera más caballerosa, le dio un casto beso en la mano.

Ella sonrió ante el gesto.

—Yo soy Debi. —Susurró ella, sonriendo ampliamente.

—Parece que tiene sonrisa, Debi.

—Y usted, Sam, parece que tiene modales.

Arrepentida por el desafortunado comentario, ella bajó la mirada.

—Perdóneme —se apresuró a decir—, no sé por qué he dicho eso. No ha sido apropiado.

—No importa —contestó con sinceridad, sin dejar de acariciar los nudillos de la mano de ella. —Al fin y al cabo, es cierto. Tengo modales, aunque no lo parezca. Además, Debi, a usted le perdono lo que sea.

Quizá algo en la mente de Debi se atrofiase, quizá fuera en la de él.

A lo mejor, simplemente, eran jóvenes, pero sólo tenían una cosa en mente: nada importaba. De hecho, nada iba a importar después de ese día.

Eran tan diferentes... ambos pensaron en sus familias, sus futuros, sus vidas. El padre de Debi jamás aprobaría a alguien como Sam para que fuese su yerno.

Él, un simple mecánico. Sin estudios, sin futuro, diría él.

No, no lo permitiría nunca, pero a ella le daría igual. Perder la

seguridad de su padre no iba a ser nada comparable a no poder pasar la vida al lado de Sam. Y aunque perder el contacto con su familia le dolió, nunca se arrepintió de su decisión.

En menos de un año y medio, Debi y Sam vivían juntos en una pequeña casa, bastante lejos de dónde ella había vivido toda su vida. Ambos dejaron atrás el dolor por las críticas de la familia de ella, para dejar paso a lo que les traía el amor que sentían el uno por el otro.

Tras varios años, se casaron. Fue una boda íntima y bonita.

Cuatro años después, nació Patrick. Y a los cuatro años siguientes, yo.

Ninguno sabemos nada de nuestros abuelos maternos, pese a que mi madre intentó hacerles saber que tenían dos nietos.

—Nunca me arrepentiré. —Me dijo mi madre. —Tu padre, tu hermano y tú sois lo mejor que tengo. Y no lo cambio por nada. Era el destino, Amelia. Yo no lo busqué, él me encontró.

Y en mi mente algo hizo «clic» de nuevo.

«Yo no lo busqué, él me encontró.»

¿Y si mi destino estaba llamando a mi puerta disfrazado de sueño recurrente?

¿Y si yo, como mi madre, debía dejarme llevar por los acontecimientos en vez de intentar cambiarlos?



Medité largo y tendido sobre aquella frase que mi madre había dicho. Pasé tanto tiempo allí sentada mirando a la nada que no fui consciente de que ya era tarde. Aún tenía que ir al centro a buscar a Patrick.

Salí rápidamente de casa y cogí las llaves del coche de mamá. A los dieciocho me saqué el carné de conducir, pero después de dos años seguía compartiendo el coche con ella.

No me quejaba, al menos tenía un medio de transporte.

Llegué hasta la carretera principal, suspirando al ver el atasco. Habría sido mucho mejor llamar a Patrick pero, ¿qué iba a hacer sino hasta la hora de comer? Además, me encantaba conducir.

Puse la radio y el CD de Elvis Presley sonó. *I can't help falling in love with you*. «No puedo evitar enamorarme de ti». Algo me reconcomió por dentro. Tuve una sensación de vacío instantáneo y miré hacia el asiento del copiloto como esperando ver a alguien. Como si ahí a mi lado faltara alguien.

Me dije a mí misma que solo estaba pasando por un momento sensiblero. Nunca, en mis escasos veinte años, había sentido la necesidad de estar con nadie. Había tenido alguna que otra historia con chicos, pero desde que me colé hasta las trancas de uno de ellos y me hizo daño, decidí pasar del amor por un tiempo.

Posiblemente hasta que muriera.

Me quedé tan embelesada que el claxon del coche que llevaba atrás me hizo saltar del susto.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí medio atontada?

En ese momento, sonó el móvil.

La voz de Patrick retumbó en el coche al descolgar.

—¡Amelia! ¿Dónde estás?

—¡En el infierno! —Le contesté sonriendo pese a que no podía verme.

—Estoy saliendo de un atasco. ¿Sabes? Los domingos son para descansar, Patrick. ¿Qué haces en la biblioteca?

Bufó.

—Acostúmbrate, tú deberías empezar a estudiar ya. —Comentó, riñéndome.

—Poco a poco. —Murmuré, pensando en los exámenes. Cada día se me hacía más cuesta arriba concentrarme en los estudios —¿En qué planta estás?

—Pues... —Hizo una pausa y oí movimiento al otro lado. —Mejor voy a la cafetería y te espero allí.

—Vale, pero no te hinches a comer, que tengo una propuesta.

Se hizo un silencio. Había captado su atención.

—¿Qué tramas?

—Ahora lo sabrás.

Colgué en el mismo instante en que cogía el desvío, rumbo a la biblioteca.

Aparqué muy cerca del coche de Patrick y fui a paso ligero a la cafetería, la cual estaba llena de gente. Nunca me gustaron los lugares abarrotados, me agobiaban, y en aquel momento sentí que me metía en un mar embravecido. Sería por la costumbre de vivir a las afueras del bullicio.

Eché un vistazo al fondo, en donde estaba Patrick.

Estaba misteriosamente feliz.

Se levantó cuando llegué hasta él, dándome un sonoro beso en la mejilla.

—¡Vaya! —Exclamé sorprendida.

—¿Qué? —Puso los brazos en jarras— ¿No puedo darle un beso a mi hermana?

—No he dicho nada. —Moví las manos para que no tuviese en cuenta mi comentario.

La camarera apuntó nuestro pedido mientras me fijaba en lo radiante que estaba mi hermano.

—No tienes cara de estudio.

Mi apunte lo descolocó un poco, pero no le hizo perder ese toque de felicidad que irradiaba.

—¿De qué tengo cara, entonces?

—No lo sé. Tienes algo en la mirada —moví las cejas, sonriendo. — Será que estás enamorado.

Le saqué la lengua.

Él pasó por alto mi apreciación.

—¿Qué era eso que querías decirme?

—Quería invitarte a comer al muelle.

La camarera nos trajo los cafés y Patrick le dio un sorbo.

—Vale, ¿para eso tanto misterio?

Mi cara de disculpa y mi media sonrisa fueron suficientes para que lanzara un bufido.

—Sylvia también estará. De hecho, es idea suya.

Esperé las quejas, pero no llegaron. Se encogió de hombros y siguió tomándose su café como si nada.

—¿Me he perdido algo? —le pregunté, impresionada por su aceptación. Mi hermano bajó de la luna y me miró.

—¿A qué te refieres?

—¿Lo dices en serio? Estas rarísimo. Llego, y me das un beso. Te digo de ir a comer con Sylvia, y no pones pegas. —Entrecerré los ojos. —¿Me lo explicas?

La música empezó a sonar más fuerte en la cafetería, un grupo de jóvenes gritaba en una esquina, riendo a pleno pulmón, el camarero iba de un lado a otro como desorientado. Me concentré en la cara de mi hermano, la cual no cambió nada en el minuto que había pasado desde que hice mi último comentario.

Suspiró, sonriendo.

—Amelia, no me pasa nada. Llevo un buen día, eso es todo. —Cogió mi mano. —Me apetece estar contigo, y me da igual que la loca de tu amiga esté también.

Le devolví la sonrisa.

—¿Hay algo que quieras decirme? —Pregunté, no muy segura de creer lo que me decía.

—Aun no. Todavía no es el momento, pero te enterarás. Te lo prometo. —Me dijo, dejándome más intrigada todavía.

Observé cómo terminaba el café con mil preguntas en la cabeza... ¿A qué se refería? ¿De qué tenía que enterarme?

Un rato después, fuimos a casa. Dejé el coche de mamá para irnos en el de Patrick y luego recogimos a Sylvia, que nos esperaba sentada en la puerta de su casa, con una gran cesta y una nevera color verde chillón.

Se montó en el coche con mucho ánimo. Era evidente quién era el objeto de su felicidad en ese momento. La saludé con la mano y mi hermano

hizo un gesto con la cabeza para saludarla también.

El silencio que había reinado hasta ese instante se fue al llegar ella, ya que intentaba captar la atención de Patrick mientras hablaba de esto y lo otro, pero él no estaba muy por la labor de interesarse en lo que decía, pues parecía distraído. De hecho, creo que ni yo escuché a mi amiga, que parloteaba sin parar y sin ser consciente de que nadie la escuchaba.

Unos veinte minutos después, llegamos al muelle.

Nos encantaba ir allí, dado que nunca iba nadie. Podías tomar el aire y cerrar los ojos sin que te molestase ni un alma. Todo estaba lleno de árboles, había dos bancos de color marrón, ambos bien separados uno del otro. El muelle se adentraba en el lago, tenía varias luces a los lados de la madera del suelo para alumbrar por las noches y, al final de él, había un mirador con un tejado de madera sujeto por cuatro columnas, una en cada esquina, dibujando un cuadrado. A ambos lados del caminito se encontraban amarradas varias canoas de colores: rojas, verdes, azules y amarillas.

Hacía años, la gente solía ir allí a pasar el día, varias familias se apiñaban para relajarse o darse un chapuzón, pero ahora todos iban a la costa. Yo lo agradecía en el alma.

Me adelanté, cargada con varias cosas a petición de Sylvia, para que ella y mi hermano tuvieran un momento a solas, algo que no salió muy bien, ya que Patrick me siguió poco después con una velocidad pasmosa.

Dejé la enorme cesta en el suelo, mirando al lago. El agua estaba quieta, tranquila, parecía un cuadro. El sol se reflejaba a mi izquierda en las suaves ondas que aparecían por la brisa.

Me senté, apoyando la espalda en una de las columnas, mientras esperaba a los rezagados.

Observé la gran montaña que había enfrente. Justo debajo de ella, grandes árboles la custodiaban. Egoístas, celosos. Tan sólo se oían los pájaros que piaban sin parar.

Cogí aire y sentí una plenitud inmensa. Cerré los ojos, dejando mi cabeza descansar en la columna.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —Abrí los ojos para encontrarme a mi hermano muy cerca de mí.

—Nada. Me gusta estar aquí —dije, cerrándolos de nuevo.

—La verdad es que este lugar es increíble. Y tan pacífico...

En ese momento, oímos las pisadas ligeras y nerviosas de Sylvia. Iba cuchicheando algo.

—Bueno, casi pacífico —murmuró Patrick, riéndose.

La tarde pasó bastante rápida. Sylvia había llevado una baraja y pasamos horas jugando, retándonos los unos a los otros, pidiendo revanchas.

El póquer no era mi fuerte, pero mi padre me había enseñado hacía años y sabía defenderme. Ya había ganado tres partidas para disgusto de mi hermano, que no ganó ninguna. Perder no le gustaba en absoluto, pero aquella tarde no refunfuñó lo más mínimo.

—No me importa. Ya te ganaré la próxima vez —dijo.

Sylvia miraba a su alrededor, parecía buscar algo.

—Estaba pensando —comentó— ¿Damos una vuelta en canoa?

—Sí, genial —exclamó Patrick.

Iba incorporarme, pero mi amiga me miró y pude leer en sus ojos la súplica «déjame a solas con él».

—Yo voy a quedarme aquí un rato —disimuladamente me repantingué en el suelo.

—Entonces, si no te apetece... —mi hermano hizo amago de sentarse a mi lado de nuevo. A Sylvia casi le da un patatús.

—No, no. Id vosotros. Os tendré a la vista —contesté, intentando que se hiciera realidad el deseo de mi amiga.

Patrick dudó un momento, pero finalmente accedió a pasar un rato a solas con ella.

Se montaron en una canoa de color rojo, como quiso Sylvia. Patrick puso los ojos en blanco con cara de desesperación. Me reí al ver aquella escena.

Me acomodé en el suelo de madera, fuera de la zona del techo para ver el cielo. Jugué a distinguir formas en las nubes.

Qué típico, Amelia..., pensé.

Distinguí un pájaro, un monigote muy gracioso, un perro y, al final, un corazón. Me sorprendió tanto ver esas formas tan claras que me levanté hasta quedarme sentada en el suelo. Estuve con la vista fija en aquel corazón durante varios segundos, tras los cuales fui consciente de que el muelle, la montaña, los árboles, el lago y los chicos ya no estaban.

De un sobresalto me puse en pie y miré a mí alrededor. Una casa blanca estaba a mi izquierda. Dos escalones con dos columnas blancas a los lados, daban a la entrada de un porche que me era más que familiar. Más tranquila

que de costumbre, me dije a mí misma que estaba soñando.

Fui hacia la casa y subí los escalones, pasé el porche y me quedé frente a la puerta, ¿qué era lo que siempre me frenaba?

«Yo no lo busqué, él me encontró», la frase de mi madre llegó a mí con un eco extraño.

Sin más, le di la vuelta al pomo y escuché los sonidos de la guitarra, ¡cómo no! Pese a estar harta de esta situación, sentí una ilusión que me llenaba de pies a cabeza. Él estaba allí. Lo sabía. Lo sentía.

Esta vez, no lloré. Mi emoción se convirtió en curiosidad y cuando lo encontré, le observé durante un largo rato.

Su concentración, sus ganas por tocar aquella guitarra, hizo que se me pusiera la piel de gallina. Fue tal el escalofrío, que me asusté. Froté mis manos contra los brazos. No me había dado cuenta hasta ahora, pero llevaba una simple blusa y una falda que me llegaba hasta las rodillas. Y no fue hasta ese instante que me fijé en el atuendo de mi músico particular.

Llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros. Tenía un estilo desenfadado, juvenil. Sus brazos eran fuertes, y pese a que estaba sentado en el suelo, se notaba que era alto.

Nos miramos con reconocimiento, como si nos conociésemos de toda la vida.

Me mordí el labio y de nuevo las ganas de acercarme a él me llenaron. Moví lentamente un pie para dar el paso y él bajó la mirada con tristeza.

Entrecerrando los ojos volví a dejar el pie quieto donde había estado.

—¿Por qué siempre haces eso? —Pregunté, molesta. Ni siquiera era consciente de estar hablando.

Él levantó la vista, impresionado. No se esperaba que yo le hablase. Movié la boca para hablar, pero no salió ningún sonido.

—¿Qué? ¡Di algo! —Exigí, al tiempo que me acercaba a él. Ahora, la luz nos cubría a los dos por igual.

Su cara pasó de la tristeza a la felicidad.

¿No debería estar ya despierta?, me pregunté.

—Sí —dijo él.

Fruncí el ceño.

—Sí, ¿qué? —¿Había hablado en voz alta?

—Sí, deberías estar despierta, pero no lo estás —contestó, animado.

¿Acaso puede oírme?

—Eres como un libro abierto para mí —prosiguió, sin que yo le dijera

nada. —Oigo tus pensamientos porque estoy en tu cabeza.

Parpadeé un par de veces, aquella era la cosa más rara que me había pasado en la vida.

—Entonces, ¿no te conozco? —Pregunté, intentando entender.

Él ladeó un poco la cabeza sin dejar de sonreír.

—¿Recuerdas haberme visto antes?

—Te vi en el centro comercial... —Murmuré, dudosa.

—No. Allí creíste verme.

Negué con la cabeza lentamente. Esto no podía ser real.

Entonces es un producto de mi imaginación. Sólo es un sueño y ya está...

—Algo así —dijo él.

¡Agh! ¿Qué pasa, ya no necesito hablar?

—Perdona —contestó, avergonzado —, no quería molestarte, creí que querías respuestas.

Al menos tiene una sonrisa bonita.

—Gracias —sonrió más ampliamente y bajó la mirada.

—¿¡Quieres parar!?! —Exclamé, molesta y avergonzada. No me gustaba ser espiada en mi propia cabeza.

—Lo siento —repitió.

Anduve de un lado a otro, intentando cavilar.

Sólo era un sueño, nada del otro mundo. No era nada que debiera preocuparme más de la cuenta. Lo más conveniente era dejarlo pasar. Disfrutar y ya está. Mejor era esto que tener pesadillas, ¿no?

El chico intentó hablar, pero yo le hice un gesto con la mano para que no lo hiciera.

—Si voy a verme contigo a menudo, tendré que poner unas... reglas.

Él arqueó una ceja.

—¿Reglas? —Preguntó.

—Sí, reglas —me paré frente a él.

Se encogió de hombros, confuso, y me hizo un gesto con la mano para que siguiese hablando.

—Bien —me aparté el pelo de la cara, ordenando mis ideas. —En primer lugar, nada de oír mis pensamientos. Si los oyes, ignóralos. Sólo contará lo que salga de mi boca.

Él asintió.

—Segundo. Ya que estamos hablando, podríamos evitar toda la escenita

del porche.

Me movía alrededor de él mientras hablaba.

¿Qué más?

Se rio imperceptiblemente. Fingió no escuchar mis pensamientos, tal y como le había pedido.

—¿Algo más?

—No, creo que ya está. —le dije, aún pensativa.

¿Cuál será su nombre?, me pregunté.

Abrió la boca con intención de contestarme, pero esperó pacientemente a que yo formulase la pregunta.

—¿Tú...? ¿Tienes nombre?

Me miró con un brillo especial en los ojos.

—Me llamo Jackson.

—Yo soy...

—Amelia —me cortó—. Sé cómo te llamas, ¿recuerdas?

Me quedé bloqueada y él lo notó. Asentí una vez con la cabeza, cohibida. Parecía saber mucho, demasiado sobre mí, ¿eso era realmente bueno?

¿Se va a convertir esto en una pesadilla?

—No temas por eso —me dijo, incorporándose del suelo—. Mientras estés conmigo, no pasará nada.

Su altura era bastante considerable. Lejos de sentirme acobardada, elevé la cabeza en su dirección con orgullo.

—Creía que no espiarías mis pensamientos.

Me dedicó una media sonrisa que me dejó echa un flan. Sentí unas enormes ganas de tocarle, de abrazarle.

—Vaya... —Susurró con desilusión.

—¿Qué?

—Creo que quieres despertar —su voz sonó dulce y melodiosa.

Sentí un escalofrío. Froté los brazos con mis manos como había hecho un rato antes, pero no lograba entrar en calor.

—Amelia...

Le miré sin decir nada.

—Nos vemos en un rato.

Se colocó justo delante de mí y me tocó la cara. Casi no pude notarlo porque al segundo siguiente todo se volvió negro.

Abrí los ojos y vi el cielo anaranjado. ¿Cuánto tiempo había dormido?

¿Volvería a ver a Jackson o, por el contrario, el sueño había llegado a su fin?

Un poco desorientada, divisé a mi hermano y Sylvia, que aún estaban en la canoa dando vueltas, lo que significaba que no había dormido mucho tiempo.

Me pasé la mano por la cara, la sentía caliente, pero apenas recordaba la última caricia de Jackson.

Oí cómo Sylvia me llamaba. Dijo algo y le sonreí sin prestarle mucha atención. Se incorporó para saludarme, y cayó al agua. Patrick empezó a reírse y yo no pude evitar la risa también.

—¡No tiene gracia! —Gritó ella desde el agua. Mi hermano la ayudó a subir sin dejar de reír.



La pobre Sylvia no dejaba de tiritar. Era octubre, y el agua debía estar bastante fría en aquella época del año. El final del otoño no era un buen momento para zambullirse en el lago, pero algo positivo sacó mi amiga de la situación.

Después de que Patrick la volviera a subir a la canoa, regresaron rápidamente a tierra. Estaba anocheciendo y no queríamos que cogiera una pulmonía, así que, fui corriendo al coche, cogí una toalla y regresé hacia dónde estaban ellos. Patrick envolvió a Sylvia con la toalla y la abrazó para darle calor. Ella me miró con los ojos radiantes de felicidad.

—Será mejor que vayamos al coche ya —dijo él, apartándose y ayudándola a levantarse del suelo.

El cielo se volvió cada vez más oscuro. Yo me retrasé para darle más tiempo a Sylvia con mi hermano, me entretuve más de la cuenta para que pudiera disfrutar de sus atenciones. Patrick no era tonto, de hecho, se percató de mi demora, y cuando ayudó a Sylvia a entrar al coche, se acercó hacia donde yo estaba con un gesto poco amigable en la cara.

—Trae —espetó, quitándome la nevera que llevaba casi a rastras.

—Quédate con ella, Patrick —sugerí, intentando coger de nuevo la nevera—. Yo puedo meter todo en el coche.

Mi hermano resopló y me paró en seco.

—¿Qué pretendes? —Preguntó airadamente.

Me hice la sorprendida. Demasiado mal, por cierto.

—Nada, tan sólo recoger y volver a casa.

—No, Amelia. *¿Qué* pretendes? —Señaló a Sylvia con la cabeza disimuladamente.

Mi amiga estaba encorvada, totalmente helada. Sentí una pena muy grande por ella, ya no solo por lo incómoda y avergonzada que se estaría sintiendo, sino porque su corazón latía por alguien que jamás la correspondería.

—Patrick, ¿qué te cuesta? Mírala. —Sylvia miraba hacia el suelo del coche. —No quiero que te cases con ella. Sé lo que piensas sobre Sylvia. Sólo quiero que, por un momento más, seas amable con ella.

Me miró y luego la miró a ella con cierta compasión.

Con un resoplido, puso las llaves del coche en mis manos y se montó al lado de ella, abrazándola para que volviera a entrar en calor.

Aquel fue el viaje más silencioso y feliz que Sylvia había tenido en su vida.

Estaba cansada pese a haber dormido un rato aquella tarde. Era extraño, nunca había podido dormir la siesta, me era imposible desde niña, y ahora arrastraba un agotamiento que ni con cafeína se me había quitado.

Estábamos cenando toda la familia en la mesa de la cocina. Mamá parecía contenta y papá parloteaba sobre el trabajo. Los más ausentes éramos Patrick y yo.

Se oía el chirriar de los tenedores y cuchillos al chocar con los platos en los momentos en que nuestros padres guardaban silencio.

Mi mente se perdió en un momento, recordando las manos de Jackson en ese único lapso de tiempo en que las sentí contra mi cara, sus ojos verdes mar clavados en los míos... Qué lástima que sólo fuera un sueño. Él no era real.

—Cariño, ¿estás bien? —Preguntó mi madre, haciéndome volver al mundo real.

—Sí. Sólo estoy algo cansada —sonreí, aparentando normalidad. —De hecho, me voy a la cama. Mañana tengo clase muy temprano.

Me levanté de la silla y di un beso a cada uno.

Subí directa a darme una ducha de agua caliente. Apoyé mis manos en la pared de azulejos para dejar que cayeran las gotas sobre mi cabeza. Intenté relajarme y pensar en un buen comienzo de semana, pero mis pensamientos volaban a otra parte.

A Jackson.

Ya en pijama, me quedé parada delante de la cama.

¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo?, me dije con burla.

No, ni hablar.

Mentirosa.

Para hacer tiempo, miré el correo en el ordenador, hasta que se hizo lo

suficientemente tarde como para dejar de hacer el tonto.

Casi a la una de la mañana me metí debajo de las sábanas y me acurruqué en la almohada.

A los pocos segundos mis ojos se cerraron y me dormí sin mucho esfuerzo.

Desperté con un sonido molesto y repetitivo. Lancé un gruñido y apagué el despertador sin salir de la cama. Fue entonces cuando caí en la cuenta de algo: era de día y no había soñado nada. Me incorporé de golpe, ¿qué significaba eso?

Caminé por la habitación, aún en penumbra, pesando en qué podía significar.

Abrí la ventana. Un día espeso y gris cubría el cielo. Las calles estaban mojadas por la lluvia que seguramente había caído de madrugada. Mi humor era un fiel reflejo del tiempo que hacía. Odiaba los días lluviosos y fríos.

En menos de media hora debía estar en clase, así que corrí todo lo que pude. Bajé las escaleras y atravesé la entrada de casa hasta llegar al coche.

Pese a estar en carreras diferentes, Sylvia y yo íbamos juntas a la universidad, pero ese día iría sola, ya que ella seguía resfriada por culpa de su caída al agua en el lago.

Aparqué lo más cerca que pude de la facultad y corrí nuevamente por los pasillos. Al llegar a la clase correspondiente me paré frente a la puerta y llamé con un *toc toc* muy suave.

El profesor Suárez nos daba Psicología social y era muy puntual. Me miró a través de sus gafas de pasta dura negras sin mucho entusiasmo y, sin dejar de hablar, hizo un gesto para que entrase.

Normalmente, me sentaba en las filas de en medio, pero como estaban todas ocupadas, me fui a uno de los asientos del fondo.

Puse la libreta sobre la mesa e intenté coger el hilo de la explicación, pero mi mente voló a otro mundo. Casi todos mis compañeros estaban entretenidos con algún aparato electrónico, lo cual me hizo sentir menos culpable por no estar atenta al profesor. Tan sólo uno de los chicos, sentado en la primerísima fila, estaba al tanto de cada palabra del señor Suárez.

Christian no era muy sociable, de hecho nunca hablaba con nadie. Parecía no encajar mucho en la sociedad universitaria, llena de fiestas y desmadre. El chico era bastante despistado. Otro compañero le había pegado

en la espalda un papel con la palabra «pringado» y ni cuenta se había dado.

Me daba pena.

Puse toda la atención que pude en la explicación, pero necesitaba dejar la cabeza descansar en algún lado porque me pesaba demasiado. Cerré los ojos y suspiré con fuerza...

—Qué irresponsable eres... —dijo alguien muy bajito en mi oído.

Me incorporé rápidamente, esa voz me era tan familiar que mi corazón dio un vuelco.

—¡Jackson! —Exclamé, levantándome del suelo. Le abracé instintivamente y, al hacerlo, él me correspondió, rodeándome con sus brazos.

Me sentí un poco avergonzada, realmente no nos conocíamos y ahí estaba yo, en los brazos de alguien que no existía. Me aparté lentamente.

—No te esperaba aún —dijo él.

—¡Madre mía! ¿Cómo ha podido pasar? ¡Me he dormido en clase!

Giré sobre mí misma, buscando la clase. En su lugar, una gran explanada de girasoles nos rodeaba. A lo lejos sólo veía una cosa: cielo. Un cielo azul inmenso, incansable, eterno. Cerca de nosotros había un pequeño puente, el cual no pude ver a dónde daba. Embelesada, di una vuelta sobre mí misma. Era increíble lo bonito que era este sitio desconocido para mí.

—¿Dónde estamos? —Aquello era increíble.

—En algún lugar de tu mente.

Tragué saliva.

—Es... precioso.

—Sí. —Susurró, sin dejar de mirarme.

Me fijé en su vestimenta. Llevaba unos vaqueros azul oscuro, su camiseta blanca y unas deportivas. Luego miré la mía. Un vestido calado azul marino de tirantes, que no recordaba tener en mi armario, me marcaba cada curva de mi cuerpo.

Noté que hacía mucho calor, ¿sería verano en mi sueño? Por suerte, llevaba una coleta que me recogía la melena castaña.

Caminé, intentando sortear los girasoles por el camino. Sentí una sensación de bienestar y placer, la misma que solía sentir cuando iba al muelle del lago, sólo que esta vez, había una pequeña diferencia: Jackson. Que él estuviese allí conmigo era como la guinda del pastel más bonito que se pueda imaginar. Y todo esto no existía sino sólo allí.

Me volví para mirarle. Estábamos uno frente al otro, callados, perdidos,

¿tendría sentido besarle?

No lo sabía, pero me apetecía tanto...

Acercándome poco a poco, noté que él se quedó más inmóvil de lo que había estado, hasta que, sin más, puso su mano en mi cara. La acarició con los dedos. Mi piel se erizó, creo que él lo notó porque me estudió con paciencia. Cerré los ojos. Pude sentir su respiración en mis labios. Casi pude sentirlos...

—Todavía no es el momento. —Susurró en mi oído.

Di un respingo, molesta.

¿Cómo que todavía no es el momento?, pensé.

Fruncí el ceño, exteriorizando así mi enfado y frustración. Di media vuelta y comencé a caminar hacia ninguna parte. Misteriosamente, mis pies sabían muy bien hacia dónde me dirigía, así que, me dejé llevar sin preguntarme nada más.

Él me siguió apresuradamente.

—¡Amelia, espera! —Gritó detrás de mí.

—¡Lárgate! —Espeté, furiosa. ¿Quién era esa Amelia? Nunca antes me había lanzado así a por un desconocido. Sin embargo, pensar que Jackson no era real y que, aun así, no podía actuar como quisiera, me frustraba y cabreaba. —¿¡Quién te crees que eres!? —Me di la vuelta bruscamente y lo tuve frente a mí de nuevo. —¡Este es mi sueño! ¡MÍO!

—¿Y...? —Jackson me observaba, confundido.

—Pues... ¡que si yo quiero volar, vuelo! ¡Si quiero comer, como! ¡Si quiero saltar, salto! ¡Y si quiero besarte...!

—¿Qué? ¿Me besas?

Jackson me miró levantando una ceja. Más que mirarme, parecía estudiarme. Era como si intentara descifrar mi mente, la que funcionaba dentro de mi misma mente real. Menuda paranoia.

—¿Es rechazo lo que sientes? —Intentó entender.

—¿Tú qué crees? —Pregunté con ironía.

—Perdóname. —Se acercó lentamente hacia a mí. —No pretendía que te sintieras así. Aunque deberías saber que no soy tu esclavo, soy muy real y estoy aquí por ti, pero no en el sentido que tú crees. —Dijo, cruzándose de brazos.

Lo miré durante unos segundos sin decir nada. Me había quedado totalmente en blanco.

¿Qué me pasaba? Yo no era así, ni me lanzaba a besarme con

desconocidos ni solía perder los estribos de esa forma.

Le di la espalda y paseé hacia el pequeño puente. Jackson me seguía, nervioso.

—¿Por qué no te vi anoche? —Pregunté después de un rato queriendo romper el hielo. Quería pedirle perdón, pero las palabras no me salían.

Caminó hasta ponerse a mi lado y miró hacia el otro lado del puente. Se sentó cerca de varios girasoles. Los acarició con una ternura indescriptible. Me ericé.

—No siempre sueñas. —Dijo, sin apartar sus preciosos ojos verdes mar de las flores.

Hizo un gesto con la cabeza para que me sentase a su lado. Obedecí sin pensarlo. Me sentía marioneta de mí misma.

Con ambos en silencio sólo se oía el agua del pequeño río a nuestra derecha. Un sol cegador nos daba la espalda, pero a ninguno nos molestaba realmente.

Su rostro reflejaba tanta serenidad, que al estar a su lado ese mismo sentimiento me cubría el alma.

Suspiramos los dos al mismo tiempo. Giró la cabeza para clavar sus ojos en los míos. Y esa sonrisa...

—Siento lo de antes —confesé, por fin—, yo... no soy así, ¿sabes?

—Sí. Lo sé. Te conozco muy bien, ¿recuerdas? —Me miró de soslayo—. Estás muy guapa.

Levanté mi mano para tocarle cuando me pasó un mechón rebelde detrás de la oreja. Había algo que me atraía hacia él inexplicablemente. Era como si... como si en realidad no fuera un desconocido.

De repente, a lo lejos, escuché a alguien que me llamaba.

—¡Amelia!

Me pareció extraño, pero estaba tan concentrada en el tacto de su piel que no presté atención a nada más. Se sentía tan real...

—Amelia —se oyó más cerca.

Jackson no parecía darse cuenta de que alguien me llamaba desde algún lugar del sueño.

—Amelia —escuché tras de mí.

—¿Qué? —Pregunté, mirando hacia atrás, sorprendida.



—¿Qué?

Mi voz salió pastosa y atontada.

Abrí los ojos y vi que Christian me zarandeaba en el pupitre. La clase estaba vacía, por suerte.

—¿Te encuentras bien? —Se le veía asustado y preocupado—. No había manera de despertarte, he estado a punto de llamar a alguien...

—Sí, sí. Estoy bien —dije, aún adormilada. —Perdona, tengo un sueño muy profundo —le sonreí vagamente, entonces caí en la cuenta de dónde estaba. —Madre mía, el señor Suárez me habrá visto durmiendo... ¡Qué horror!

Me observó impresionado.

—Creo que no se ha dado cuenta —se rascó con timidez la nuca. — Justo a las once y media ha terminado la clase y ha salido rapidísimo. Además, había otros más pesados que captaban su atención.

Le sonreí de nuevo. Aquella era la primera vez que mantenía una conversación con él. Se despidió con la mano y dio media vuelta para marcharse. Entonces, vi el papel en su espalda.

—¡Christian, espera! —Fui hasta él y arranqué el papel. Él lo miró y leyó la palabra que había escrito. Su gesto dibujaba cierto disgusto.

—¿En serio no te das cuenta de estas cosas? —Pregunté entre apenada por él y enfadada por nuestros compañeros.

Derrotado por la situación, Christian cogió el papel y lo arrugó entre sus manos.

—A veces es mejor hacerse el tonto, ¿sabes? Son jóvenes y no vale la pena.

—Me sorprende que en la universidad pasen estas cosas. Creo que muchos no alcanzan la madurez nunca. —Se encogió de hombros. Era mucho más alto que yo, y tras sus gafas de pasta descubrí un par de ojos azules que recorrían la clase con tristeza. —Deberías plantarles cara, eres más alto y

fuerte que muchos de los que están por aquí.

Se volvió a encoger de hombros.

—También soy mayor que muchos de ellos —se apoyó en una de las mesas—, y un uno contra, ¿cuántos? ¿Cinco o seis? No parece muy justo.

—No. No lo es. Pero algo tendrás que hacer. —Le dije, animándolo.

Suspiró.

Recordé la imagen de Christian, sentado solo en la cantina, con los ojos sumergidos en algún libro. Sentí mucha pena y mucha indignación.

El silencio reinó durante unos segundos, no sabía qué decirle.

—Bueno, deberíamos irnos. La siguiente clase comienza en cinco minutos. —Dijo, dirigiéndose hacia la puerta. —Hasta luego.

Lo seguí con la mirada. La idea de que se marchase solo de repente ya no me era indiferente.

—Christian —dije, corriendo en su dirección. Él me miró tras sus gafas de pasta con incertidumbre. —Me preguntaba si querías sentarte a mi lado... Yo también estoy sola en clase.

Su cara se iluminó mientras asentía.

—Si tú quieres.

Continuamos caminando, callados, hasta llegar a la siguiente clase. Como habíamos quedado, nos sentamos juntos, y no sólo eso. Después fuimos a la cantina a almorzar.

Una vez terminada la última hora, me acompañó hasta el coche, de nuevo en silencio.

—Me ha gustado estar contigo hoy. —Dijo él, mirando al suelo.

—A mí también. —Le di un par de palmadas en el hombro, en plan amistoso. —Nos vemos mañana.

Asintió, sonriente. Era increíble cómo alguien que hacía unas horas era invisible para mí, se podía convertir en un amigo sin más.

—Hasta mañana, entonces. —Me saludó con la mano y yo hice el mismo gesto antes de montarme en el coche, rumbo a casa.

Mi libro de Sociología estaba abierto como si fuera un adorno más de mi escritorio, ya que no le estaba haciendo demasiado caso. Estaba tan pensativa que no lograba leer una página sin entretenerme en cualquier cosa, por muy insignificante que fuera.

No podía parar de pensar en Jackson. Sus ojos estaban marcados en mi recuerdo, observándome, inundándome.

Jackson. Jackson. Jackson.

Sin darme cuenta, estaba escribiendo su nombre en el libro. Esta situación no era nada buena. Estaba obsesionándome con alguien que no existía, que no era real.

Cogí la goma, dispuesta a borrar lo que había escrito, cuando oí el pitido insistente de un coche.

Me asomé por la ventana y vi a Patrick y a papá salir de un precioso Citroën C3 descapotable verde pistacho. Mi boca se abrió poco a poco. Ambos se reían desde abajo.

—¡Baja aquí, canija! —Gritó Patrick con una sonrisa de oreja a oreja.

Salí disparada, bajando las escaleras, loca de alegría. Mi boca seguía abierta sin posibilidad de poder cerrarla.

Mamá salió también, sonriendo por la sorpresa.

—¡Se te va a caer la baba! —Se burló mi hermano, pasándome un brazo por los hombros. —¿Te gusta?

—Es... precioso —murmuré, acariciando el coche como si fuera a romperse por el tacto de mi mano—, pero ¿es para... mí?

Patrick soltó una carcajada.

—¿Para quién si no?

Boquiabierta, rodeé el coche. Estaba en una nube.

—¡Me encanta!

—Me alegro que te guste —dijo papá. —Sé que te lo prometimos en tu dieciocho cumpleaños y que llegamos dos años tarde, pero hemos estado ahorrando para que lo tuvieras.

Fruncí el ceño, sin entender.

—Tu hermano y tu padre —anunció mamá. Miré estupefacta a Patrick.

—¿Tú has pagado parte del coche? —Encogiéndose de hombros, asintió— Pero, ¿cómo?

Recordé el verano pasado en el que mi hermano había trabajado durante días enteros en una cafetería cerca de la costa. Estuvo tres meses yéndose muy temprano por las mañanas, y regresando tarde a casa por el trabajo.

Se me inundaron los ojos de lágrimas, ya no solo por la sorpresa, sino porque decidiera usar el dinero que tanto le había costado ganar en algo para mí.

—No preguntes ni digas nada —me rodeó con los brazos. —Sabía la

ilusión que te haría. Quería ser partícipe de la sorpresa.

Les colmé de besos y abrazos. El día iba a terminar realmente bien después de todo.

Fue mi padre quién me entregó las llaves del coche. Entusiasmada, las cogí como si me estuviese dando un tesoro.

¡Mi propio coche!

Estuve como treinta minutos sentada en el interior. Cuanto más lo miraba, más me gustaba, y cuanto más me gustaba, más me olvidaba de la Sociología...

¡Sociología! ¡Tengo que estudiar!, pensé, haciendo una mueca de disgusto.

Me costó muchísimo, pero al final me obligué a subir a mi cuarto. Eso sí, con las llaves en la mano. Las dejé cerca de mí, encima del escritorio, para así saber en todo momento que aquello sí había sido real.

Tras una hora leyendo —o intentándolo más bien—, recogí las cosas y ordené la mesa de estudio.

Jackson, el coche nuevo, mi hermano Patrick, mi nueva amistad con Christian... Eran muchas las cosas que estaban pasando en muy poco tiempo.

Estaba cansada de no poder concentrarme como era debido, así que, me eché en la cama y encendí la radio. Aerosmith sonó envolviendo el espacio con su *I don't wanna miss a thing*.

*[...] No quiero cerrar los ojos, no quiero caer dormido,
porque te echaría de menos, cariño, y no quiero perderme una sola
cosa, porque incluso cuando sueño contigo, el sueño más dulce nunca
evitaría*

*que todavía te echara de menos, cariño, y no quiero perderme una sola
cosa [...]*

Pero yo sí quería cerrar mis ojos y dormir. Dormir y poder soñar. Soñar y poder verle. Sí... porque yo no quería perderme una sola cosa de él.

Mi cuerpo se estaba dejando llevar por el sueño, mi mente estaba tan relajada que ya no oía nada. Respiré profundamente a punto de dormirme, hasta que sentí que la puerta de mi cuarto se abría lentamente.

—¿Patrick? —Balbuceé, incorporándome.

Él estaba cerrando la puerta hasta que me vio sentada en la cama.

—Te he despertado, perdona. —Susurró.

—No, no. Pasa. —Hice un gesto para que se acercara.

Cerró la puerta con cuidado, como si tuviese miedo de despertar a alguien pese a ser las ocho de la tarde.

Se sentó cerca de mí en la cama y estuvo callado unos minutos con la cabeza agachada.

—¿Qué ocurre? —Pregunté, preocupada. —¿Pasa algo con mamá o papá?

—No.

Su escueta respuesta me puso nerviosa, ¿dónde se había quedado la felicidad de hacía unas horas?

—¿Te pasa algo a ti? ¿Te has metido en algún lío?

—No.

Estaba serio, aún no me miraba.

—¿Problemas con Claudia?

Patrick por fin levantó la cabeza, estaba realmente serio. El tema tenía que ver con ella, de eso estaba segura.

—¡Dios mío! ¡La has dejado embarazada! —Exclamé, esperando que no fuese eso.

—¿Qué? ¡No! —Contestó, impresionado por mi suposición. —Lo cierto es que, lo que te quiero decir, no está relacionado con ella. O sí... Es complicado, ¿sabes?

No entendía nada. Se alejó y comenzó a caminar de un lado para otro en la habitación. Yo le observaba, atónita y curiosa, ¿qué era aquello tan difícil de contar?

—A ver, Patrick. Está claro que intentas contarme algo, pero si no te relajas y confías en mí no vas a poder hacerlo. Así que, respira y suéltalo ya.

Paró de moverse y suspiró con fuerza antes de enfrentarme a mi mirada.

—Patrick, me va a dar un infarto si no me dices ya lo que te...

—Soy gay —espetó.

Inmóviles los dos, nos quedamos en silencio unos minutos. Hoy no era el día de los Inocentes y aunque Patrick solía tomarme el pelo no era dado a hacer ese tipo de bromas.

Decía la verdad.

Lo supe por sus ojos llenos de miedo.

—Quería decírtelo desde hace mucho tiempo, pero no es fácil para mí.

—Se acercó al borde de la cama y se puso de rodillas en el suelo. —Confío en ti más que en nadie, Amelia. Eres mi hermana y mi amiga. Contigo puedo ser todo lo sincero que quiera, porque con mis amigos hablar de estas cosas es muy... raro. Ellos no entienden. Tú sí.

Hizo una pausa y yo no supe qué decir. Las palabras de mi hermano me estaban llegando al corazón, él nunca me había dicho nada parecido.

—Hace tiempo que llevo ocultándolo. —Prosiguió. —Y la verdad, es que no sé por qué. Ni siquiera nuestros padres saben nada... No me avergüenza, pero... Yo... Lo siento...

Le miré a los ojos y vi cómo los suyos se llenaban de lágrimas. Su llanto silencioso dio un vuelco en mi corazón.

—No llores, por favor. —Alcancé a decirle colocando mi mano en su pelo, acariciándolo.

Tiré de él para que se sentase en la cama y le di un abrazo.

—No tienes por qué pedir perdón, Patrick. No puedo negar que me sorprende, pero no pidas nunca perdón por ser como eres.

Él se apartó un poco y negó con la cabeza.

—No es eso. —Dijo, entre sollozos. —Es que él está harto. Y no le culpo.

—¿Él? —Pregunté perpleja. —Pero, ¿qué pasa con Claudia? ¿Ella sabe que tú eres...?

—Ella no existe. —Confesó antes de que terminase la frase. —Siempre ha sido él. —Siempre...

Patrick quería ser médico desde que era un niño. Soñaba con pasar sus días en un hospital ayudando a la gente y salvando vidas. Se veía a sí mismo con una bata blanca encima de su uniforme de cirujano, además de uno de esos gorritos con estampados tipo *Anatomía de Grey* en la cabeza.

En cuanto terminó el instituto lo tuvo claro: se matriculó en la facultad de Medicina.

Abierto a un nuevo mundo, encontró en la carrera su razón, su existencia, su ilusión. Le apasionaba tanto lo que estudiaba que nunca le costó ponerse a estudiar durante horas.

Conoció a nuevas personas. Personas diferentes, con distintas opiniones y maneras de ser. Entre ellos, estaba Thomas. Un chico guapo, de ojos color miel y pelo oscuro. Sus labios sonrosados parecían un dulce pecado que

clamaba por un beso. Patrick siempre había sido una veleta con respecto al amor, pero Thomas le llevaba de cabeza. Inteligente y simpático, era muy similar a él.

El destino jugó muy bien sus cartas.

Confesar el amor no es fácil, pero Thomas tuvo el valor suficiente de ir una tarde al muelle a buscar a Patrick.

Aquel día, como llevaban queriendo desde hacía meses, quedaron a solas. Thomas observó a quien le quitaba el sueño cada noche. Nunca lo había dicho en voz alta, pero deseaba decirle cuánto adoraba su pelo castaño oscuro y cuánto ansiaba tener sus manos entrelazadas con las suyas. Con una necesidad apremiante, se decidió a contarle sus sentimientos, pese a la casi certera idea de no ser correspondido.

Patrick no se percató de que Thomas ya estaba allí hasta que se dio la vuelta.

Su corazón latió más rápido al verle. Una mezcla de felicidad e incertidumbre le inundó hasta que empezó a hablar.

—Thomas, pensaba que ya no vendrías...

—Espera. —Interrumpió. —No digas nada. Quiero decirte algo antes de que me arrepienta por la cobardía que siento sólo por pensar en...

Los ojos de Patrick brillaban por el destello de los de Thomas, las piernas le iban a fallar en menos de un segundo por la fuerza del temblor que le recorría de pies a cabeza.

—¿En qué? —Instó Patrick.

—En decirte lo que siento. —Prosiguió Thomas, antes de tomar un largo suspiro. —Yo... Sólo quería que supieras que nunca, en toda mi vida, había sentido esto por nadie. Imagino que lo que tengo que decir no querrás oírlo, quizá te haga sentir incómodo o puede que no vuelvas a hablarme en la vida.

Thomas enfrentó la mirada de Patrick con lágrimas en los ojos.

—Pero... Te quiero. —Dijo en un hilo de voz.

En blanco, Patrick no podía sino intentar procesar lo que estaba ocurriendo.

Por fin, pensó.

—Dime algo, por favor. —Rogó, con un nudo en el estómago. — Aunque sea que quieres que me vaya y no te vuelva a hablar... ¿Es eso lo que quieres?

Las lágrimas que rodaron por las mejillas de Thomas hicieron que el

corazón de Patrick se desquebrajase.

—Porque si eso es lo que quieres, lo haré. Lo juro. No volveré a molestarte.

Thomas se movía de manera nerviosa, secándose las lágrimas que le caían por las mejillas enrojecidas.

Patrick se aproximó a él con semblante serio.

—Me iré... —Seguía diciendo Thomas, muy bajito.

Patrick le acarició el cabello y la cara mientras sus miradas se encontraban. Se acercó tanto a él que Thomas casi no podía creerlo. Secó su cara con la yema de los dedos y le miró con una media sonrisa.

En un instante, la incertidumbre de ambos desapareció. Fue Patrick quien, sin decir una palabra, despejó toda duda.

Con una delicadeza, lleno de emoción, juntó sus labios con los de Thomas, dejándose llevar por el amor que él también había sentido.

Y por fin, sintiéndose completo por tenerle tan cerca y con la dicha de formar parte de un abrazo infinito en el tiempo, Patrick supo que su destino lo había encontrado.



Escuchaba atentamente cómo mi hermano me contaba el comienzo de su relación con Thomas, las incontables excursiones que hicieron juntos para poder estar solos, lejos de los ojos curiosos, o cómo había conocido a la pequeña familia de su chico.

Pese a no presionar a Patrick para que nos contase la verdad, después de cuatro años Thomas quería más. Necesitaba más. Quería poder coger la mano de mi hermano donde fuese, poder besarle sin miedo a que alguien los criticase. Poder ser libre, en definitiva.

Pero Patrick no parecía estar preparado.

—No creo que papá y mamá lo vayan a entender... —Suspiró, apesadumbrado— ¡Los hermanos de Thomas lo vieron tan normal! No veo que eso vaya a ocurrir en mi caso.

—Tonterías. —Dije con seguridad. —Ellos te quieren, Patrick. Lo entenderán y querrán conocerle, ¿cómo puedes pensar lo contrario?

Él se encogió de hombros y su mirada se centró en el reloj de mi mesilla. Embelesado, una lágrima solitaria recorrió su cara.

—Basta, no quiero que llores más. —Dio un respingo ante mi orden. —Tienes que ser valiente. Cuéntales cuánto quieres a ese chico, háblales de él como lo has hecho conmigo. Estoy segura de que ellos le querrán también.

Patrick sonrió ampliamente.

—Te quiero. —Le dije. —Ellos te quieren. Que seas gay no cambiará nada. Eres muy tonto por pensar lo contrario.

Patrick me miró con la sombra de una sonrisa.

—Eres un cielo. —Me acarició la cara con los nudillos y le sonreí. —Yo también te quiero. —Se apartó, cogiendo aire y limpiándose las lágrimas. —¿Crees que ellos lo entenderán?

Asentí, sin ninguna duda.

—Estoy segurísima de ello.

Eran las doce de la noche y no tenía sueño.

Ni siquiera me sentía cansada.

Me tendí en la cama y apagué la luz con la esperanza de dormirme, pero no iba a ser tan fácil. Después de la confesión de mi hermano lo único que podía hacer era imaginarme a Thomas. Ya tenía ganas de conocerlo.

Según me había contado Patrick, Thomas tenía dos hermanos, siendo él el mediano. Se habían quedado huérfanos cuando aún eran niños y había tenido que ser el mayor de los tres quien llevara para adelante a la familia.

Había sido un día raro, era difícil encajar tantos hechos en tan pocas horas. Pensando en todo lo acontecido, empecé a sentir un cansancio extraño.

Finalmente me dormí, con los brazos extendidos uno a cada lado, aprovechando el espacio que tenía en la cama.

Aparecí en el porche que hacía tiempo no veía, lo que me hizo pensar que algo debía ir mal, ¿no se suponía que ya no era necesario todo aquello?

Recorrí el espacio en medio segundo y abrí la puerta. Extrañada, entré en la casa. La oscuridad de las primeras veces se había disipado dando paso a la visión del interior de una casa que, aunque muy normal, no era nada familiar para mí.

Podía ver la sala de estar a la izquierda, la cocina a la derecha y dos puertas al fondo: la primera daba a un jardín y la otra supuse que sería una habitación más.

Cerré la puerta tras de mí mirando a mi alrededor, buscando a Jackson, ¿dónde se había metido? ¿Y si él no estaba allí?

Di un par de pasos silenciosos, con miedo. Eché un vistazo a la cocina desde mi posición y decidí ir al jardín. Jackson no debía andar lejos.

—No puedes vivir sin mí, ¿eh?

Giré bruscamente, reaccionando ante el susto que me di. Jackson estaba sentado en un baúl de madera bastante viejo y antiguo. Tenía un enorme candado negro justo en medio. El baúl descansaba debajo de una ventana por la que pequeños rayos de sol se colaban armoniosamente, dándole a Jackson un aspecto más angelical.

—Me has asustado. —Noté con la mano los latidos acelerados de mi corazón.

—No era mi intención.

Su mirada incansable me ponía nerviosa, parecía vigilar cada movimiento que hacía.

Apartó durante un segundo la vista, mirando al suelo. Sonrió por mi repentina vergüenza escénica.

—Por cierto, creo que estás confundido —apunté, con sorna—, no soy yo quién no puede vivir sin ti, diría que es más bien al contrario. Eres tú el que aparece en mis sueños sin más. ¡Espero que no te hayas enamorado de mí!

Sonreí, fingiendo coquetería.

Él dio un respingo, lo cual me hizo pensar que la broma pudo haberle molestado. Dejé de encontrar la situación divertida y mi sonrisa fue cayendo poco a poco, ¿había dicho algo malo?

Volvió a agachar la cabeza ligeramente y su flequillo le tapó parte de la cara. Sus manos se apoyaban a cada lado del baúl y sus ojos, que tanto me gustaban, denotaban tristeza.

—Perdóname. —Di un par de pasos en su dirección. —Si he dicho algo que te haya molestado...

—No. —Contestó, tajantemente.

Paré de moverme, no muy segura de si su negativa era en respuesta a lo que yo le había dicho, o si era una forma de evitar que me acercara.

Me mordí el labio instintivamente, apretando hasta notar el sabor metálico de la sangre. Me sentí fuera de lugar e incómoda, y eso que era mi propio sueño... Pero el poder de sus ojos era increíble, siempre sin rendición. Como si de una batalla se tratara, luché por ganar el juego de miradas, ganando finalmente.

Bajó la guardia.

—¿Qué está pasando?

—Nada que deba preocuparte. —Se incorporó, evitándome— Hace un día bonito, ¿qué quieres hacer?

Lo preguntó sin ganas, dando el tema anterior por zanjado. Era obvio que no me conocía tanto como él pensaba.

—Lo que me apetece es saber a qué se debe ese cambio de humor.

—Ya te he dicho que no es nada. —Su atención estaba fija en algún punto lejano de la ventana.

Chasquéé los dedos, captando su atención.

—¿Hay algo interesante allí fuera?

Notó mi tono molesto por su actitud. Negó con la cabeza, cruzando los brazos mientras se apoyaba en el marco de la ventana.

—Jackson...

—Dejémoslo, ¿vale? —Su tono era severo, y me asustó.

No quise seguir insistiendo. Estaba claro que él no iba a decirme nada, así que di media vuelta dispuesta a seguir soñando en otra parte.

—¡No! —gritó él al verme abrir la puerta.

Pero yo ya la había cerrado tras de mí, desvaneciéndome.

De un momento a otro no veía otra cosa más que arena. Arena clara y dura, así como miles de palmeras de todos los tamaños cubrían varias esquinas del lugar.

Miré hacia atrás. La casa ya no estaba, en su lugar quedó un ancho mar de agua cristalina y un sol enorme al fondo. Podía ver los peces nadando de un lugar a otro, así como estrellas de mar de varios colores. Un delfín saltó a lejos.

Sonreí, buscando a Jackson. Pero él no estaba conmigo.

Debería haberme olvidado de su presencia, pero sentía tanta pena por estar allí sola que no podía disfrutar realmente del momento... ¿Qué sueño era ése sin él? Sentí un escalofrío y me rodeé con los brazos.

Paseé sin rumbo, con la vista clavada en el delfín que parecía indicarme el camino, hasta que paró. Su cabecita venía hacia mí. Sus ojos clavados en los míos. Al principio sus movimientos eran lentos, pero poco a poco cogió velocidad. Era como si viniera a por mí.

De repente, sus ojos negros cambiaron. En su lugar, dos pupilas amarillas me vigilaban. Me quedé inmóvil por el miedo. Me faltaba la respiración, intentaba tomar aire, pero me era imposible. Era como estar bajo el agua, aunque mis pies apenas tocaban el agua en la orilla.

Intenté reaccionar pese a la fatiga, obligué a mi cuerpo a moverse, y justo cuando logré girarme para correr, choqué contra algo.

—Nunca. Vuelvas. A. Hacer. Eso.

Jackson apareció de repente delante de mí, como sólo en un sueño puede ocurrir. Estaba tan fatigado como yo. Noté el alivio en su cara cuando me tuvo cerca.

Me abracé a él con desesperación, temblando. Echándole valor, miré de soslayo hacia el delfín, pero para mi sorpresa seguía dando brincos en el mar.

—¿Estás bien? —Preguntó, alarmado.

¿Acaso me lo había imaginado? Aquel delfín no tenía pinta de querer matarme ahora, sin embargo, me costaría olvidar aquel par de ojos

amarillos...

Apreté los puños en su camiseta, pegándome más a él. Él me correspondió al abrazo, hundiendo su cara en mi pelo. Noté su respiración agitada.

Por un instante deseé no separarme de él, no quería despertar mientras Jackson me tuviese entre sus brazos. ¿Cómo podía sentirme así por alguien a quien no conocía?

—Amelia, ¿estás bien? —Repitió. —Estás temblando...

Le miré a la cara, sin dejar de abrazarle. Su rostro preocupado y confuso me pareció adorable.

Sus ojos color turquesa eran infinitamente más bonitos que el propio mar que tenía a mis espaldas.

Puede que olvidarme de los ojos amarillos del delfín no me cueste tanto...

El contacto de sus dedos en mis mejillas me hizo estremecer, pero de repente frunció el ceño.

—¿Dónde has visto unos ojos amarillos?

Di un respingo.

—Pensé que habíamos quedado en no ibas a...

Él me sujetó el brazo, tenso.

—Amelia, esto es importante, ¿dónde los has visto?

Confusa, giré la cabeza en dirección al delfín. Él lo miró con desconfianza. Entonces, me soltó el brazo y cogió mi mano, tirando de mí.

—¿A dónde vamos?

Mi pregunta se quedó en el aire hasta que tiré de él para que dejase de caminar.

—Jackson —dije con severidad.

—Amelia —contestó en el mismo tono.

Bufando, me solté de su agarre.

—No pienso moverme hasta que me digas qué pasa, ¿por qué es tan importante lo que he visto?

Él dudo en hablar. Por alguna razón que se me escapaba, el detalle de los ojos era algo que lo tenía alterado y nervioso.

Está enfadado porque te has marchado, me dije.

—No es eso —dijo. Arqueé una ceja y él bufó. —Bueno, es verdad que no me ha hecho gracia que te fueras así, pero no tiene nada que ver con eso. Aunque, no vuelvas a hacerlo. En serio.

—¿Por qué?

—Porque puede ser peligroso.

Ceñuda, esperé más explicaciones. Al menos, alguna convincente.

—Esta vez has venido aquí, pero la próxima vez no sé dónde puedes ir a parar. Y lo peor, tampoco sé si podría encontrarte.

Hizo un gesto muy raro con la cara, como si hubiera revelado más de lo que pretendía.

—Pero... si es sólo un sueño. —Contesté confundida.

—Amelia, aquí no existe eso de «es sólo un sueño». Debes llevar cuidado. —Se apartó el pelo de la cara. —Tu sueño puede convertirse en una realidad mucho más horrible de lo que imaginas. ¿Esos ojos amarillos que has visto? —Fingió una sonrisa de medio lado. —No tienes ni idea. Y no quiero pensar que Hurón pueda hacerte algo —murmuró, más para él que para mí.

—¿Quién?

Suspiró y negó con la cabeza.

—Tú no eres consciente. —Dijo, con pesadumbre. —No deberías serlo, pero he de advertirte.

Yo estaba perpleja, me sentía como en una película de suspense.

Está exagerando.

—No, no exagero. —Me hizo elevar al cabeza hacia él suavemente. — Los destructores de sueño son seres oscuros. Hurón los lidera. Buscan los sueños para enriquecerse y alimentarse... Hurón no quiere a nada ni a nadie, y hará todo lo que pueda por quitarte tus sueños si alguna vez tiene la oportunidad.

—Parece un cuento para asustar a los niños —Me burlé, no muy convencida. Era incapaz de creer algo así.

—Es real. No es más que un ser vengativo, Amelia.

Pese a no querer creerme lo que me decía, Jackson siguió contándome cómo Hurón llegó a ser la criatura que era.

—Hace siglos, cuando Hurón no era más que un hombre normal, se encaprichó de una campesina. Él estaba acostumbrado a las grandes comodidades, sin embargo, ella era una chica normal, sin riquezas. La quería para él, no le importaba el hecho de que estuviera prometida a otro hombre. —Hizo una pausa. —La campesina, Hilaria, fue llevada a su castillo con el propósito de ser obligada a casarse con él. Dado que no podría escapar, Hilaria aprovechó una noche para atacarle. En el forcejeo, ella logró posar su

mano en la cabeza de él y, de ese modo, poder absorber sus sueños, sus inquietudes y miedos.

—Espera, espera. —Interrumpí. Mi cabeza iba a estallar —¿Qué me estás diciendo, que esa chica era una especie de bruja?

Se acercó a mí, sombríamente.

—Lo que estoy diciendo es que existe ese poder. Hilaria quiso dejarlo seco de todo sentimiento o esperanza, por venganza. —Suspiró. —Pero aquello no salió bien. Los guardias la apresaron y Hurón mandó que un hechicero la estudiase. Aquel hombre le dijo que era una destructora de sueños. Hurón jamás había oído hablar de algo así... Le ordenó al hechicero que le quitase esos poderes a ella y se los diese a él. A cambio le ofreció un lugar a su lado, con los beneficios que eso implicaba. Así que, eso hizo. Desprovista de sus poderes, Hilaria perdió la vida. Desde entonces, Hurón destroza la esencia de las personas, con la que alimenta a sus secuaces. — Agachó la cabeza, pensativo.

—Pero, no tiene sentido... ¿Cómo se destruye un sueño? —Y lo más importante, ¿podían destruir los míos? Si eso pasaba, ¿desaparecería mi capacidad para soñar? ¿Desaparecería yo?

—No estés asustada. —Dijo al sentirme temblar. Me costaba creer lo que me contaba pero tenía que darle crédito; yo había visto ese par de ojos amarillos, y no eran muy amistosos... —Mientras yo esté contigo, no pasará nada.

Mi curiosidad e inquietud no se conformaron. Quería respuestas. Le insté para que me contestase, aunque la verdad pudiera obsesionarme.

—Si te soy sincero, no estoy seguro de cómo se destruye un sueño. —Contestó, alejándose un poquito más de la playa. —Dicen que te absorbe. Como si un huracán te llevase volando, sin que seas realmente consciente de qué está pasando. Al final te hace añicos.

—Por eso dijiste que no estabas aquí por la razón que yo pensaba. Estás aquí para... ¿protegerme?

No contestó, pero no me hizo falta. Me estremecí.

¿Y si ese monstruo viene aquí y...?

—No pienses en eso. —Se acercó a mí, abarcando mis caderas con sus manos. —Te lo repito, no te pasará nada. Nunca dejaría que te hiciesen daño.

—Pero, ¿y si te ataca a ti?

La idea de Hurón atacando a Jackson me paralizó por completo.

Él puso su dedo en mis labios para que no hablase más. Negó con la

cabeza y me besó en la frente.

—Creo que ya es hora de despertar... —Susurró tiernamente.

—¡No! Jackson, por favor. Haz algo para que pueda quedarme un poco más. Necesito que me digas qué está pasando realmente...

No quiero dejarte, pensé.

Jackson me apartó el pelo de la cara con una media sonrisa.

—Seguiré estando aquí cuando te duermas de nuevo. —Me dijo.

Poco a poco Jackson se fue convirtiendo en una mancha borrosa que, por más que parpadeaba, no lograba ver con nitidez.

—Promételo. —Le dije, cuando todo era casi negro.

—Lo prometo.

Desperté poco a poco con una inquietud en el estómago.

Jackson me lo había confirmado: el peligro existía más allá de la realidad en la que vivía. Los sueños no eran tan inofensivos como se creía.

Al menos los míos no.



Llegué a la facultad y me quedé dentro del coche un instante. No tenía ganas de entrar a clase, pero debía hacerlo. Siempre fui una persona responsable, pero en aquel momento sentía unas fuertes ganas de salir corriendo.

La imagen de los ojos amarillos del delfín fueron sustituidos por los de color turquesa de Jackson.

Definitivamente, todo aquello no estaba bien. Cada vez sentía que él era más real, ¿cómo si no iba a recordarle tan nítidamente?

A decir verdad, prefería la idea de que él fuese un sueño, aunque no uno normal. Mi vida estaba dando un giro demasiado fuerte. Iba a volverme loca.

Me dejé caer sobre mis brazos apoyados en el volante y suspiré, intentando relajarme. Quise animarme para entrar a clase de una vez por todas. Cuando iba a salir del coche, divisé a Christian sentado en las escaleras de la entrada a la facultad.

Ensimismado en su bloc de dibujo, no fue consciente de que otros compañeros le volvían a pegar otro papel en la parte trasera de la camiseta.

Desde atrás, los chicos le señalaban y se reían de él.

Enfadada, fui hacia él. Sin saludarle siquiera, le quité el papel mientras los otros payasos cesaban la burla.

—¿Qué tenéis, diez años? —Pregunté, gritando. —¡Sois patéticos!

—Es sólo una broma, niña. —contestó uno de ellos.

Me volví hacia el chico que me había hablado.

—La broma dejó de tener gracia hace tiempo, *niño*. —La última palabra salió con tanto desprecio que todos dejaron de reírse, incómodos.

Christian se levantó rápidamente y se puso entre el chico y yo.

—Déjalo, Amelia —me pidió, muy bajito—, no vale la pena.

—¡No! —Contesté, furiosa.

Miré al chico que me había contestado. Le conocía, sabía quiénes eran sus padres y dónde vivía.

—A ver si os dais cuenta de que estáis en la universidad y os dejáis los

juegos estúpidos de críos.

Muchos de los chavales, más jóvenes que yo, miraban al suelo, avergonzados.

—Madurad un poco y hacednos un favor a los que venimos a estudiar.

Arrugué el papel y lo lancé delante de ellos.

Los chicos fueron deshaciendo el corro que habían formado y se fueron marchando. Christian no sabía a dónde mirar, seguramente se sentía como un tonto por no haberse dado cuenta de lo que estaba pasando mientras dibujaba. Se subió con el nudillo del dedo índice las gafas hasta colocárselas bien.

—No me gustaría estar en tu contra. —Soltó de repente, con una media sonrisa.

Fruncí el ceño, pero me reí mientras me daba un suave golpecito en el hombro.

—Te debo una.

—No me debes nada. —Le dije, haciéndole un gesto con la mano para que me siguiera. —Anda, vamos a clase.

Justo antes de entrar a Psicología, mi móvil sonó. Sylvia quería que nos reuniésemos en la cantina para vernos durante el descanso. Pensé que sería buena idea, ya que hacía tiempo que no la veía debido a su resfriado. Además, estaba deseando que conociese a Christian. Estaba segura de que se llevarían a las mil maravillas.

O quizá no tanto...

Sylvia estaba alucinada. Mientras Christian y yo hablábamos sin parar, ella parecía molesta por su presencia. Su seriedad y antipatía me estaban poniendo nerviosa, ¿qué le pasaba? ¿También ella trataría mal a Christian?

Le di una patada por debajo de la mesa con intención de que cambiase de actitud, pero no quiso pillar el mensaje. Por el contrario, se levantó de la mesa despidiéndose de mala manera, tiró las sobras de su almuerzo a la basura y salió por la puerta de la cantina.

Christian me miró preocupado.

—Será mejor que vayas con ella. —Sugirió. —Parece cabreada.

Negué con la cabeza.

—Ella no es así. Iré a ver qué le pasa. —Le di una palmadita amistosa en la mano. —Te veo en clase.

La busqué por los pasillos cercanos a la cantina y al ver que no estaba,

fui directa al aseo de chicas. No había nadie en los lavabos, así que me agaché para mirar en los huecos de las puertas verdes hasta que divisé sus Nike negras y rosas. Suspiré poniendo los ojos en blanco, ¡las chicas a veces somos tan complicadas!

—Sylvia, ¿qué es lo que te pasa? —Me apoyé en la puerta esperando una respuesta.

—¿Qué más te da? —Contestó, enfadada. —Ve a reírte con el idiota de Christian.

Gruñí para mis adentros.

—Él no es ningún idiota. Si te molestaras en conocerle, lo sabrías.

Ella abrió la puerta, indiferente a mi presencia. Pasó por delante de mí y se paró frente al espejo para retocarse el peinado.

Ni siquiera me miraba.

—Mira, lo último que me hace falta es que me vean con él.

—Por favor... —Puse los ojos en blanco, exasperada. —¡Hoy es el día de «la edad del pavo»!

Entre los niños inmaduros del papel insultante y aquello me estaba cabreando en serio. Era lo último que necesitaba.

—No te reconozco en absoluto. —Espeté.

Ella dejó de retocarse el pelo. Sabía que mis palabras le habían dolido, pero no bajé la guardia.

Me dirigí a la puerta y paré un segundo para darme la vuelta y enfrentar su mirada una vez más.

—Christian no me interesa. —Dijo con soberbia.

—Pues es una pena, porque nos hemos hecho muy amigos.

—¿Y lo que yo opine no cuenta?

—¿A qué te refieres?

No entendía su recriminación, ¿estaba enfadada porque era amiga de Christian?

—¡Eres mi amiga, no la suya! —Gritó. —¡Me siento como una extraña cuando en realidad el extraño es él!

Celos. Mi mejor amiga estaba celosa de Christian. Era absurdo e infantil.

Mi amistad con él no condicionaba la nuestra, sin embargo, ella lo sentía así. Quise hablarle, pero intuí que nada de lo que dijese iba a cambiar su forma de ver la situación.

¡Qué absurdo era todo!

Suspirando y con los ojos llenos de lágrimas, cogió fuerzas antes de pasar por mi lado y atravesar a paso ligero los pasillos de la facultad.

No la seguí. En aquel momento lo único que me apetecía era desaparecer...

Llevé a Christian a su casa. Tras comentarme que iba y volvía andando, me ofrecí a acompañarle y ya de paso poder hablar.

La casa de Christian era muy bonita. Tenía una fachada color crema, con un jardín que rodeaba la entrada y varios árboles a ambos lados.

Se quitó el cinturón en silencio. Nos miramos.

—¿Nos vemos mañana? Sé que no hay clase, pero podríamos hacer algo. —Propuso.

—Pues...

Pensé en Sylvia. No debería, pero empecé a sentirme culpable por hacer planes con Christian sin ella.

—Si no te apetece, no pasa nada. —Dijo antes de que contestase.

—Sí que me apetece. Es que ando distraída por mi amiga. De veras que ella no es así, no sé qué le pasa...

Hubo un silencio.

Fuera como fuese, tenía que arreglar aquella tontería con Sylvia. Me negaba a perderla solo porque Christian se nos uniera de vez en cuando.

—¿Sabes dónde está el muelle? —Pregunté antes de que se bajase del coche.

—Claro —contestó animado.

—Mañana nos vemos allí.

Nunca había discutido con Sylvia, y menos por algo así. ¿Qué podía hacer? Era la mejor amiga que había tenido. Desde que éramos niñas habíamos estado juntas... Incluso cuando discutíamos por algo alguna vez una de las dos acababa cediendo y pidiendo perdón. Aunque sentía que aquello era diferente.

Un rato después seguía pensando en todo aquello, echada en mi cama. Patrick entró en la habitación, sacándome de mis pensamientos.

Debido a mi cara de tristeza, me hizo un gran interrogatorio hasta que accedí a hablarle de lo que tanto me preocupaba.

Pensé que daría saltos de alegría al saber que mi amiga no vendría durante algún tiempo a casa pero, a diferencia de eso, se puso serio e intentó

consolarme.

—Creo que entiendo a Sylvia. —Dijo, mientras ojeaba mi libreta de poemas. —Ha pasado un tiempo sin verte y cuando vuelve tú ya tienes a alguien con quien estar. Se siente desplazada. —Señaló uno de mis poemas. —Este es bueno.

Eché un vistazo, contestándole.

—Pero es absurdo, Patrick.

—Lo sé. —Se encogió de hombros. —Es Sylvia, ella a veces es un poco absurda.

Le lancé una mirada acusadora. Puede que estuviésemos enfadadas, pero no me gustaba que hablase mal de ella.

—Es broma. —Se sentó más cerca de mí, pasando su brazo por mi espalda. —Habla con ella e intenta arreglarlo. Sylvia no ve tan claro como tú lo incoherente que es todo esto. —Suspiró al ver que no le contestaba. —Mira, tu amiga es como es... pero tiene cosas buenas. Si ella no da el paso, hazlo tú.

Asentí pensando en cómo hacerlo. Cogí el teléfono y dejé un mensaje en su contestador con la esperanza de que apareciese el domingo para ir conmigo y Christian al muelle. Mi hermano tenía razón, alguien debía dar su brazo a torcer pero, ¿querría Sylvia solucionarlo?

Muy dentro de mi corazón algo me decía que esa reconciliación iba a llegar dentro de un tiempo.



Un sendero, fue lo primero que vi. Un cerezo de flores rosas a la derecha, matorrales y plantas extrañas, flores que nunca había visto se hallaban a mi izquierda. Un cielo anaranjado y rojizo, se extendía ante mí, ¿a dónde conducía ese camino? Anduve, dejándome llevar por la intuición, como si mi cuerpo supiese a dónde iba. No oía nada, tan sólo mis pisadas que hacían crujir la hierba. Pisadas decididas, cortantes, seguras de sí mismas.

Inquietud. Impaciencia. Quería llegar ya a dónde quiera que fuese.

Acordes. Música. Sí, era música. Una canción. Su canción. Sonreí ampliamente.

Aceleré el paso buscando el sonido como si de una brújula se tratase.

Dos sauces enormes tapaban mi vista al llegar al final del sendero. Aparté las hojas y pasé entre ellos sin dificultad. Mil sensaciones recorrieron mi cuerpo. El cielo se tornó azul oscuro, casi negro, y cientos de estrellas cubrieron cada esquina.

Una luna, la más grande que jamás había visto, reinaba grandiosa y presumida en el centro de la escena. Un pequeño lago dibujaba sutiles ondas en el agua.

Jackson estaba tocando la guitarra, sentado bajo un pequeño cerezo. Un camino de piedras le rodeaba hasta meterse en el lago. Levantó la vista, deslumbrándome con una gran sonrisa, y entonces supe que ya no había marcha atrás, me pasaría la vida soñando con él o tendría que olvidarle.

Soñar. Soñar estaba bien, al fin y al cabo.

Mi sonrisa lució tímida por un momento, ¿notó que me ruboricé? Bajé la vista mientras me acercaba a él.

No pienses, no pienses, no pienses... ¡No pienses nada!, me dije.

No quería que supiera que estaba nerviosa, no quería que oyese desde mi cabeza lo mucho que le había echado de menos.

Me gustas tanto...

Raro es pensar algo así, más raro es sentirlo.

—Por eso me enfadé el otro día. —Dejó de tocar. —Que me pase a mí ya es un error, pero que también te pase a ti...

—No puedes pretender que no sienta nada. —L dije, todavía a cierta distancia de él.

Sonrió.

—Cierto, pero hay cosas que se me hacen imposibles...

—No hay nada imposible. —Contesté, convencida de lo que decía.

—No sabes cuánto me gustaría creerte, Amelia.

Reinó un silencio atronador mientras Jackson apartaba la guitarra de su regazo y se levantaba con cautela. Mi cabeza daba vueltas cuando sus manos rodearon mi cintura.

Sus labios rozaron los míos, oyéndose un suave chasquido, como si nos hubiésemos besado.

Sonreí y volví a ruborizarme.

Pegó su frente a la mía y agarró mi mano para que le acompañase dentro del camino de piedras que lo rodeaba. Di un sólo paso y sentí un escalofrío.

La luna brillaba dando una luz especial al momento. No fui consciente de nada hasta que vi la cara de Jackson.

Petrificado, miraba hacia los matorrales del fondo. Noté cómo me aproximaba hacia él y me apretaba con fuerza.

¿Qué pasaba? ¿Fue miedo lo que vi en sus ojos?

—¿Jackson? —Susurré. Él siseó, concentrado.

Giré un poco la cabeza y busqué el objeto de su preocupación, pero no fui capaz de descubrirlo.

—Ponte detrás de mí. —Ordenó, cogiéndome de la muñeca. Le hice caso, sin rechistar, sabía que algo había detrás de los sauces que yo misma había atravesado minutos antes.

Me concentré y observé más minuciosamente. Una mariposa pasó por nuestro lado.

Voló por encima de su hombro y yo la seguí con la mirada. Se paró en una flor. Tenía un color malva claro con tonos naranjas y amarillos en los bordes de las alas, las cuales movía aceleradamente, al compás de mi corazón.

Entonces, lo vi.

Abrí los ojos todo lo que pude, atónita a lo que se encontraba a escasos metros de nosotros. Temblé instantáneamente, sentí que mis piernas se

aflojaban y un impulso de huida me invadió el alma. Fue rápido, invisible, apenas pude verlo. Me costaba respirar...

No. Otra vez no... No puede ser, pensé.

Jackson me miró un segundo, aún en guardia, cuando ese par de ojos amarillos desaparecieron entre las sombras.

Jackson se relajó poco a poco y mi respiración volvió a ser normal.

—Tranquila. —Me acarició la cara sin dejar de mirar hacia la oscuridad. —Se ha ido.

Tiró de mí para que caminase con él. Salimos del bonito decorado en el que habíamos estado y llegamos a una explanada en la que sólo había hierba.

Se alejó de mí unos cuantos pasos. Iba de un lado a otro, murmurando cosas que no entendí. Me hubiera gustado estar yo en su mente, así habría sabido qué le pasaba.

—No tendría haberte traído aquí. —Mascullaba, enfadado— Debería haberles hecho caso, ¡maldita sea!

¿Hacerles caso, a quiénes?

—Jackson. —Susurré, pues no tenía fuera en la voz.

Negó con la cabeza al tiempo que hablaba consigo mismo. Me estaba volviendo loca.

—Jackson —repetí más fuerte, captando su atención. Me miró muy serio, no sabría decir cuánto horror había en sus ojos en aquel momento.

—Amelia, tienes que despertarte. —Dijo, caminando hacia mí.

—¿Qué? —Estaba loco si pensaba que iba a irme así sin más.

—Puedes hacerlo, sólo tienes que concentrarte —me agarró de los hombros con nerviosismo.

Huí de él echándome hacia atrás.

—No puedo.

Negué con la cabeza.

¿Y dejarte aquí, solo?

—¡Deja de pensar en mí! —Gritó. —¡Intenta despertarte! Sólo así podremos asegurarnos de que no te pase nada.

Con los ojos inundados en lágrimas, eché a correr. Si él no me daba respuestas no quería seguir en ese lugar ni un minuto más. Ya despertaría tarde o temprano.

—Pero, ¿¡a dónde vas!?! —Agarró mi brazo antes de que pudiese ir muy lejos.

—¡Déjame! —Grité, huyendo de nuevo. —¡No sé qué pasa, pero no me

gusta cómo te estás comportando conmigo!

—Exacto, no sabes. —Me acercó tanto a él que su nariz y la mía se chocaron. —No tienes ni idea de lo que pasa, Amelia.

¿Quién estaba más atemorizado, él o yo?

Nos miramos a los ojos. Su mano quemaba en mi brazo, pero su fuerza fue cada vez más débil hasta que, poco a poco, la apartó de mí.

—Perdóname. —Abrió mucho los ojos, consciente de mi miedo. —No quería asustarte, pero no estamos seguros aquí ahora mismo.

—¿Qué era eso que hemos visto? —Exigí saber.

Él dudó en contestar y yo hice amago de irme si no lo hacía.

—Ya te lo dije: un destructor... —Dijo por fin. —Te dije que iban y venían como se les antojaba. No era una historia de miedo inventada, Amelia.

Hizo una pausa y se tapó la cara con las manos.

—Esto no debía haber pasado... Es culpa mía...

Negué con la cabeza.

—Jackson... dime, por favor, ¿qué pasa?

Me abrazó y noté su respiración entrecortada.

—El destructor lleva meses intentando atacarte. No es la primera vez que te tiene cerca, y yo estaba despistado. Tendría que haber estado más alerta... —Se apartó de mí. —Ya me lo advirtieron...

—¿Quiénes te advirtieron?

—Sigo pensando que debes despertarte.

No quería ponerme nerviosa, pero estaba empezando a desquiciarme que repitiese tantas veces lo mismo.

Solté un bufido.

—Amelia, yo debo cuidar de ti. Es mi trabajo, ¿entiendes?

—Entonces, es verdad que estoy en peligro...

Por eso él estaba en mis sueños. No era que yo le hubiera creado en mi imaginación, era que él, a voluntad propia, iba y venía de mi subconsciente, protegiéndome de aquella cosa que me helaba la sangre.

—Igual que existen destructores, también hay protectores —continuó hablando, ajeno a mi estado de shock. —Detrás de todo lo malo hay algo bueno, siempre es así. Tú estás en peligro, por eso yo estoy aquí. Todo iba bien, pero mis distracciones pueden pasarnos factura. —Se apartó aún más cuando intenté tocarle la cara, lo cual me dolió como si me atravesasen con un cuchillo en el alma. —*Ese* tipo de cosas es lo que debo evitar.

Bajé mi mano poco a poco, intentando recomponerme y no dejarle ver

cómo de grande era mi dolor ante su rechazo.

—¿Y ya está? —Pregunté, tras un minuto de silencio.

—Veo que no quieres entenderlo.

—¿Sabes? ¡He tenido pesadillas, pero como esta ninguna!

Se le veía tan triste a pesar de mi enfado.

—Lo siento, Amelia. —Dijo. —Tendría que haberme ceñido a mi cometido, como hacen todos.

Giré sobre mí misma y caminé lentamente, no quería que viese cómo las lágrimas caían, mojando todo mi rostro. Paré a medio camino entre él y una nada infinita.

Jackson seguía parado en el mismo sitio, cabizbajo.

¿Por qué me sentía tan culpable? Apreté los puños y cerré los ojos con fuerza mientras las lágrimas seguían cayendo sin parar. Algo dentro de mí reaccionó y no quise seguir así más tiempo. Fui hacia él de nuevo, parándome muy cerca.

Levantó la cabeza. Tuve una punzada en el corazón al ver que tenía sus ojos empapados en lágrimas. Creo que hasta oí su corazón latir. Estoy segura que él sí escuchó el mío.

Qué sensación más extraña, pensé. Él afirmó con la cabeza lentamente, contestando al comentario de mi mente.

Levanté mi mano para tocarle, pero recordé sus palabras y frené en el acto. Jackson me acarició el pelo y me besó dulcemente en la mejilla.

—Perdo... —No pude terminar la frase. Él siseó para que no dijese nada.

—Escúchame, por favor. —Su voz volvía a ser tierna y cercana. —Siento haber reaccionado así, no he debido dejar que el pánico me controlase. No volveré a ponerte en peligro, te lo prometo.

—¿Quiénes son esos a los que deberías haber hecho caso? —Pregunté.

—Digamos que son mis superiores. —Comentó más tranquilo. —Es un trabajo, ellos nos asignan una persona y nuestro cometido es protegerla.

—Esto es demasiado real para ser un sueño —comenté, confundida—, pero me alegro que te hicieran venir a mí, me siento segura a tu lado.

Le besé en la mejilla y sonreí.

—Tengo un ángel de la guarda. —Susurré en su oído.

Poco a poco su imagen se volvió borrosa. Eso sólo significaba una cosa.

—Cuando mejor se ponen las cosas me dan ganas de despertar... —
Suspiré.

Me gustas tanto, Jackson...

—En eso consiste. —Contestó, sonriendo. —Tú también me gustas mucho, Amelia.

Lancé un beso al aire mientras yo desaparecía para él, y viceversa.



La noche anterior no había descansado, sentía las manos adormiladas y la cabeza me iba a explotar. Era si tuviera resaca, ¿cómo podía pasar esto? Últimamente siempre me sentía así.

Llegué a casa de Christian y toqué el claxon del coche un par de veces. Él salió y se acercó al asiento del copiloto a paso ligero.

Cerró la puerta y aceleré. Estuvimos callados un rato hasta que sentí que me miraba.

—¿Qué? —Pregunté con curiosidad.

—¿Saliste anoche?

—No, ¿por qué?

Soltó una carcajada.

—No te ofendas, pero estás horrible.

—¡Vaya, gracias! —Dije, riendo también. —Sin duda, sabes cómo tratar a una chica.

Sylvia no me había contestado al mensaje. Si era sincera había esperado que lo hiciera, pero no quise darle muchas vueltas.

A falta de la enorme cesta de mi amiga metí la merienda en bolsas de plástico. Las cogimos y nos sentamos en el sitio que tanto me gustaba: el mirador del muelle.

Aquella tarde hacía un tiempo perfecto. El lago estaba precioso.

Lo que más me gustaba de Christian era que siempre tenía algo de qué hablar. No me gustaba pensarlo, pero era más entretenido hablar con él que con Sylvia. Supongo que hablar siempre de rollos pasajeros, ropa de moda y chicos guapos acababa cansando.

Sin embargo, y pese a todo, la eché de menos.

Miré varias veces hacia la zona donde estaba aparcado el coche, imaginando que ella venía.

Nos abrazaríamos mientras nos perdonábamos por todo y se sentaría junto a Christian, poniendo ese toque de color que ella sabía darle a las cosas.

Suspiré con fuerza.

—¿Estás bien? —Preguntó Christian. Asentí y sonreí con una sonrisa que no llegó a mis ojos. —Pareces preocupada. —Me encogí de hombros. —No lo estés. Tu amiga se dará cuenta de la metedura de pata que ha tenido.

—A veces creo que me lees el pensamiento. ¿Tan obvio es que pienso en ella?

—Empiezo a conocerte. A decir verdad, eres bastante transparente.

Sentados en el suelo, allí sin nada que hacer, pensé en lo mucho que me gustaría llevar a Jackson a aquel lugar. Me pregunté a dónde iba él mientras yo no dormía, ¿seguiría dentro de mi mente?

—¿En qué piensas?

—En los sueños. —Contesté sin pensar. —¿Crees que es posible que...?

Me instó para que siguiese la pregunta.

—Sé que es raro, pero tengo un sueño con alguien. —No estaba muy segura de contarle ya que sólo mi hermano sabía la historia. —Es un chico al que nunca había visto. Al principio el sueño siempre era igual, pero últimamente es diferente...

Christian me miraba tras sus gafas de pasta.

—¿Crees que es posible enamorarse de alguien que no es real?

Me sentí ridícula al lanzar la pregunta, pero necesitaba saber que no estaba volviéndome loca por albergar sentimientos por Jackson.

Vaciló un segundo, seguramente pensaría que estaba loca.

—Nunca me ha pasado, pero no por ello deber ser imposible. —Dijo con sinceridad. —Es como el amor a primera vista; a algunos les pasa, a otros no. Pero...

—¿Pero, qué?

—No te veo enamorándote de alguien que no existe. —Sonrió con ternura, y mi ánimo decayó. Entonces, dijo algo que me dio esperanza: —Creo que ese chico es más real de lo que piensas.

¿Podría ser posible? ¿Era Jackson real?

¿Podría serlo para mí?

Christian señaló por encima de mi hombro, hacia la montaña que teníamos en frente.

—¿Te atreves?

—¿A qué? —Me giré para observar.

—El bosque de la otra orilla —Se levantó, ofreciéndome su mano. —

Necesitas dar una vuelta y dejar de darle al coco.

—No sé, creo que no es muy seguro. —Vacilé. —Dicen que hay osos. Arqueó una ceja y rio.

—¿Osos? ¡Como mucho algún ciervo! Venga, no seas cobarde.

Ni siquiera pude contestar. En un abrir y cerrar de ojos estaba montada en una de las canoas, rumbo al otro lado del lago. Christian remaba con bastante soltura, no le costaba tirar de mí y de él mismo. El agua hacía ondas por donde pasábamos, brillando con los destellos del sol.

Eché una ojeada al llegar. La vista desde ese punto era muy distinta, el olor a pino y a naturaleza era mucho más potente. Aspiré con fuerza.

—Venga, investiguemos. —Propuso, adentrándose en el bosque.

Yo le seguí, no muy segura de a dónde íbamos. Sentí un gran escalofrío al pensar en un animal grande y salvaje comiéndonos de un bocado.

Pronto aparté esos pensamientos macabros al reparar en los grandiosos árboles que teníamos a nuestro alrededor.

—¡Fíjate en eso! —Exclamó Christian, señalando una cascada que se dejaba entrever a pocos metros.

Nos quedamos absortos en la preciosa escena. Me senté en una roca sin quitar ojo, como con miedo a perderme algo. Christian hizo lo mismo. Así estuvimos un buen rato, en silencio.

Sentir que no es necesario decir nada estando con alguien es una de las mejores sensaciones que se pueden experimentar. Recordé a Sylvia de nuevo.

Cómo me hubiera gustado que ella también estuviese allí...

—Anímate. —Susurró Christian. —No todos los días se ve una cascada como ésta.

Asentí con la cabeza e intenté estar más alegre.

—Gracias, Christian. —Dije, acariciando su hombro. —Me ha gustado nuestra excursión. No sé cómo has sabido lo que necesitaba, pero gracias.

Se encogió de hombros.

—A mí también me ha gustado —miró al cielo, el cual empezaba a cambiar a un color más oscuro—, pero deberíamos volver, pronto anochecerá.

No dije nada, directamente le hice caso. Atravesar el bosque de vuelta a la canoa fue coser y cantar, y en un santiamén ya estábamos volviendo a casa.

Todo mejorará pronto, me dije una vez me quedé sola en el coche.

Sí, eso pensaba de verdad. Hasta que vi un Chrysler 300C negro aparcado en frente de mi casa. En ese instante no lo supe, pero la vida a veces

te deja sin aliento.



Eché un vistazo al coche para cerciorarme de si había alguien dentro. Era un coche impresionante, enorme. Los asientos de cuero, la consola en plata, el increíble volante...

—¿Te gusta?

Levanté la vista. Un hombre mayor, de unos sesenta y tantos años, vestido con traje de chaqueta y corbata, me miraba desde mi lado izquierdo.

Me aparté del coche nada más verle.

—Es muy seguro, ¡si vieras la cantidad de airbags que tiene! —Se acercó a mí.

Retrocedí un paso.

—No entiendo mucho de coches. —Confesé. —Éste es muy caro, por lo que parece.

—Tiene mucha clase. —Dijo, orgulloso.

El hombre me sonreía con altanería.

—Te pareces a tu madre. —Espetó, sin dejar de mirarme por encima del hombro.

¿Ese hombre conocía a mi madre? ¿Me conocía a mí?

—Perdone, ¿qué ha dicho?

El hombre sacó de su bolsillo un sobre doblado por la mitad y me lo dio. Llevaba escrito el nombre de mi madre en el reverso.

—Dale esto a Deborah —fue casi una orden. De hecho, tenía pinta de pasarse la vida dándolas. Su sonrisa era cordial, pero distante. —Es importante que lo reciba.

Asentí en silencio. Mi cara debía reflejar una gran incomprensión

Se montó en el coche. Antes de marcharse, bajó la ventanilla.

—Me alegra haberte conocido, Amelia. —Dijo, aunque su tono se me antojó triste y anhelante. —Hasta la vista.

Se alejó y no pude moverme hasta que dejé de ver el coche.

Intuyendo quién podía ser, entré a casa pensando dónde dejar el sobre.

¿Qué podría contener? No era tan abultado como para llevar dinero, así que, debía ser una carta.

Al final dejé el sobre en la entrada, de esa forma mamá podría verlo nada más llegar y esta incertidumbre terminaría de una vez por todas.

Paseé por los pasillos, comí algo, vi la televisión. Seguí paseando y entré en mi habitación. De vez en cuando me acercaba al sobre y lo vigilaba, como si fuera a abrirse solo. Lo cogí y salí al patio para despejarme.

No lo abras, no es para ti, me dije.

Lo palpé, ¿cuándo me había vuelto tan curiosa? Desesperada por ver que mamá no llegaba, volví a dejar el sobre en la entrada y me decidí por dar una vuelta a pie. Pensé en el hombre que había venido a casa, ¿qué quería? ¿Por qué buscaba a mi madre?

La intuición seguía jugando en mi mente pese a que me resistía a pensar que, después de tantos años, pudiera ser *él*.

Era de noche cuando volví a casa. Seguramente ya estarían todos reunidos a punto de cenar.

Entré desde el patio trasero. Varias luces se veían encendidas. Fui hacia el comedor, donde divisé a Patrick de pie, cruzado de brazos, apoyado en el gran arco que dividía la sala de estar con la entrada principal y el pasillo. Papá estaba sentado en uno de los sillones y mamá en el sofá. Sus caras de tristeza e impresión me pararon en seco.

Sólo Patrick me saludó silenciosamente. Entonces vi que mi madre estaba llorando.

—Mamá —me acerqué a ella con un nudo en la garganta—, ¿qué pasa? Se limpió las lágrimas y cogió mis manos.

—Nada, cariño. —Me abrazó y busqué la mirada de mi padre, intentando que alguien me explicase.

—Tu abuela ha muerto. —Dijo él.

Di un respingo.

—¿La abuela Linda? Pero... —Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—No. La otra abuela, la madre de mamá. —Explicó Patrick.

Instantáneamente desaparecieron mis ganas de llorar. Sentí alivio, aunque no pueda sonar bien, pero a decir verdad no conocía a esa mujer como para sentir nada...

—Debi, cielo, lo siento mucho, pero recuerda que tú intentaste arreglar

las cosas en su momento...

—Lo sé. —Contestó ella a mi padre. —Eso es lo que más me duele. Quizá por eso lloro, por la impotencia de la situación. Porque se ha ido, y ella ni siquiera dio pie a hablar conmigo. Nunca quisieron... ninguno de los dos.

—Entonces, el hombre que trajo la carta era mi abuelo. —Afirmé, confirmando mis sospechas.

—¿La trajo él? ¿Qué te dijo? —Preguntó mamá nerviosa.

—Nada. No me dijo quién era, sólo me dio el sobre y me pidió que te lo diese —miré el par de folios que descansaban junto al sobre en la mesa. —No quise ver de qué se trataba hasta que llegases.

Fue ella quien me dio los sobres para que leyera el contenido.

«Querida Debi.

Hoy hace más de veinte años que no veo tu cara, que no beso tus mejillas, que no toco tus cabellos. Hoy hace más de veinte años que no te hablo ni escucho tu voz. Hoy, te echo más de menos que nunca.

Tengo delante de mí todas las fotografías que me has ido mandando en este tiempo. Es la única manera que tengo de teneros cerca. Me gusta mirarlas y sentir que, en realidad, os conozco a todos y cada uno de vosotros.

Veo a mi únicos nietos, ¡qué guapos son! Lloro cada noche por no conocerlos. A veces me da por pensar que debí ponerme de tu lado. Recuerdo aquel día. Cómo te fuiste, tu furia... Tu cara de odio y tu adiós escrito en la mirada.

Parece que fue ayer cuando tu padre te prohibía que salieras con las maletas y tú le empujabas, decidida a marcharte. Te fuiste de verdad, saliste de casa y de nuestras vidas.

Escribirte ahora una carta es muy cobarde. Te preguntarás por qué lo he hecho así... Esta es la única forma de despedirme de ti. Pese a todo, te he tenido presente en mi pensamiento, en mis oraciones y en mi vida.

Siento no haber sido una madre para ti después de aquello. Seguramente, moriré arrepentida de no haberlo sido.

Mi corazón seguirá roto por siempre. Espero que algún día puedas perdonarnos a tu padre y a mí.

Yo intento perdonarme cada día. Te querré siempre.

Con amor: tu madre.»

Un gran silencio reinaba. Mamá ya había dejado de llorar.

—La fecha es del año pasado.

—¡Y trae la carta ahora! —Exclamó, enfadada.

Patrick se sentó a mi lado y apoyó su cabeza en la mía mientras mamá seguía hablando, indignada. Era como si mi abuelo hubiera querido que se

sintiese culpable por no haber estado en los últimos momentos de mi abuela. ¿Por qué sino le había traído la carta tan tarde?

Pensé en lo injusto que era para mi madre todo lo que estaba pasando, ¿cómo iba ella a saber que su madre estaba muriendo? Ellos nunca se habían interesado por nuestro bienestar. La carta, por muy bonita que fuera, estaba llena de palabras vacías y carentes de sentido dadas las circunstancias.

—El daño que se causa no se puede enmendar con una carta — murmuró mi madre.

Asentí.

Ella tenía razón, después de tantos años de absoluto silencio y desinterés, llegaba esta bomba para explotar sin más.

Después de estar un buen rato en el comedor me acosté e intenté imaginar cómo debió sentirse mi madre al despedirse de la suya y no volver a verla.

La idea de perder a mamá me daba pánico, angustia y dolor.

Recordé lo que ella dijo antes de que me fuese a dormir: «Perder a una madre o un padre porque no opinan como tú es duro, pero supongo que perder a un hijo por el orgullo es peor. Darte cuenta de que te prefieres a ti mismo que a alguien que ha sido parte de ti, debe ser la peor sensación del mundo.»

En aquel momento supe que si algún día tenía hijos, nunca, nada ni nadie, podría separarnos. Pasara lo que pasara, siempre estaría con ellos, como mis padres estarían con mi hermano y conmigo.

Me dormí pensando en lo que significaba ser familia. Yo había tenido dos abuelos a los que nunca había conocido y, sin embargo, tenía gente a mi alrededor a la que quería como si llevaran mi propia sangre.

Sylvia acudió a mi mente. Decidí que debía volver a hablar con ella.

Era parte de mi familia y no pasaría un día más sin que lo supiese.



Desperté soñando. Fue extraño abrir los ojos cuando en realidad los acababa de cerrar, ¿o estaba despierta?

Me destapé.

Quizá no he soñado nada, pensé. No, espera...

Salí de la cama y me asomé por la ventana. Aún era de noche.

Pero, ¿dónde estoy?

Observé que las calles, los coches, las aceras... ¡todo! ¡Todo estaba cubierto de nieve!

Imposible, ¡si aquí no nieva nunca!, me dije.

Salí de mi cuarto y bajé las escaleras hasta llegar a lo que debería ser el comedor, sólo que no había muebles. Lo único que cubría el espacio era la guitarra y, apoyado en la ventana, Jackson.

—Hola —exclamé, feliz de verle.

—Hola.

Una luz tenue iluminaba su cara.

—Tu casa es bonita. —Me dijo. —La había visto en tu mente, pero los recuerdos nunca son muy exactos, como puedes imaginar.

¿Serás tú así de guapo en la realidad?, pensé.

Soltó una carcajada haciéndome recordar que él podía oír mis pensamientos. Sentí que mis mejillas ardían de vergüenza.

—Soy como me ves. —Dijo. —Perdona, sé que no te gusta que te escuche, pero eso ha sido divertido. —Intentó ponerse serio. —No lo hago a propósito, es como un don que tenemos los protectores, de esa forma es más fácil saber cómo vais a actuar mientras soñáis.

En momentos como aquel, me hubiera gustado saber qué pensaba Jackson. Para él era muy fácil averiguar mis sentimientos, ¡él podía oírlo todo! Pero yo... no sabía nada de sus inquietudes, tan sólo lo que lograba decir en voz alta, y a veces eso resultaba ser más confuso todavía.

—Ojalá supiera qué piensas...

Él me miró muy serio.

—Pensaba en lo mucho que me va a costar irme.

—¿Irte, a dónde? —Pregunté preocupada. Suspiró y miró por la ventana de nuevo. —El destructor ha cambiado de rumbo. —Su voz tenía un tono triste, como de despedida. —Si se va, mi trabajo habrá terminado.

Una punzada me atravesó el estómago. Él se iría, para siempre.

—Pero... no puedes irte. —Me acerqué a él lentamente. —¿Qué pasa conmigo?

—Estarás bien. —Contestó. —No me iré hasta que sepa que estás a salvo.

—No... ¿qué pasa *conmigo*? —Señalándome con las manos enfatiqué la última palabra.

Aquello no tenía nada que ver con mi seguridad, se trataba de algo más profundo. La idea de no volver a verle me destrozaba el corazón.

Pasamos varios minutos en silencio, sin que me diese una respuesta al respecto. Caminó hacia mí, rompiendo la distancia que quedaba entre nosotros, y me abrazó. Noté su calor. Por un momento, me sentí como en casa.

Como si fuera algo mío.

Comprendí que debía disfrutar de él mientras estuviera a mi lado.

—¿Quieres ver una cosa?

No me había contestado, pero asentí sin muchas ansias. Me cogió de la mano, entrelazando sus dedos con los míos. Fuimos hacia la entrada, donde nos paramos frente a la puerta.

—Cierra los ojos.

Obedecí, confiada.

Oí cómo abría la puerta y dimos unos pasos hacia adelante. La puerta se cerró tras nosotros.

—No hagas trampas, ¿eh?

Tiró suavemente de mí unos cuantos pasos más hasta que nos detuvimos.

—¿Preparada?

Sí, pensé. Sabía que él lo escucharía.

Un segundo después susurró en mi oído:

—Ábrelos.

Miré a mi alrededor sin poder creérmelo. El muelle al que había tenido tantas ganas de ir con él estaba allí, mi lugar favorito en el mundo se había

reconstruido en la que podría ser una de las últimas veces que vería a Jackson. Aunque todo distaba mucho de ser como era en la realidad.

Un atardecer se dibujaba en el cielo y varios cerezos de flores de color rosa y blanco nos rodeaban.

—Creo que ya sé cuál es tu árbol favorito. —Señalando uno de los cerezos.

—No sabía que me gustasen tanto —estaba fascinada por lo bonitos que eran—, pero estoy segura de que a partir de ahora cada vez que vea uno me acordaré de ti siempre.

Apretó mi mano con ternura, la cual no había soltado en ningún momento.

Miré hacia las canoas. Éstas, en vez de ser de colores, eran blancas todas.

—Demos una vuelta. —Tiré de él hacia una de ellas.

Jackson remaba desde hacía rato, llegando a una zona estrecha llena de pétalos rosas que flotaban a nuestro alrededor. El silencio reinaba, ¿para qué hablar? Su presencia era suficiente, me bastaba con tener esos minutos a su lado. Sentí que él pensaba lo mismo al devolverme la mirada.

—Ya verás. —Me dijo de repente.

Sabía que nos aproximábamos hacia algo nuevo, así que, venciendo a mi curiosidad, fui paciente y esperé.

El espacio fue ensanchándose y cada vez veía más agua. De repente y sin previo aviso, un flamenco rosa se posó suavemente cerca de nosotros. Me volví, asombrada, y vi un pequeño grupo de ellos. Unos salían volando, otros se posaban. Era un gran espectáculo.

Giré mi cabeza hacia Jackson y lo descubrí serio, sereno y triste.

Dejó de remar y abrió sus brazos, invitándome a su regazo.

Con cuidado, me senté pegada a su cuerpo. Me envolvió nuevamente entre sus brazos.

—Prométeme algo, Jackson.

Lo noté asentir con la cabeza.

—Dime que no te irás sin haberme besado.

Levanté el rostro hacia él y me acarició los labios con su pulgar.

—Ya lo había pensado. —Musitó.

Agachándose, dejó en la comisura de mis labios un tierno y casto beso.

Cerré los ojos y sentí estar soñando en el sueño, ¿eso era posible?

—Lo prometo —sonrió de medio lado, sin apartar su cara de la mía.

—Me aseguraré de ello —susurré.



Elvis Presley sonaba desde el tocadiscos a todo volumen. Verme hacer un playback de *Always on my mind* podría resultar cómico, pero por suerte estaba sola.

El espejo del baño estaba empañado por el vapor de la ducha caliente. Limpié un poco el espejo y me quedé embelesada, escuchando la canción.

Los últimos acontecimientos junto a Jackson me habían dado una inyección de adrenalina y felicidad. Cada vez lo sentía más cerca, y aunque supuestamente se iría pronto, no me dejaba llevar por esos pensamientos. Recordarlo cerca de mí, en aquella canoa rodeada de flamencos me hizo sonreír como una tonta.

Salí del baño en pijama, cantando a viva voz. Bajé y cogí una figura a modo de micrófono. Estaba tan feliz... y aquella era mi fiesta privada.

Hacer el ridículo puede estar bien, ya que te ríes y eso siempre es sano, pero hacer el baile de Elvis sin darte cuenta de que tu hermano ha entrado en casa y que, además, viene acompañado, resulta ser bastante embarazoso.

Paré en seco. Ambos me miraban y sonreían. Apagué rápidamente la música, dejé la figura en su sitio y crucé los brazos, tremendamente avergonzada.

—No pares por nosotros. —Dijo Patrick, riéndose a carcajadas.

Bajé la cabeza y me rasqué el brazo.

Tierra trágame.

—Bailas realmente bien —exclamó el chico que lo acompañaba. —Lo digo en serio, no hay quien se resista al Rey.

Le sonreí e hice amago de irme.

—Amelia, espera. —Patrick me agarró de la mano, acariciándome los nudillos. —Quiero presentaros...

El chico dio un paso hacia mí.

—Thomas, te presento a Amelia. —Di un respingo al comprender quién era.

—Encantado. —Thomas se acercó un poco más para abrazarme. — Tenía ganas de conocerte.

Correspondí al abrazo, un poco azorada.

—Yo también. —Intenté no parecer muy impresionada, la situación me pilló desprevenida y en pijama. —Mi hermano habla mucho de ti.

Hubo un silencio un tanto incómodo que Patrick logró deshacer.

—Bueno, Thomas, tú siéntate en el sofá. —Le señaló el salón con el pulgar. —Amelia, vamos a cenar, ¿qué te parece si...?

Señaló mi pijama, dándome a entender que no iba muy preparada para la ocasión.

—¡Oh, sí! —Exclamé, aún más avergonzada. Mi pijama de Snoopy no es que fuera muy adecuado. —Me cambio en un santiamén.

Subí a mi cuarto y cerré la puerta.

¡Vaya primera impresión le habré dado!, pensé.

Abrí mi armario para coger una camiseta estampada y unos vaqueros azul claro. Justo cuando me abroché el vaquero, oí un *toc toc* en la puerta.

—¿Puedo pasar? —Patrick asomó la cabeza.

Asentí y cerró la puerta con suavidad.

—Estoy nervioso. Mamá y papá no saben lo de Thomas...

Le di un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

—No te preocupes, todo irá bien. Me alegra que le hayas echado valor.

Me miró sonriendo.

—Me alegra que estés conmigo.

Me dio un apretón en la mano que yo secundé con otro.

—Siempre.

Acarició mi pelo y salió silenciosamente. Antes de salir me guiñó un ojo. ¿Por qué no estaba tan convencido como yo de que nuestros padres aceptarían la situación? Supongo que para él no era fácil.

Bajé diez minutos después. Pusimos la mesa lo más elegantemente que pudimos y Patrick preparó unos entrantes fríos. Era, con seguridad, la cena más importante de su vida y se notaba en su constante concentración en todo lo que hacía aquella noche. Cada detalle debía ser perfecto.

Estaba poniendo los cubiertos como mi hermano me había indicado, cuando se me ocurrió que un poco de música clásica era lo más adecuado para la velada, así que escogí un CD que papá solía poner para leer.

Thomas puso en la mesa varios platos y le observé. Tenía gestos muy delicados pero nada amanerados, su rostro era amigable. Sus ojos color miel

hacían juego con la camisa granate que llevaba puesta. Era realmente guapo.

—¿Qué pasa? —Preguntó sonriendo. —¿Se te hace raro?

—No, no es eso. De verdad que tenía ganas de conocerte. —Contesté sinceramente.

—Tu hermano también me habla mucho de ti. —Colocó el último plato y se giró para mirarme. —Te quiere un montón.

—Es una de las personas más importantes para mí.

—Imagino. —Sonrió ampliamente hasta que oímos unas llaves dando vueltas en la cerradura.

Mis padres habían llegado.

Patrick apareció corriendo y cogió a Thomas del brazo para que le siguiera. Se colocaron en el pasillo mientras yo observaba desde el marco de la puerta del comedor. Nada más entrar mis padres, ambas parejas se miraron. Parecía una película del oeste.

A ver quién saca primero la pistola, pensé con sorna.

Mi hermano estaba nerviosísimo. De haber podido salir corriendo lo hubiese hecho, pero se resistió justo cuando me lanzó una mirada de auxilio. Asentí con la cabeza una vez y, por fin, habló.

—Espero que tengáis hambre. —Dijo, con una templanza que no sentía. —La cena está lista.

—¿Y eso? —Preguntó mi padre, quitándose el abrigo, ajeno a todo.

Patrick se giró hacia mí, necesitaba ayuda antes de que le diese un infarto. Iba a intervenir para echarle una mano, pero entonces, no sé cómo, se armó de valor.

—Quiero presentaros a alguien. —Agarró la mano de Thomas, entrelazando sus dedos. Solo mi madre y yo nos dimos cuenta del detalle. —He estado pensando una manera de decir lo que os tengo que decir... —Cogió aire con fuerza. —Soy gay. Y él es Thomas, mi pareja.

Papá abrió la boca levemente, impresionado. Mamá, sin embargo, permaneció serena e intacta. Diría que hasta aliviada. Fue ella la primera en acercarse y darle un beso en la mejilla a Thomas.

—Yo soy Debi. —Le dijo, sonriendo ampliamente. —Mi familia y mis amigos me llaman así.

—Encantado de conocerte. —Thomas estaba tan asombrado por la buena acogida como Patrick.

Todos miramos a papá, que permanecía en la entrada sin moverse.

—Cariño, ¿no has oído a tu hijo? Te acaba de presentar a Thomas. —

Miró hacia Thomas. —Discúlpale, mi marido pasa muchas horas trabajando y cuando llega a casa no es persona.

Tras un segundo, nos reímos. Mi padre la miró como si estuviera loca y se acercó para estrechar la mano del chico con cierta confusión.

—Encantado, Thomas.

—Lo mismo digo. Patrick habla a todas horas de vosotros. Siento que os conozco desde hace mucho tiempo.

Mi hermano y yo suspiramos al mismo tiempo. Lo peor ya había pasado.

La cena transcurrió fabulosamente, incluso papá fue serenando su estupor y habló repetidamente con Thomas, haciendo bromas y contando chistes.

Sentí celos y envidia sana. Yo nunca tendría eso con Jackson. Él nunca hablaría con mi padre o con mi hermano, nunca cenaría en nuestra mesa o conocería a mis amigos.

—Amelia —Thomas me sacó de mis pensamientos—, tu hermano dice que escribes poesía.

—De vez en cuando, como afición.

—Me encantaría leer algo que hayas escrito.

—Enséñale el libro de poemas —sugirió Patrick.

—Claro. Lo tengo en mi cuarto, después te lo dejo.

Y eso hicimos. Una vez recogida la mesa, subimos a la habitación y cogí el cuaderno del baúl de mimbre que tenía en una esquina del cuarto.

—Léeme uno —me pidió.

Dudé un segundo, me daba vergüenza leer en voz alta mis poemas, pero accedí y lo hice.

—Elige el que quieras.

—Hmm... El último que escribiste —buscó en el cuaderno. —Aquí está.

Me fijé en el poema señalado, recordando la razón por la que lo había escrito: Jackson. Él era la inspiración en mis últimos poemas.

Suspiré y leí despacio y entonando bien cada frase.

—«El problema de mi corazón no es perderte, porque no te tengo/no es no quererte, es que tú no me quieras/no es que no consueles mi llanto, es que lllore por ti/no es recordarte, es que me olvide de tu existencia/no es mi dolor, es lo que queda después en mis heridas/no es mi tristeza, es que no te des

cuenta./Porque el problema de tu ausencia, es que te irás/y parte de mí se irá contigo, dejando mi alma impaciente ante el olvido.»

Levanté la mirada hacia él, intentando reprimir la tristeza. No quería que Jackson se fuera, pero de alguna forma debía entender que todo lo vivido no era más que un sueño. Seguiría adelante, pese al fuerte recuerdo que dejaría en mi corazón.

—Me gusta mucho. Se nota que está dedicado a alguien por quien sientes algo bastante fuerte.

Puso su mano encima de la mía, como si entendiese mi dolor.

—Digamos que es alguien especial. —Confesé, con tristeza. —Pero él no es para mí.

—Nunca se sabe. A veces lo imposible se vuelve realidad. Sólo hay que tener fe.

Le sonreí, sin darle más detalles. Mis sentimientos por Jackson se basaban en una realidad paralela irreal, surrealista, mágica y excepcional, nada que pudiera volverse cierto.

Nada que fuera a pasar de verdad...

Al mismo tiempo, en el patio de casa, papá se fumaba un cigarrillo a escondidas. Fue sorprendido por Patrick, quién hizo caso omiso al gesto disimulado de papá al tirar el cigarro al suelo.

Ambos se miraron en silencio. Papá se sentó en una de las sillas de jardín oscuras que mamá compró nada más comprar la casa. Patrick caminaba dando vueltas con aparente tranquilidad, con las manos metidas en el bolsillo, sin saber qué decir.

—Hace frío esta noche —dijo papá, rompiendo la tensión. Mi hermano asintió. —Si esperas que te diga algo en contra de la situación, puedes esperar sentado.

Patrick dejó de moverse, dando un respingo.

—No espero tal cosa.

—Bueno.

A ninguno se le daba bien hablar de ciertas cosas, mucho menos de sentimientos.

—Si te digo la verdad, me ha pillado de sorpresa, eso es todo.

—Lo sé —contestó Patrick con nerviosismo. —No sabía cómo te lo tomarías. Tenía miedo de decepcionarte.

Mi padre se levantó con rostro serio y cruzó los brazos.

—Nunca me decepcionarías. Menos aún por esto —puso una mano en el hombro de mi hermano. —Eres mi hijo. Si tú eres feliz, yo también lo soy.

Con los ojos empañados, Patrick intentó no romper a llorar, pero no se resistió a abrazar a su padre, que le devolvió el abrazo fuertemente.



La escena era a cámara lenta o al menos, así parecían sentirlo.

Se miraban. No había nadie alrededor.

Sonrieron. Sus ojos recorrieron cada extremo, cada esquina de sus rostros.

La mano de él reposó en el cuello de ella mientras la sujetó por la espalda. Ella lo abrazó, envolviendo con sus brazos sus caderas.

Minutos. Pasaron minutos y ellos seguían allí pegados, cara frente a cara, nariz contra nariz. Se mandaban besos a esa corta distancia. Se querían. Se deseaban. Los demás están de más.

¿Cómo se conocerían? Quizá ella un día se olvidó algo en algún sitio, y él apareció al mismo tiempo que ella recuperaba lo perdido. Quizá no fue coincidencia, quizá el destino jugó bien sus cartas para ellos.

Extraños. Fueron extraños hasta que se miraron. Él no quería soltarla, ella no quería que la soltase, ¿por qué iba a quererlo?

Un beso delicado, tierno, sincero y profundo.

Podríamos ser nosotros..., pienso.

Recordar su nombre me dolía, lo imaginaba mirándome con sus ojos verdes mar, besándome como nunca llegó a hacerlo y abrazándome, estrechándome entre sus fuertes brazos.

Soledad.

La sala más grande, abarrotada, se me antojaba vacía, como vacía estaba mi alma en ese instante.

Quise marcharme, no tenía sentido seguir allí. Seguiría sufriendo en silencio. Hay cosas que no se pueden evitar.

Ojalá estuvieras aquí.

Anduve y llegué a un patio lleno de macetas con flores de colores. Una mujer bailaba al compás de la música mientras las regaba. Se la veía tan feliz que deseé ser ella... Me pregunté por qué tenía que sentirme así. Él se había ido y yo tenía una vida más allá de todo aquello, pero a mi mente no le

importaba, mi alma estaba de vacaciones. Se había marchado con él, sin despedirse.

Si me hubiera caído, si me hubiera dejado caer allí mismo, no me hubiese preocupado. Aquel día todo daba igual.

Llevaba semanas sin verle en mis sueños. A veces le buscaba incansablemente, pero no había forma. Su rostro era un sutil recuerdo que se acabaría borrando, aunque en mi corazón nunca se borrara su nombre.

¿De verdad se había ido? ¿Qué había sido de su promesa?

Me acosté en el suelo y cerré los ojos, mis brazos no ejercieron ningún tipo de fuerza. Mis piernas simplemente dejaron de funcionar.

Al abrir de nuevo los ojos estaba echada sobre un colchón. La habitación estaba a oscuras y no se oían ruidos. Apreté los puños ante la nueva punzada de dolor, ¿cuánto duraría?

Obligué a mi cuerpo a moverse hacia una ventana que divisé cerca de mí. La abrí y la luz de la luna invadió parte del lugar en el que me encontraba. Un escalofrío recorrió mi piel y me giré.

Un sonido de guitarra se oía de lejos.

Jackson, me dije.

Corrí por la sala y bajé unas escaleras hasta llegar a un gran teatro. Mi corazón latía apresuradamente, el sonido de la guitarra seguía escuchándose, pero no podía adivinar de dónde provenía. Atravesé el pasillo entre las butacas tapizadas de rojo y subí al escenario. El telón estaba subido, como si yo tuviera que empezar la función. Las luces se apagaron y un intenso foco me alumbró. Instantáneamente me tapé la cara, la luz me cegaba y no podía ver con claridad.

Pisadas. Unos pies se acercaban de lejos lentamente, hasta que los pasos se volvieron nerviosos y rápidos.

La guitarra había dejado de sonar. En su lugar, un tambor acentuaba los pasos. Temblé de miedo. Podía sentir a alguien cerca de mí, acechándome.

La luz del foco se apagó mientras mis ojos buscaban en la oscuridad a ese alguien.

Despierta, me decía Jackson en mi mente.

Pero no podía, por más que quise hacerlo no pude. Mi respiración se volvió inestable cuando emergió de la oscuridad una sola cosa.

Aquellos ojos amarillos me observaban con una hostilidad palpitante. Estaba inmóvil por el miedo, un sudor frío me envolvió.

Quise gritar. Quise correr. Quise llamarle a él. Pero nada pasó.

La criatura sonrió ferozmente.

No quería perder de vista a esos ojos, tendría que obligarme a despertar con todas mis fuerzas.

Despiértate, despiértate..., me decía yo misma.

La criatura se iba acercando, y si llegaba a mí me destruiría, dejaría de existir en la realidad y en la ficción. Lo sabía. Algo en mí sabía que era cierto. No podía permitirlo.

Sin dejar de vigilarle, vi la puerta de salida al otro lado del teatro.

Tengo que llegar hasta allí, pensé.

El mal bicho sonrió, no me lo iba a poner fácil y haría todo lo posible por evitar que me marchara. Cavilé un plan sin pensar demasiado ya que, con seguridad, podría estar escuchando.

Me descalcé, armada de valor, y agarré uno de los zapatos con disimulo. Lo sostuve con fuerza y determinación. Cogí aire mientras miraba a aquel ser con cuerpo de humano y alma de destructor.

Cogí aire nuevamente y...

Salí corriendo cuando le lancé con furia el zapato a la altura de la cara. Recorrí el teatro lo más rápido que pude mientras eso me perseguía alocado y enfadado.

Voy a morir.

No dejaba de repetirlo en mi mente mientras corría.

Dos, quizá tres pasos más y llegaría a la salida. Agarré el extintor de la pared y se lo lancé. Gritó de dolor cuando le cayó encima.

Llegué la salida, toqué el pomo, tiré hacia mí y la puerta se abrió. Fue entonces cuando sentí en mi tobillo una descarga, un pinchazo que dolió como una puñalada.

Gemí de dolor y caí al suelo, mientras perdía el conocimiento en la propia inconsciencia del sueño...



Sam caminaba nerviosamente de un lado a otro. Miraba intermitentemente al suelo y a su esposa, Debi. Ésta tenía la mirada en algún lugar del suelo de losas blancas. Apenas parpadeaba, su alma estaba en otro sitio, sentía su corazón en un puño, preparado para curarlo o destrozarlo del todo. No pensaba en nada, no quería hacerlo.

Patrick llegó atemorizado a la sala junto a Thomas. Ambos se pararon frente al matrimonio.

—¿Se sabe algo? —Preguntó Patrick a su padre.

—No. Aún están con las pruebas. —Contestó Sam, con un tono débil y apagado.

Thomas se acercó a Debi y agarró su mano.

Todo saldrá bien, le habría dicho al oído. Ella intentó contestarle con una sonrisa, para luego volver a su estado anterior.

Patrick se sentó sin aliento, confuso y asustado. El camino en coche desde la facultad hasta el hospital se le hizo eterno.

Se oía el barullo de camillas pasando de vez en cuando y gente de un lado para otro. Una enfermera entró en la sala y todos la miraron, conteniendo las ganas de gritar. La situación era insostenible.

Debi rezó por primera vez en mucho tiempo. Padre e hijo se levantaron. La enfermera habló dulcemente, pensando en lo mal que se veía a aquella familia.

—Pueden pasar a verla. El doctor llegará en seguida.

Debi se levantó con la ayuda de Thomas. Los cuatro caminaron hacia una realidad que no querían conocer.

La habitación estaba iluminada por un pequeño flexo. Un sofá cama a la izquierda de la entrada, la puerta del baño a la derecha y, delante del sofá, la camilla.

El marcapasos pitaba cada segundo a una velocidad normal. Ella yacía inmóvil, tapada hasta la cintura por la sábana, con los brazos uno a cada lado

del cuerpo. Parecía estar durmiendo plácidamente.

Debi se acercó a ella y la tomó de la mano, sentándose en el sillón que había pegado a la camilla. Acarició su rostro y le dio gracias a Dios porque su corazón aún latiera.

Sam se colocó al otro lado de la cama, no quería acercarse demasiado, ¿y si tocaba algo sin querer o se enganchaba con alguno de los cables? No quería correr riesgos, no esa tarde. Se acercó a ella, besándola en la frente, para luego sentarse en el sofá junto a Patrick y Thomas.

Abre los ojos, le pidieron todos en sus mentes.

Un hombre joven, de unos treinta y cinco años, entró en la habitación pasados unos minutos. Llevaba el uniforme de cirujano y, encima, una bata blanca. Dejó el archivador que llevaba consigo a los pies de la camilla y saludó educadamente.

Cuatro pares de ojos lo observaban impacientes, deseosos por saber, necesitados de respuestas.

—Bueno, antes de nada, soy el doctor Manny Matthews —dijo con una pequeña sonrisa.

—Doctor, ¿qué le pasa a mi hija? —Preguntó Debi, nerviosa.

Éste la miró con interrogantes en los ojos.

—Verá, le hemos hecho todas las pruebas pertinentes a Amelia y, sinceramente, es algo... extraño.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Sam.

—Digamos que su hija está en coma, pero no lo está.

Hubo un silencio.

—Eso sí que no lo entiendo... —Murmuró Thomas.

El doctor se encogió de hombros.

—Tampoco nosotros. Todo en Amelia está perfectamente, no hay signos de nada anómalo. Es como si simplemente estuviese... durmiendo. —contestó el doctor, consciente de que su diagnóstico era pobre e incierto.

—Algo debe haber que se les ha escapado —espetó Patrick con enfado.

—Les aseguro que hemos estudiado todas las posibilidades y que seguimos planteando más, pero lo único que puedo decirles es que Amelia está bien, aparentemente. Está aquí, pero no está... —Manny se rascó la cara, despejándose por la situación. —Es la primera vez que vemos algo así.

Debi apretó la mano de Amelia y la miró con los ojos llorosos.

¿Dónde estás?, le preguntó en voz baja, pero no contestó.

—Me he encargado personalmente de llamar a uno de los mejores

neurólogos del país. Le he comentado el caso y mañana mismo estará aquí. Quizá él pueda sacar algo en claro. Mientras tanto, Amelia deberá permanecer aquí.

Despidiéndose, cogió el archivador y se marchó.

Todo volvió a quedarse en silencio durante unos segundos.

—No me fío de este tío —masculló Patrick.

—Patrick, por favor... —Suspiró Debi.

—Es que no es normal, mamá. ¿Cómo no van a saber lo que le pasa? ¿Y qué es eso de estar pero no estar? ¡Es absurdo!

—Patrick, cálmate —pidió Sam.

—Deberíamos pedir una segunda opinión —dijo Patrick, insistiendo en su opinión.

—No podemos arriesgarnos a irnos, ¿y si le pasa algo a tu hermana? No, no. Olvídalo. —contestó su padre.

—Mamá... di algo.

Debi le lanzó una mirada de súplica para que parase y Patrick bufó. Thomas intentó calmarlo.

Tras unos minutos de silencio, Patrick volvió a hablar.

—Yo me quedo esta noche con ella.

—No. —Dijo Debi, tajante.

—Cariño, deja que se quede él —intervino Sam. —Tú debes descansar.

Accedió a regañadientes con tal de no discutir más el tema. Patrick la abrazó y le dio un beso fuerte en la mejilla. Ella se secó las lágrimas y se levantó del sillón sin mucho afán.

Le costó soltarse de la mano de su hija, la cual no había cambiado de postura.

Debi y su marido salieron de la habitación lentamente, ella apoyada en el hombro de él, con una pena absoluta.

Seguidamente, Thomas también se despidió, dejando a solas a ambos hermanos.

Patrick se sentó en el sillón, vigilando el sueño de su hermana pequeña. Le acarició la mejilla y así se quedó, tan inmóvil como ella.

Pasara lo que pasase, no se iba a despegar de Amelia.



No había color, no había sonido ni tan siquiera aromas. No había nada. ¿Estaba despierta? ¿Estaba dormida? ¿Por qué no abría los ojos?

Me sobresalté al sentir unas manos en mis brazos. Me zarandeaban débilmente, y entonces oí la voz.

—Despierta —me decía alguien—, abre los ojos, dormilona.

Los párpados me pesaban más que nunca.

—Sé que cuesta —prosiguió. —Debes luchar contra eso.

Hice lo que me decía y poco a poco logré abrirlos, pero seguía sin ver nada. Empecé a diferenciar lo que me rodeaba borrosamente, me rasqué los ojos y pude echar un vistazo. Me hallaba en una sala de estilo antiguo. El único mueble que había era un sofá que podría haber pertenecido a cualquier rey del Clasicismo, junto a una chimenea polvorienta que parecía haber sido utilizada hacía poco.

Miré a la mujer que estaba a mi lado, me sonreía. No tendría más de veinticinco o veintiséis años. Parecía un ángel con su vestido blanco de seda fina y su pelo largo, negro azabache, totalmente liso y suelto. Había en sus facciones algo familiar.

Me ayudó a levantarme.

—¿Cómo te encuentras? —Preguntó.

Pensé bien en qué contestar y me costó articular palabra, por un momento creí que no sabía hablar.

—Tranquila, te va a resultar un poco difícil, pronto se te pasará.

—¿Don...? —Balbuceaba sin parar. —¿Dónde... estoy?

—En algún lugar de tu mente.

Di un respingo. Ya había oído esa frase antes.

—¿Qué? —Pregunté, confusa. Intenté recordar, pero mi mente era como una cinta de casete estropeado. Ella me miró en silencio. —¿Sigo dormida?

—Algo así.

Di un par de pasos, pero tuve que apoyarme en la pared para no caerme.
—Lleva cuidado, Amelia. Irás recuperando la energía poco a poco, pero mientras eso no pasa debes tener cautela —dijo la mujer, sujetándome de los brazos desde atrás.

¿Cómo sabía mi nombre? ¿Esa mujer me conocía?

A trompicones, pude llegar al sofá y me dejé caer agotada. ¿Por qué no estaba despierta? ¿Por qué estaba tan cansada?

—¿En qué estás pensando? —Preguntó, sentándose a mi lado.

Fruncí el ceño.

—Creía que podrías oír lo que pensaba.

—No en estas circunstancias —murmuró, sonriendo.

—¿A qué te refieres? ¿Qué circunstancias?

Se rio brevemente y me acarició la mejilla.

—No temas. Todo irá bien, de momento tenemos que irnos.

Cogió mi mano, levantándose de un salto, y abrió la puerta que teníamos a nuestra derecha.

Al asomarme vi, impresionada, que cientos de nubes blancas cubrían la vista.

No sé de qué te extrañas, pensé, ¿como si no hubieras visto cosas más raras!

La mujer comenzó a andar por encima de las nubes y yo la observé inmóvil en el marco de la puerta.

—¡Vamos! —Me animó— ¡No tengas miedo!

—¿Estoy en el Cielo? —Tragué saliva— ¿He muerto?

Soltó una carcajada mientras volvía a mi lado. Volvió a coger mi mano y, con cuidado, coloqué mi pie en la punta de la primera nube. Fue como pisar arena esponjosa, mis pisadas se marcaban durante unos segundos y luego desaparecían.

Increíble, me dije.

No tuvimos que andar mucho rato, pero era extraño tener las nubes debajo de mí y notar como se amoldaban al peso de mi cuerpo.

De repente, no muy lejos y a malas penas, pude ver un castillo que se alzaba de entre la neblina y la luz del sol. Era muy alto, majestuoso, con ladrillos inmensos de colores blanco y marrón claro.

En un parpadeo llegamos a la entrada.

El hall se veía enorme pese a la cantidad de gente que estaba parada mirando cómo mi acompañante y yo llegábamos.

La mujer me llevó entre la gente para pararnos frente al trono plateado. Me llamó la atención el puñal que había tallado en la parte superior del respaldo, con dibujos tribales en el mango, como si fuera un tatuaje. En él, descansaba el hombre más guapo que hubiera visto nunca. Tendría unos veintiséis años aproximadamente, como todos los que me rodeaban. Me sorprendió ver cómo abrazó y besó en los labios a mi acompañante. Su media melena plateada ondeó en el aire cuando se giró para mirarme.

Esos ojos verdes mar...

Sonrió ampliamente y se dirigió hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Amelia! —Exclamó entusiasmado— ¡Qué maravilloso es tenerte aquí!

Me abrazó tan fuerte que no pude moverme en ese instante en que sus brazos rodeaban mi espalda.

—Veo que mi querida Hilaria te ha traído sana y salva —se volvió y le guiñó un ojo.

Hilaria... ¿de qué me suena ese nombre?, me pregunté.

—¿Usted también sabe quién soy? —Pregunté atónita.

—¡Por supuesto que sí!

Mi cara debió ser un poema, y no de esos de rima sencilla.

—Por cierto, no me he presentado —cogió mi mano y, antes de besarla cortésmente, dijo: —Me llamo Avalon Nix, dueño y señor de este castillo. Es un honor que estés con nosotros.

Volvió a sonreír y sus ojos verdes mar destellaron con la luz que entraba por los ventanales que rodeaban al castillo. Eran idénticos a los de...

Negué con la cabeza.

—Supongo que tendrás muchas preguntas —prosiguió.

—Lo cierto es que sí —no salía de mi asombro.

Me sentí feliz, ¡por fin alguien estaba dispuesto a contarme qué estaba pasando! No entendía mucho de castillos encantados o gente que pudiera andar por las nubes, pero apostaba que aquella situación no era muy normal.

Avalon me condujo hacia una sala, fuera de las miradas de toda la gente del hall. Hilaria, la mujer que me había llevado hasta allí, así como tres hombres vestidos de negro también nos acompañaron.

No pude evitar fijarme en la belleza que todo el mundo compartía en ese lugar. Los tres hombres, de unos veinticinco años, podrían haber sido modelos de portada de alguna revista de moda masculina. Eran, sin duda, guapísimos.

—No te he presentado a mis protectores guardianes —Avalon se sentó en un sillón de cuero negro y me hizo un gesto para que me sentase frente a él, en el diván de plumas blancas. Hilaria se sentó en el brazo del sillón donde se había sentado Avalon. —Ellos son Maximillian —el hombre de pelo negro azabache y ojos azul eléctrico asintió, serio—, Sabbath —el rubio de ojos azul cielo me dedicó una media sonrisa que pronto escondió tras un semblante más serio que el de Maximillian— y Willem.

El pelirrojo de ojos color púrpura sonrió ampliamente. A diferencia de sus compañeros, no dejó de mostrar su semblante amable y agradable.

Con la mirada de todos puesta en mí, me removí en el asiento susurrando un «hola» general.

—No sé cómo empezar...

—Mejor empezar por el final —apuntó Avalon.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —Me preguntó Maximillian.

Me quedé embelesada un instante antes de responder.

—Creo que tuve un mal sueño. Uno muy raro.

—No fue una pesadilla común —afirmó Hilaria.

—Recuerdo a esa cosa yendo tras de mí —me estremecí. —Esos ojos amarillos que me observaban... Ya me advirtieron que me había estado vigilando.

—Jackson. —Dijo Avalon, asintiendo una vez con la cabeza. Sentí una punzada en el estómago, haciéndome ver que todo lo que estaba pasando era más real de lo que yo imaginaba. —Él te habló de los destructores.

—¿Está aquí?

Todos intercambiaron una mirada cómplice y nerviosa.

—Él volverá pronto —dijo Hilaria.

Por un instante mi corazón latió de júbilo y emoción. Si había algo que desease de verdad era poder ver a Jackson.

—¿Qué me ha pasado?

—El destructor te encontró. No sabíamos que estaba tan cerca. Definitivamente, lograron despistarnos —comentó Sabbath, apartándose de la cara su media melena rubia—, pero ya estás a salvo.

—¿Y qué me ha hecho? Recuerdo que me alcanzó.

—Por suerte no te tocó la cabeza —Prosiguió Willem, ahora un poco más serio. —Es cierto que te alcanzó y absorbió una pequeña parte, pero no lo suficiente como para hacerte verdadero daño.

—Es por eso que te costó hablar y andar antes —me aclaró Hilaria. —

Imagínate la peor descarga eléctrica en tu cuerpo. Eso es lo que se puede llegar a sentir si te toca un destructor —sonrió—. —Has tenido mucha suerte, cielo.

—¿Cuándo despertaré?

—Eso depende de ti —contestó Avalon—, tu cuerpo está casi sin vida en la realidad. Nosotros lo llamamos «El coma del sueño».

—¡Sólo a ti se te ocurriría un nombre así! —Exclamó Hilaria con una carcajada.

Avalon alzó la mano y le acarició el pelo, mirándola con embeleso.

—En coma... —Murmuré, pensando en mi familia. Estarían destrozados, sin saber qué me pasaba ni si despertaría algún día.

—Existen riesgos. A veces el cuerpo no resiste la actividad cerebral que se crea y... —Maximillian.

El rubio le dio un codazo disimuladamente al ver mi expresión de miedo.

—¡Pero tú lo superarás! —Dijo Hilaria.

Avalon percibió mi malestar y entendió que era mejor no seguir con ese tipo de información, al menos por el momento.

Pensé en mis padres, en mi hermano. Incluso en Thomas y mis amigos... ¿y si no volvía a verles?

¿Y si no podía despertar nunca más?

Tuve un escalofrío y mis ojos se humedecieron. Intenté recomponerme y no venirme abajo.

Deseé que Jackson volviese pronto de dondequiera que estuviera, ya que era el único que me conocía en aquel extraño mundo. Quise poder abrazarle y sentir que no estaba sola.

Lamenté no haber hablado con Sylvia y rabié por no poder seguir conociendo a Christian. Pensé en cómo me hubiera gustado abrazar a mi madre, o hablar con Patrick y con papá.

¿Qué iba a hacer?

Tragué saliva. Estaba tan asustada...

Noté una mano apretándome el hombro. Miré hacia arriba para descubrir un par de ojos color púrpura mirándome con amabilidad. La sonrisa de aquel hombre me inspiraba paz y tranquilidad.

—Tranquila, Amelia. Aquí estás a salvo.

Asentí, pero no quise responderle pues corría el riesgo de empezar a llorar como una niña.

—Acompañadla a su habitación —ordenó Avalon— y que Serguei le lleve algo de comer. Debe estar hambrienta.

Iba a decir que no era necesario, pero noté cómo las tripas me rugían. Fue una sensación tan real que me asusté.

Tal y como Avalon había ordenado, los tres hombres —o protectores guardianes, como había dicho él— me custodiaron hasta la que sería mi habitación durante... Ni siquiera sabía hasta cuándo.

Una vez sola, me abracé a mí misma, temblando.

No cabía duda de que esa gente iba a tratarme bien. Habían sido muy amables conmigo, pero eso no borraba mi miedo e inquietud.

Estuviera donde estuviese Jackson, esperaba que no tardara mucho en volver.

De lo contrario, no sabía qué iba a ser de mí...



Ábrelos. No me dejes sola. No te vayas aún. Resiste, sé fuerte. Abre los ojos...

Ni un movimiento.

Debi vigilaba a cada segundo el rostro plácido e inanimado de su hija. Tenía la esperanza de que, tarde o temprano, volvería a ver el verdor de sus ojos a la luz del sol. Acarició su espesa melena ondulada, marrón chocolate.

Los médicos venían de vez en cuando para vigilar su estado sin dar nuevas soluciones o nuevas noticias. Ni siquiera ese neurólogo tan bueno pudo dar con el verdadero problema.

Pasaban las horas en la pequeña habitación de hospital. Horas interminables, pesadas y terroríficas en las que no se sabía qué pasaría en el siguiente minuto.

La luz de la mañana entraba plenamente.

—¿Podrás oírme? —Susurró Debi al oído de su hija. —A lo mejor puedes oírme...

Le acarició la frente y la besó. Una vez más no pudo contener las lágrimas.

—¿Cuándo volveré a escuchar tu voz? —Sollozó, en voz baja. —Las cosas pasan desapercibidas y cuando ya no están, las añoras más que a nada.

Solas, con la habitación en silencio, Debi intentó despertar a su hija con su voz.

—Recuerdo el día que naciste —sonrió. Sus ojos, tan verdes como los de Amelia, brillaban por el llanto—, estuve una semana en el hospital por si se te ocurría nacer, y lo que no sabíamos es que tendrían que obligarte a salir de mi cuerpo.

Besó su mano y se la puso pegada a su mejilla, queriendo sentir su tacto.

—Habías colocado una bandera con un mensaje escrito en medio de «No me moverán» —sonrió, con las lágrimas mojándole las mejillas—, no

me enteré de tu salida, estaba dormida. Pero cuando desperté y te vi, sentí que una vez más estaba tocando el Cielo con las manos. ¡Eras tan bonita! Lo eres aún.

Volvió a acercarse a su oído para susurrarle.

—No dejes de luchar, Amelia. —La besó en los labios, mojando sus mejillas con las lágrimas. —Te quiero, mi amor... Vuelve.

Patrick miraba a la pared de la cocina mientras Thomas preparaba café. Absorto en su mente, no prestaba atención a nada, los movimientos de la escena eran nulos para él. Thomas lo miró un instante, preocupado. Se sentó a su lado y cogió su mano.

—Patrick...

Tras unos segundos.

—¿Qué?

Intercambiaron miradas serias y Thomas besó a Patrick en la frente.

—Perdona, estoy en otro mundo —dijo Patrick, apretando su mano.

Sonó el timbre una sola vez, haciendo que ambos sintiesen un vuelco ahogado en sus corazones. Fue Patrick quien abrió la puerta.

Al otro lado, un chico de pelo castaño, ojos azul oscuro y una media sonrisa le saludó tímidamente. Se recolocó las gafas de pasta con los nudillos. Tendría su misma edad, quizá un poco menos.

—Soy Christian, amigo de Amelia. ¿Está en casa? La he estado llamando desde ayer y se me ocurrió pasar por aquí para ver si está bien.

Ni te lo imaginas, pensó Patrick.

—Ella no está. —Le informó, abriéndole la puerta. —Pasa.

Christian entró con cautela, la tensión que se respiraba no le daba buena espina, pero quería saber qué había pasado con Amelia y por qué no le contestaba a las llamadas.

En el poco tiempo que la conocía podía asegurar que ella no era de las que desaparecen sin más.

Pasaron a la cocina y se sentaron alrededor de la mesa.

—Es mi pareja. —Dijo Patrick, señalando a Thomas. Éste le tendió la mano para estrecharla. —¿Christian, no?

Asintió y sonrió. Hubo unos segundos de silencio. Patrick se tapó la cara con las manos, se le veía agotado.

—¿Ha pasado algo? —Preguntó con miedo Christian.

Thomas asintió.

—¿A Amelia?

—Sí. —Le contestó, esperando que su novio reaccionase y le contase lo que había pasado, pero Patrick seguía en la misma postura.

Christian sintió que se le aceleraba el corazón mientras se preguntaba qué podría haber pasado.

—Ella está... —Patrick suspiró. —No está bien, la verdad. No saben exactamente qué le pasa. Son médicos con años de experiencia y no lo saben —exclamó con sarcasmo.

Su indignación era palpable. Los ojos de Christian se inundaron levemente. Tragó saliva con dificultad.

—¿Va a...? —No quiso terminar la pregunta.

—No sabemos nada. —Le dijo Thomas. —Sólo podemos esperar.

—Yo... creía que ella no quería hablar conmigo —murmuró Christian sin poder creerse lo que estaba pasando. —Estaba tan bien la última vez que la vi...

—Fue su padre el que la encontró inconsciente —explicó Thomas. —No reaccionaba, así que decidieron llevarla al hospital.

Otro silencio. Esta vez más duro y triste. Todos miraban a la mesa, como si hubiera respuestas en ella.

—¿Puedo ir a verla?

Christian no era familiar, ni siquiera la conocía de mucho tiempo, pero era incapaz de marcharse y hacer la vista gorda.

—Sí, claro —contestó Patrick, apartándose el pelo de la cara. —Vente con nosotros, iremos después.

Christian asintió. Necesitaba ver su cara, sentir que, de alguna manera, ella seguía en este mundo. Un gran escalofrío subió de pies a cabeza y se limpió con disimulo una de las lágrimas que le recorrían la mejilla.

No tardaron mucho en recoger la mesa de la cocina y marcharse al hospital. Con suerte, habría novedades sobre el estado de Amelia...



Mi habitación era acogedora y confortable.

Sentada en el colchón de la cama, con las sábanas oliendo a flores, observé detenidamente cada esquina del cuarto.

Las paredes eran de un suave color crema, justo a mi derecha había un escritorio de madera, debajo de la ventana circular. Las cortinas eran blancas y largas, se movían al compás del cálido aire que entraba. Me fijé en su absorbente bailoteo.

Las puertas, todas las del castillo, eran de madera clara, con pomos y cerraduras de estilo antiguo.

A mi izquierda había una pequeña estantería con varios libros en ella. Me acerqué a echar un vistazo y cogí un libro al azar. Pasé las páginas velozmente y algo me detuvo. Una hoja de libreta doblada por la mitad se encontraba entre página y página. La cogí sin desdoblarla. Dejé el libro donde había estado y volví a la cama.

La curiosidad hizo que desplecase el papel y leyese la única frase que estaba escrita:

«No dejes de luchar».

¿Luchar, contra quién?

Me pregunté a quién iría dirigido ese mensaje y me sorprendí al ver que Hilaria me observaba desde el marco de la puerta.

—¿Cómo te encuentras hoy?

Entró en la habitación, caminando grácilmente, como si flotara.

—Mejor —sonreí. —La verdad es que me siento un poco extraña...

—Entiendo lo que me dices —se sentó en la cama, justo frente a mí. —

También sé lo difícil que es.

Tras mucho pensar y recordar, descubrí que la mujer que tenía delante era aquella de la que Jackson me habló una vez.

—Tú y yo somos muy parecidas —dijo Hilaria con una media sonrisa —, pero me sorprende que no hayas hecho más preguntas.

Fruncí el ceño, sin entender. Después de haberle hecho un gran cuestionario a Avalon pensé que no había mucho más que saber.

—Jackson te contó mi historia, ¿no es cierto?

Bajé la mirada sintiendo que, quizá, no debería conocerla.

—No tenía la certeza de saber que eras tú —confesé—, y tampoco quería ser demasiado curiosa en ese sentido.

Asintió levemente con la cabeza, pensativa y mirando al suelo. De repente reaccionó y sonrió nuevamente.

—Cuando yo tenía veinte años, como tú, ya vivía entre estos muros y la gente soñaba con cosas muy diferentes a las de ahora —dijo Hilaria, invitándome a sentarme junto a ella. —Tú no eres como el resto.

Me acarició el pelo suavemente, como una madre lo hace a una hija.

—Debes echarle de menos —susurró. La miré fijamente, ¿tan obvio era?

—Sí —confesé. —Más de lo que imaginé que lo haría.

—¿Te contó que es hijo mío?

Negué con la cabeza, impresionada por la noticia. Aquella mujer no aparentaba tener más de veinticinco años, como Jackson, y aunque pueda sonar raro, nunca imaginé que Jackson tuviera una madre.

—Cuando Hurón me arrebató mis poderes era joven e inexperta. Pensaba que lo que yo hacía era único, creía que nadie más podía hacer semejante truco. Meterme en los sueños de la gente, ver sus esperanzas, sus deseos más profundos, o sus temores... —Hilaria negó con la cabeza, con nostalgia. —Era curiosidad, no había nada de malo en ello y nunca hice daño a nadie. Yo era una simple espectadora. Pero un día llegué demasiado lejos... —Hizo una pausa. —Me enamoré de un muchacho al que solía curiosear los sueños. Tras dos años, me armé de valor para hablarle en la calle y poco después me pidió matrimonio. No pudimos casarnos, como ya sabes. A veces tu destino no es el que crees que es...

—Sí... —Susurré, preguntándome si el destino realmente me había preparado todo esto con antelación.

—No pude despedirme de él —prosiguió con amargura. —Cerré los ojos, sentí cómo me mataban lentamente y, cuando me vine a dar cuenta, ya respiraba de nuevo. —su sonrisa se tornó tierna y enamorada. —Avalon me salvó y me trajo aquí. Poco después descubrí que el mismo hombre con quien me iba a casar fue el que me entregó a Hurón...

Di un respingo, impactada por la traición que debió sentir.

—Mi dulce Avalon hizo que recompusiese mi corazón, amándome como nadie lo había hecho y dándome a Jackson —radió felicidad al decir aquello mientras todas las piezas de mi puzle encajaban. —Desde entonces, soy la mujer más feliz del mundo.

Un pájaro pio desde el marco de la ventana. Era verde y azul, con tonos amarillos en la cola puntiaguda. Nos miró moviendo la cabeza nerviosamente, luego revoloteó posándose en el escritorio y, sin más, se fue volando a saber dónde.

—¿Tienes miedo? —Me preguntó.

—Sí —era una tontería hacerme la valiente. —Al otro lado hay personas muy importantes para mí.

Miré al suelo. El pensar en no volver a verles me hacía estremecer.

—¿Y si yo te dijera que hay una alternativa?

Nuestros ojos se cruzaron. Fruncí el ceño, con la esperanza palpitando por dentro.

—Si las cosas no fueran bien, podrías quedarte y ser una protectora de sueños —comentó, entusiasmada—, podrías ver a tu familia, sólo que de lejos y con cuidado.

—¿No moriría?

—Tu cuerpo sí. Tú alma no.

Una mezcla de sentimientos y pensamientos me abordaron de golpe. ¿Sería capaz de vivir así? Mi familia asaltaba en mi mente una y otra vez.

Fui hacia la ventana y observé los grandes jardines de hierba y flores, con la gente sonriendo, felices todos ellos. Giré sobre mí misma, Hilaria esperaba una respuesta.

—No tienes que decidirlo aún —me dijo, sonriente. —Considéralo un plan B, por si tu principal idea falla. Sé que dejas muchas cosas atrás, pero si mueres también les perderás. Te ofrecemos una forma de seguir adelante.

Su pelo negro azabache ondeó grácilmente mientras se aproximaba a la salida de la habitación. Lanzó un beso hacia mí y cerró la puerta tras de sí casi sin ruido.

Barajé mis opciones, analizando la situación y pensando profundamente qué era lo que debía hacer.

Sabía que si las cosas se ponían feas no volvería a ver a mi familia, así que... ¿Por qué morir pudiendo vivir en un sueño?



Quería estar atento, poder concentrarse como lo había hecho siempre, pero no podía. La pizarra era cada vez más pequeña, la voz de la profesora parecía lejana.

Inmóvil, miraba al frente casi sin parpadear, su mente divagaba una y otra vez sin descanso, sus manos no escribían, y ese miedo hondo en el estómago le quemaba cada vez más.

Andaba por los pasillos solo, como lo había hecho hasta que ella llegó a su vida. Miraba su almuerzo distraído, sin levantar la cabeza. ¿Y para qué hacerlo? Si nadie vendría a hablar con él...

Había pasado una semana desde que Christian fue a ver a Amelia al hospital. Parecía que habían pasado meses. No dejaba de recordarla acostada en la camilla, con todas aquellas máquinas alrededor y el ruido de sus latidos.

Suspiró con nostalgia justo cuando Sylvia llegaba para sentarse a dos mesas de donde él estaba, con un grupo de gente. Sus miradas se cruzaron en un breve instante. Ella observó que, nuevamente, estaba solo. Tras eso, cada uno volvió a sus respectivos asuntos.

Christian no quería correr, le daba igual llegar tarde o no, sólo quería que terminase la clase para poder ir a ver a Amelia. Cada mañana se levantaba con la esperanza de llegar al hospital y encontrarla despierta.

Caminaba tranquilamente, mirando su móvil por si tenía llamadas de alguien. Estaba llegando al aula en la que tenía clase cuando alguien se interpuso en su camino.

Se miraron un breve instante.

—¿Me dejas pasar? —Preguntó él, bastante irritado.

Sylvia asintió y se apartó. Él entró y cerró la puerta, dejándola fuera con la palabra en la boca.

Afortunadamente, la última hora pasó con rapidez y Christian recogió

sus pertenencias para poder marcharse. Llegó hasta su coche y vio que, apoyada en el lado del conductor, se encontraba Sylvia esperando.

Christian bufó.

—En serio, ¿qué quieres? —Estaba harto de aquella persecución.

—Tranquilo, ¿vale? —Masculló ella— Sólo quería preguntarte algo.

—Llevas un día de lo más raro. Creía que no querías que te vieran hablando conmigo. —su tono sarcástico la sacó de quicio.

—He notado que Amelia lleva faltando varios días. No es normal en ella.

—Muy observadora.

Ella titubeó.

—¿Está bien? —Preguntó, por fin.

Christian se compadeció de ella al verla tan preocupada, pero no iba a dejar que se fuera de rositas...

—¿Acaso no lo sabes? ¡O espera! ¿Cómo ibas a saberlo, si no le has dirigido la palabra desde que somos amigos?

—Sólo es curiosidad —prosiguió Sylvia con chulería. —Sé lo importante que es para ella venir a clase.

Christian bufó y abrió la puerta del coche con intención de subirse, pero ella se interpuso.

—Verás, me es muy difícil subir al coche si tú estás en medio.

—Contéstame y dejaré que te largues.

Se desafiaron con la mirada. Él dudó, pero pensó en el cariño que Amelia tenía por aquella chica. Se cruzó de brazos y tomó aire. Sylvia bajó la guardia.

—Amelia no está bien —le dijo—, lleva toda la semana en el hospital, en coma, o eso dicen los médicos. No están muy seguros. —Enfrentó los ojos llorosos de Sylvia. —Por eso no la ves últimamente conmigo.

Mareada, se apoyó en el coche, disipando su mirada feroz y dejando paso a la vulnerabilidad.

Christian se apiadó de ella. Sintió malestar por haber sido tan duro.

—¿Te encuentras bien? —La ayudó a ponerse derecha.

—¿Es eso cierto...? —Preguntó ella, con la voz entrecortada.

—Puedes preguntarle a Patrick, si no me crees.

Ella no ocultó sus lágrimas.

—¿Se va a poner bien?

—Eso espero —contestó él en un susurro. Estaba impresionado por

verla llorar. Sólo conocía su lado peleón y antipático. —Eh, mira, iba a ir al hospital, si quieres...

Christian señaló su coche magullado y lleno de polvo.

—¿Quieres que me monte ahí? —Preguntó indignada Sylvia.

Él bufó.

—¡Me rindo! —Exclamó— Haz lo que quieras, yo me voy.

Se montó, y justo cuando se iba, Sylvia dio unos golpes en su ventanilla.

—¡Espera! —Él la miró con impaciencia. —Voy contigo.

En un santiamén fue al lado del copiloto y el coche derrapó al incorporarse a la carretera.

Debi estaba en su sitio de siempre, pegada a su niña, sin descanso. Sam miraba la televisión mientras Patrick y Thomas leían unas revistas. Sólo se oía un siseo, casi imperceptible, del televisor. Christian y Sylvia entraron a la habitación y todos les miraron.

—¡Sylvia! —Exclamó con cariño Debi, la cual se levantó a abrazar a los visitantes.

Sylvia contuvo las ganas de llorar al ver a su amiga en aquel estado. Había visto a Amelia de muchas maneras, pero ninguna se parecía a lo que estaba viendo.

—Christian me ha contado lo que pasó —dijo, con un nudo en el estómago—, de haberlo sabido, habría venido antes.

Se acercó a Amelia y sujetó fuertemente su mano ante los ojos observadores de Christian.

Ella no quería venirse abajo delante de los padres de su amiga, así que se disculpó y salió apresuradamente de la habitación.

Buscó los aseos más cercanos, cerró la puerta y comenzó a llorar frente al espejo. Se sentía estúpida por no haber hecho las paces con Amelia, tenía la sensación de que había perdido esa oportunidad y se culpó por ser tan infantil.

¡Estúpida!, se dijo.

Dejó caer su cuerpo, sentándose en el suelo, mientras se desahogaba sin descanso.

Estuvo más de diez minutos así y luego intentó recomponerse, echándose agua en la cara.

Cuando salió, Christian estaba al otro lado de la puerta.

—¿Estás bien? —Le preguntó. —Perdona, debí haberte advertido de su estado...

—No importa —ella lloró de nuevo sin poder evitarlo, tapándose la cara con las manos.

Él no se lo pensó dos veces, se acercó y la estrechó entre sus brazos, consolándola. Sylvia se dejó llevar, apretando con fuerza a Christian.

Ambos necesitaban ese abrazo más que nunca.

Echó el freno de mano al llegar a la casa de Sylvia. Pensó en que no quería estar solo. Su mente le dijo lo que su boca no podía decir.

Quédate con ella.

Se hubiera impresionado al saber que ella pensó lo mismo.

El silencio reinó durante unos segundos en el coche sin que ninguno se molestara en romperlo.

Sus miradas chocaron brevemente y dos suspiros, a la par, volaron en el aire.

—Gracias por llevarme a ver a Amelia —dijo ella en un tono cálido y sincero.

—No hay de qué —contestó él, subiéndose las gafas con los nudillos.

Ella titubeó hasta que se decidió por abrir la puerta, sin bajar del coche.

Miró a Christian un intervalo de segundo y notó su corazón con fuerza.

Se hubiera impresionado al saber que él sintió lo mismo.

—Bueno... hasta el lunes —dijo ella saliendo del coche.

Él asintió con la cabeza preguntándose si debería decir lo que estaba pensando. Se desanimó por tener la certeza de que ella diría que no, pero no quería irse sin haberlo intentado.

—¡Sylvia! —gritó él desde el coche. Ella se giró.

—Me preguntaba si querías dar una vuelta —propuso él.

—Sí —contestó ella en el acto para sorpresa de Christian.

Subió de nuevo al auto y Christian arrancó, rumbo al único sitio que él creía más idóneo: el muelle.

Ya allí y en silencio, Christian se sentó a medio camino del paseo de madera, con el lago a ambos lados, mientras que Sylvia se quedó de pie de espaldas a él. El sol resaltaba los mechones rojizos de su pelo y el aire lo movía a su antojo.

Christian la observaba desde su posición como si fuese un gran espectáculo.

—¿Crees que se pondrá bien? —Preguntó ella, sacándolo de su ensimismamiento.

—Quiero pensar que sí.

—No me gusta este sentimiento de no saber qué va a pasar —se quejó Sylvia.

—Imagínate cómo está su familia.

Sylvia lo miró por encima de su hombro.

—Supongo que pensarás mal de mí —le dijo con cierto aire superior.

—¿A qué te refieres?

—Tú sabes por qué Amelia y yo no hablábamos últimamente.

—Sí, lo sé —contestó levantándose del suelo. —La verdad es que hasta hace unas horas no me caías bien, pero he visto algo en ti hoy.

Ella se giró hasta tenerlo en frente.

—¿Y qué has visto? —Preguntó, curiosa.

—Que la quieres.

—Sé querer a las personas —dijo, cabizbaja. —Crees que soy una harpía.

—No. Ya no.

Se sonrieron.

—Cuando vuelvas al hospital, ¿me llevarás contigo?

—Por supuesto —susurró él.

Ella lanzó una sonrisa tímida, lo que hizo que el corazón de Christian latiese con rapidez.

—Deberíamos volver pronto. Empieza a hacer frío.

Sylvia le agarró la mano y lo invitó a que se sentase junto a ella.

—Quedémonos un rato más —pidió ella—, no quiero ir a casa ya.

Él accedió y, cuando estuvo a su lado, ambos entrelazaron sus dedos.

Christian la miró mientras se decía a sí mismo lo bonita que ella era.

Sylvia giró su cabeza y lo descubrió observándola. Su corazón dio un vuelco. Nunca la habían mirado así, nunca había sentido nada parecido.

No cambiaron sus posiciones, se quedaron durante unos segundos así hasta que Christian se acercó más a ella.

Tenía miedo del rechazo, pero su cuerpo se movía solo. Sylvia se impresionó al no querer apartarse.

Y no lo hizo.

Él acarició su mejilla tiernamente, mientras ella cerraba los ojos.
Dicen que los polos opuestos se atraen.
Debe ser cierto.



Cuando llegas a un sitio nuevo intentas fijarte en cada detalle. Exprimes todo lo que te rodea con la única idea de no perderte nada. Te emocionas ante cosas que, para otros, son de lo más normal. La posibilidad de poder sentir miles de sensaciones diferentes a las del resto de personas te hace especial. Y es que, en ese momento, no hay nada más maravilloso que lo que estás viviendo.

Sentada en aquel banco, veía pasar por el grandioso jardín cientos de personas. Cualquiera de por allí diría que era una escena normal pero, en realidad, no lo era.

Había quien podía dar saltos tan altos que casi tocaban el cielo. Otros caminaban de una manera tan grácil que, más que pisar el suelo, parecían acariciarlo. De la enorme fuente del centro del jardín salía una mujer de pelo rubio platino que se sentaba en el borde. Se peinaba con los dedos y sonreía a los transeúntes que pasaban por su lado. Cuando se cansaba de estar ahí sentada, se sumergía de nuevo en el agua de la fuente y no se la volvía a ver hasta pasado un rato.

En el cielo, el sol y la luna reinaban juntos por igual, uno a cada lado. Durante el día, el sol se pronunciaba más. Durante la noche, la luna brillaba llena, repleta de estrellas a su alrededor.

Sin duda, eran el sol y la luna más grandes que jamás había visto en mi vida.

La gente reía y se divertía, puede que la mitad de ellos fuesen protectores de sueño pese a parecer personas tan comunes como yo.

¿Podría yo ser como ellos?, me pregunté, dudando de la respuesta.

Miré hacia atrás y me llamó la atención una zona solitaria, con un árbol en medio.

Caminé hasta allí fijándome en el árbol. Acaricié el tronco y las flores rosas que lo adornaban.

Tenías que ser rosa..., dije en mi mente, rememorando mi último sueño

con Jackson.

Me dejé caer, apoyándome en el tronco. Toqué la hierba mientras mi cabeza daba vueltas y vueltas, y mis oídos se perdieron con el sonido musical de los pájaros que revoloteaban cerca.

Entonces, ocurrió. Por primera vez desde hacía días, me sentí como en casa, y sonreí.

Un rato después, intentaba centrarme en lo que Hilaria me contaba sin descanso mientras le cepillaba el pelo. Las horas, los minutos, los segundos allí no existían. El concepto del tiempo era algo extraño. Lo importante era hacer de tu existencia algo humilde y memorable, al menos eso decía Hilaria.

—Aquí el tiempo es como el hielo. Está congelado —me explicó. —Lo bonito de vivir aquí es que las preocupaciones son banales, por lo tanto, no existen. Es como un mundo perfecto.

La miré poco convencida, estaba demasiado acostumbrada a mi vida real como para creer que algo así existiese.

—¿No te cansas de estar aquí siempre? —Pregunté.

Negó con la cabeza.

—Este es mi hogar —observó mi cara y sonrió. —Entiendo que para ti no sea igual. Aún es pronto.

—Me siento muy perdida.

—No te preocupes, pequeña —susurró, acariciándome la cara—, ya verás como todo se soluciona.

En ese momento, llamaron a la puerta con dos golpecitos suaves. Un hombre con traje de mayordomo apareció en la habitación de Hilaria y nos miró con amabilidad y respeto.

—Avalon requiere de vuestra presencia —nos dijo.

—Gracias Serguei —contestó Hilaria con una sonrisa.

El hombre cerró la puerta.

—Serguei es un gran amigo —dijo ella, observándose el peinado. — Vivía en Rusia cuando los destructores le dejaron totalmente desorientado en 1908. Avalon lo salvó de una muerte segura cuando exhalaba su último aliento. Desde entonces se siente en deuda con él —se dio un retoque final en el pelo. —Será mejor que no le hagamos esperar.

Atravesamos los grandes pasillos que daban al despacho de Avalon. Las paredes estaban decoradas con varios cuadros de innumerables pintores,

estilos y épocas. Era como una recolección de antiguos tiempos.

Hilaria fue la primera en pasar a la sala. Vi cómo el gesto de su cara destellaba de felicidad.

Entré para ver qué ocurría. Avalon me sonreía desde un extremo del despacho. A su lado estaba Serguei, también con rostro feliz, observando la escena. Maximillian, Sabbath y Willem estaban cerca de Avalon, hablando y riendo.

Hilaria abrazó al chico que reconocí nada más echarle el primer vistazo.

Su pelo y sus ojos verdes mar eran inconfundibles para mí. Sentí un hormigueo en brazos y piernas, notaba cómo la tensión de mi cuerpo se convertía en alegría. Él me miró por encima del hombro de Hilaria y se quedó petrificado.

—Amelia... —Susurró, sin poder creérselo.

—¡Jackson! —Exclamé con felicidad.

Vino hasta a mí y rozó su mano con mi mejilla.

—Pero, ¿cómo? —Murmuró.

—Tuvo un percance con un destructor —explicó Avalon.

Jackson puso cara de disgusto al oír aquello.

—Tranquilo, ya no hay nada que temer —prosiguió.

—¿Y por qué está aquí, sino? —Respondió Jackson, enfadado.

—El destructor la alcanzó —prosiguió Hilaria, intentando poner paz. —

La hemos cuidado bien, hijo mío.

Él la miró airadamente y suspiró con fuerza.

—Serguei, acompaña a Amelia a su habitación —lanzó una mirada severa a los tres protectores guardianes de Avalon. —Tengo que hablar con mis padres.

Serguei asintió y me invitó a acompañarle con los protectores pisándonos los talones. No quería marcharme, pero accedí.

Desde el pasillo pude oír cómo Jackson se enzarzaba en una gran disputa con sus padres.

—No se preocupe, señorita Amelia —dijo Serguei—, Jackson es muy temperamental, pero sus padres lo conocen bien. Una riña la tiene cualquiera.

Asentí con la cabeza y lo seguí por los pasillos hasta llegar a mi cuarto. Al poco rato de estar sola, Serguei llegó con una bandeja con galletas y zumo de naranja.

—Muchas gracias —dije sonriendo.

Él hizo una reverencia con la cabeza y se marchó, dejándome sola

nuevamente.

La noche cobró protagonismo y Jackson no venía a verme. Me impacienté demasiado, necesitaba hablar con él.

Aburrida, abrí la ventana y observé a la gente en los jardines. Todo seguía igual, nada parecía cambiar en aquel mundo maravilloso.

Advertí que, a lo lejos, apoyado en el tronco de un árbol, estaba Jackson tocando su guitarra. Me pregunté cuáles podrían ser las razones por las que no había venido a estar conmigo después de tanto tiempo, pero pensé en la pelea que había tenido ratos antes. Quizá necesitaba estar solo.

Pese a aquello, no pude evitar la tentación de ir a estar a su lado. Bajé con tranquilidad hasta llegar a dónde él estaba.

Dejó de tocar cuando sintió mi presencia. Dejó la guitarra en la hierba y se levantó. Su cara agria y enfadada cambió al verme. Intentó disimular metiéndose las manos en los bolsillos y mirando al suelo.

—Te he visto por la ventana —le dije, no muy segura de que a él le gustase que estuviese allí—, debería haberme quedado arriba, pero quería verte.

No dijo nada y tampoco me miró. Esperé para ver si contestaba. Tras unos minutos, al ver que no quería hablar, suspiré con rendición.

—Bueno, supongo que quieres estar solo —dije, con tristeza. — Hablamos en otro momento.

—No sabía que estabas aquí. Nadie me avisó de lo que te había ocurrido. De haberlo sabido, no habría tardado tanto.

No supe qué decir. Se suponía que ellos tenían las respuestas y no yo. Todo aquello era muy confuso y difícil para mí, pero el hecho de tenerle tan cerca ahora hacía que las preguntas desaparecieran.

—No es justo para ti lo que está ocurriendo —prosiguió, con enfado. — No voy a consentir que te tengas que quedar aquí sin que intentes volver. ¡Ellos lo ven todo tan fácil! ¡Tan ideal! No ven que la vida es mucho más que vivir en este cuento gobernado por mi padre.

—Hilaria dice que si no logro sobrevivir puedo quedarme aquí...

—¡Es que esa no es la cuestión! —Gruñó— Tú tienes una vida, debes luchar por ella. Mi madre piensa que quedarte aquí es lo mejor. Pero si no arriesgas, no ganas. Y tú debes luchar por despertar.

—¿Y si no lo logro? —Pregunté, temerosa de las consecuencias. —

¿Por qué estás tan enfadado? ¿No quieres que esté aquí?

Jackson bajó la guardia y se aproximó a mí hasta tenerme frente a él.

—No hay nada que yo desee más que estar a tu lado —dijo en un susurro—, pero tu lugar está con tu familia. El camino fácil es dejarte morir y revivir aquí. Si yo te pidiese eso jamás me lo perdonarías. Yo tampoco podría perdonármelo.

—Por eso has discutido con tus padres —Afirmé. —Ellos me dieron la opción, y a ti no te gusta.

—Ellos decidieron que esa era la única opción e inconscientemente eso hace que tu cuerpo no luche, pero hay otra alternativa, otra que no te han dicho —suspiró, agotado. —Y eso es lo que no me gusta.

—¿Qué otra alternativa hay? ¿Tú me has preguntado qué quiero hacer? —Espeté, molesta.

—Si quisieras quedarte, ya formarías parte de este mundo —contestó con seriedad—, pero te mantienes en un limbo porque realmente no sabes qué quieres hacer.

Soltó una maldición.

—Tu otra opción es cruzar el umbral que está al otro lado de este mundo, entre mi hogar y el de los destructores.

Guardé silencio pensando en las consecuencias de ir hasta allí. Imaginaba que sería tan peligroso que ni Hilaria ni Avalon quisieron arriesgarse a decírmelo. Sin embargo, Jackson tenía razón, aunque yo quería estar con él, el mundo real me amarraba con fuerza a la vida, haciendo que mi decisión fuese complicada.

Hice amago de marcharme.

—¿Sabes? Quería verte de nuevo —confesé, con una sonrisa amarga en la cara. —Quería estar contigo, no deseaba olvidarte sin más. Creo que yo atraje a aquel destructor con esos pensamientos llenos de anhelo y derrota. Y puede que por eso sea tan difícil el marcharme, porque sé que si me voy no volveré a verte, y eso hace que me duela todo por dentro —mis ojos se colmaron de lágrimas. —No lo puedo explicar, pero te quiero. Es lo que me ha traído aquí. Y lo siento si no te gusta, pero no puedo cambiarlo.

Sentí cómo su pecho se llenaba cuando se acercó a mí y me limpiaba las lágrimas con sus dedos.

—No llores —susurró, apoyando su frente en la mía.

—Tengo miedo —le dije, llorando. —Mucho. Y sólo deseaba que volvieras, para que ese sentimiento se disipase...

—Estoy aquí, contigo.

—¿Y por qué te siento tan lejos?

—No debí dejarte sola tan pronto —masculló, poniendo sus manos en mis mejillas—, pero esta vez no pasará, no te voy a dejar en ningún momento.

Lentamente, puse mis manos alrededor de su cintura y me pegué más a él. Necesitaba un abrazo, uno sincero. Jackson era el único que podía hacer realidad ese deseo.

Como si aún pudiera escuchar mis pensamientos, me envolvió entre sus brazos y me apretó a su cuerpo con fuerza. Sonreí y calmé el llanto. ¡Era tan feliz en ese instante!

Tras unos segundos, se echó levemente hacia atrás para mirarme y me sonrió.

—Amelia... eres tan bonita —dijo, en un susurro. —Aún te debo un beso, ¿recuerdas?

Sonreí con ironía.

—Sí, «algún día» —dije, repitiendo lo que él siempre decía cuando habíamos estado a punto de besarnos. —¡O no, espera! ¿Cómo era? ¡Ah, sí! «Todavía no es el momento».

Jackson rio un instante, pero en seguida se puso serio de nuevo.

—¿Y si te digo que ese momento es ahora? —Preguntó— ¿Dejarías que te besase, Amelia?

Me mordí los labios pensando en que me estaba tomando el pelo.

—No te rías de mí, Jackson —pedí agriamente. —No después de haberte dicho lo que siento por ti.

Negó un instante con la cabeza y agarró mi barbilla suavemente. Mi corazón latía apresuradamente cuando vi que hablaba en serio. En blanco, sin saber qué hacer o cómo reaccionar, me dejé llevar sin más y cerré los ojos cuando sus labios se chocaron con los míos. La necesidad, la fuerza, nos invadió a ambos mientras nos abrazábamos.

Poco a poco fuimos debilitando el beso mirándonos, exhaustos, deseando más. Implorando por más.

Acarició mi nariz con la suya y sonrió.

Oímos un carraspeo y nos separamos para encontrar a Serguei al otro lado.

—Disculpa, Jackson. Tus padres piden que vayáis.

—Vamos en seguida —contestó él. Serguei asintió en silencio y se

marchó.

Con resignación me miró, sonriendo de medio lado. Volvió a besarme, esta vez más rápidamente, antes de coger mi mano para que le acompañase.

Yo le seguí sin decir nada, en aquel momento era la chica más feliz del mundo.

Tenía tantas fuerzas que supe que podría con casi cualquier cosa.



Mirándose al espejo, se sintió culpable por sonreír, aunque su felicidad era inevitable.

Era como si su corazón hubiese crecido. Ya no quedaba más espacio en su pecho. La emoción por los desbordantes sentimientos que tenía le hacía flotar. Por fin él era especial para alguien.

Salió de casa y condujo hacia la facultad.

Esbozó una sonrisa.

Pensó en Amelia y lo contenta que estaría por él. Deseó poder contárselo.

Aparcó con un único pensamiento: *¿dónde estará?*

Atravesó la entrada entre la muchedumbre y la buscó con la mirada. De repente, rodeada de gente que iba y venía, la vio. Ella caminaba con una expresión pacífica, parecía sonreír. Él dio varios pasos con la intención de ir a saludarla, pero algo lo paró en seco.

Un chico apareció detrás de ella, la agarró suavemente de la cintura y la giró mientras sonreía pícaramente. La besó, sólo una vez, con sensualidad.

Ver aquel beso hizo que su corazón se rompiera en mil pedazos. Su ilusión desapareció en un parpadeo, sus ganas de verla se habían convertido en algo absurdo que se culpó por sentir.

¡Qué estúpido había sido!

Christian dio la vuelta y comenzó a andar hacia la salida de nuevo. No podía creer que hubiera sido tan iluso, tan inconsciente, tan... ¡idiota!

Al mismo tiempo, Sylvia se apartó del chico, lanzando un improperio por haberla besado sin su consentimiento. Giró la cabeza justo en el momento en que Christian se alejaba. Sintióse más culpable que nunca, salió corriendo tras él.

Fuera de la facultad, lo buscó por todos lados. Miró hacia la izquierda, luego a la derecha. Ni rastro.

Caminó hacia el aparcamiento, echando un vistazo y encontrando su

coche. No lo pensó. Se asomó a la ventanilla del conductor, pero dentro no había nadie. Dio una vuelta sobre sí misma. Estaba sola.

Tras dar un par de vueltas más, acabó sentada en la acera, derrotada. Se apartó el pelo de la cara pensando en lo tonta que era por no haberse apartado antes de que la besase aquel chico. Es verdad que había estado saliendo con él durante unos días, nada importante. A saber qué pensaría Christian...

De repente, a lo lejos, vio a alguien alejarse con rapidez.

—¡Christian! —Gritó mientras se levantaba y echaba a correr tras él.

Lo llamó varias veces, pero él no parecía estar dispuesto a parar.

—¡Christian, espera! —Pidió ella con desesperación. Lo cogió del brazo, él paró en seco y se apartó. —¡No es lo que tú crees!

—No. Desde luego que no —contestó él, enfadado.

—Él no significa nada para mí.

—Sylvia, no tienes que darme explicaciones —espetó, con acritud.

Ella lo miró, dolida.

—Yo creo que sí.

—No —masculló él, tajante. —Tú y yo no tenemos nada. Tan sólo un beso en un muelle. Al fin y al cabo, ¿qué significa eso?

—Mucho —murmuró ella.

Todo, quiso decirle.

Él negó con la cabeza, desilusionado. Hizo amago de irse, pero se giró y la enfrentó.

—Lo peor es que soy un estúpido. Me he levantado esta mañana pensando en ti como un bobo. Quería verte. *Necesitaba* verte —hizo una pausa y suspiró. —Es verdad, ese beso significó mucho, ¡estaba todo tan claro! Y entonces, te veo con ese tío... —Sonrió amargamente. —¡Y yo pensando que era especial para ti!

Se miraron con seriedad y tristeza.

—Soy tan tonta... —Murmuró. —Debí haber hablado con él anoche, pero se me olvidó por completo. Ha aparecido de repente, tú estabas allí y después has desaparecido —intentó acercarse a él. —Lo siento.

Se hizo un silencio. Christian se iba a marchar, pero Sylvia lo frenó.

—Por favor, no te vayas —le suplicó.

—Es mejor así, Sylvia —contestó. —Ahora no quiero hablar con nadie, necesito pensar.

Se marchó apresuradamente, sin mirar atrás, mientras Sylvia se quedaba inmóvil e impotente.

Tras unos segundos, ella también desapareció.

Tic. Tac. Tic. Tac. Era lo único que escuchaba. Miró el reloj. Había estado entusiasmada por la boda de su hermana, pero entre lo de Amelia y ahora esto, cada vez tenía menos ganas de hacer nada, excepto estar en casa.

Apoyó la cabeza en el escritorio y recorrió con los dedos sus labios, recordando aquel beso. El beso que no se repetiría. El primero. El único. El último.

No recordaba haberse sentido tan sola como en aquel instante. Le gustaba sentirse correspondida de verdad y lo había estropeado. Oyó el timbre, pero no se molestó en ir a ver quién era.

Cogió el teléfono.

¿Y si le llamo?, pensó.

Se levantó y, mirándose al espejo, se abofeteó.

—¡Ni que estuvieras enamorada de él! —Se espetó a sí misma. — Porque... ¡no lo estás!

Una lágrima cayó por su cara.

—No lo estoy —susurró, no muy segura de que fuera cierto.

Christian le gustaba mucho, no podía negarlo. Siempre había pensado que era guapo, pero su estúpido orgullo no le había dejado acercarse a él. Después de verlo con Amelia, con esa cercanía, se sintió tremendamente celosa. Celosa por él. Celosa por su amiga.

Y ahora lo había estropeado todo...

Dio media vuelta y se tiró en la cama, metiéndose debajo de las mantas.

—Sylvia, preguntan por ti —anunció su hermana desde la puerta.

—No quiero ver a nadie —contestó ella, llorando.

—Como quieras —su hermana estaba cerrando la puerta cuando dijo algo que a Sylvia la hizo reaccionar—, le diré al chico que se vaya.

Salió de entre las mantas, medio despeinada y con la cara mojada por las lágrimas.

—¿Qué chico?

Su hermana se encogió de hombros.

—Dice que se llama Christian.

Antes de que terminase la frase, Sylvia atravesó la casa y se plantó en la entrada. Verlo allí hizo que una pequeña esperanza palpitase en su pecho.

—Christian —susurró ella.

—Hola.

Él se percató del aspecto que ella tenía y pensó en lo vulnerable que se veía. Eso era algo que le encantaba de ella, porque pese a parecer una chica fría e inalcanzable, Sylvia tenía pequeños momentos de debilidad en los que mostraba su lado más humano y sincero.

—¿Podemos hablar? —Preguntó él, subiéndose las gafas con los nudillos, como siempre hacía cuando estaba nervioso.

Ella asintió y lo invitó a entrar, pero él prefirió no hacerlo.

—Quisiera poder decirte lo que tengo que decir sin que me interrumpas —pidió él. Ella asintió de nuevo con la cabeza. —Nunca pensé que podría decirte esto. No es fácil, pero lo he estado pensando todo el rato y he llegado a la conclusión de que debo ser sincero. Esta mañana me sentía afortunado. Siempre quise sentirme así... Y no quiero más chascos ni sufrir más. Yo sé lo que siento por ti —se acercó a ella. —Me gustas mucho. Es increíble, pero esa es la verdad.

Ella lo miraba, impresionada, sin palabras. Ningún chico le había dicho algo parecido en su vida. Jamás se habían interesado verdaderamente por ella. No habría otro momento como aquel.

—¿No vas a decirme nada? —Sylvia negó con la cabeza y sonrió. — Pero...

No pudo terminar. Ella le rodeó entre sus brazos y, poniéndose de puntillas, le plantó un beso allí mismo.

El beso más tierno y sincero que ninguno de los dos había recibido antes de nadie. El beso que habían deseado darse desde esa misma mañana.

El beso que marcó sus destinos.



Jackson y yo entramos al gran salón en el que Avalon, Hilaria, los protectores guardianes y Serguei nos esperaban. Avalon e Hilaria estaban sentados en los grandes tronos plateados que presidían el lugar.

Cuchicheaban sobre algo que no entendí hasta que llegamos hasta ellos.

Jackson los miraba serio, se notaba que aún estaba cabreado. Hilaria fue la primera en hablar.

—Tu padre y yo hemos estado pensando —comenzó Hilaria. — Creemos que tienes razón, Amelia pertenece al mundo real y allí es dónde debe estar.

—Pronto podréis partir —prosiguió Avalon. —Ella será tu responsabilidad, Jackson. No puedo arriesgarme a que los guardianes se alejen del castillo por el momento.

Él asintió con la cabeza y sostuvo mi mano con fuerza.

Hilaria me miró y sonrió levemente.

—Nunca quisimos cambiar tu destino, Amelia —explicó con un tono culpable y arrepentido. —Siempre pensé que podrías quedarte, si tú lo deseabas. Ni mi esposo ni yo supimos ver lo que hay más allá.

—Mi familia lo es todo —contesté. —No es que esta opción no me gustase, pero hay mucho al otro lado que es importante para mí.

Avalon asintió, con aprobación.

—Cuando estés preparada, podrás marcharte.

Agradecí que fueran tan amables conmigo, de lo contrario no sabía cómo seguir adelante. Jackson había tenido razón siempre: mi vida estaba en otra parte y allí debía seguir.

Pasé varias horas sentada en el marco de la ventana de mi cuarto. Me gustaba la constante brisa que entraba. Era cálida, la típica de las noches de verano.

Allí sola, supe que echaría de menos todo aquello. Aquel lugar quedaría

grabado en mi memoria y mi amor por Jackson palparía en mi alma día tras día. Me entristecí al saber con absoluta seguridad que él desaparecería para siempre de mi vida y de mis sueños, sin posibilidad alguna de volver a estar juntos.

Intenté relajarme y apartar esos pensamientos. Quería disfrutar de los momentos que me quedasen por vivir allí.

Suspiré y me giré con intención de acostarme.

—¿Estás bien? —Preguntó Jackson, dándome un susto de muerte.

Sentado en la cama, me miraba desde una penumbra fantasmagórica.

—¡Me has asustado! —Exclamé, llevándome las manos al pecho.

Se levantó y caminó hacia mí.

—No era mi intención —dijo, sonriendo. —Estabas muy seria allí sentada.

—Sólo pensaba en cosas.

Me instó para que hablase, pero no quería seguir repitiendo lo que ya se sabía.

—Antes de que Serguei nos interrumpiese te dije algo importante, pero no obtuve respuesta por tu parte.

Arqueó una ceja y se cruzó de brazos. Esperé que dijese algo, pero sus labios estaban sellados, era como si se obligase a guardar silencio.

—Si no sientes lo mismo, puedes decirlo —le dije, convencida de que me rechazaría.

—No es eso. Sigues sin entenderlo, ¿verdad?

—Creo que estoy perdida...

—No, Amelia. El perdido soy yo —masculló. —Tú saldrás de aquí y, poco a poco, mi recuerdo será un borroso recuerdo en tu memoria. Sin embargo, mis días aquí contigo, *ese beso* —señaló hacia la ventana, como si el árbol bajo el que nos había besado estuviera allí—, y esto que siento siempre van a estar dentro de mí, sin posibilidad de olvidar. Tú siempre serás el hueco en mi corazón y nadie lo podrá cubrir nunca.

La luz de la luna se colaba por la ventana iluminándonos sólo a nosotros, sus ojos verdes mar brillaban con gran intensidad y sus labios llenos, rosados, llamaban a los míos, pidiendo por un beso.

—¿Quieres una respuesta a lo que me dijiste? —Preguntó, acercándose más. —Yo también te quiero. Te quiero desde el primer día que me colé en tus sueños, desde que vi tu cara, con tus ojos, mirándome curiosa. —Suspiró. —Por eso mi madre te trajo aquí cuando el destructor te atacó, ella sabía que

eras importante para mí y por eso me enfadé con ellos, porque si mi madre desde el principio te hubiera ayudado, tú ya estarías con tu familia. Pero no se lo tengas en cuenta, pensó que era lo que tú y yo queríamos.

Asentí en silencio y acaricié sus mejillas con mis manos, rozando con los dedos cada esquina hasta llegar a sus labios.

—Sea cual sea el final, perderé algo en el camino —dije, muy bajito. —
No quiero olvidarte.

Sonrió amargamente.

—El final será como debe ser —murmuró, muy cerca de mis labios. —
Los sueños se olvidan.

—Tú eres el único sueño que quiero tener.

Me puse de puntillas para besarle mientras él me rodeaba entre sus brazos, pero un grito ahogado interrumpió el momento, haciendo que ambos mirásemos hacia la ventana de la habitación.



Aquel grito desesperado se me había metido en el alma, ¿de dónde provenía?

Jackson tiraba de mí mientras corríamos veloces hacia el jardín principal. Un tumulto de gente se apiñaba alrededor de alguien, pero no logré ver quién era.

Mis ojos se abrieron todo lo que pudieron al ver lo que vi. Su pelo rubio platino, sus ojos azules claro —tan claros que parecían blancos—, su piel sonrosada y su rostro casi angelical.

Una mujer.

Un pez.

Una sirena.

La larga cola morada se apoyaba en el suelo con una gran delicadeza, pero algo iba mal en ella.

Avalon Nix apareció tras nosotros, seguido de sus protectores. Llegó hasta la sirena, la cual había salido de... ¿la fuente? La examinó un segundo e hizo que nos apartásemos. La gente obedeció sin rechistar.

Avalon la colocó en la piedra de la fuente con gentileza.

—Aleyna, ¿qué ha pasado?

La sirena respiraba con dificultad mientras su cuerpo temblaba sin poder parar de tiritar. Lo miró un segundo, luego a la gente y, finalmente, a mí. Sus ojos me traspasaron, invadiéndome un gran terror.

—Vienen hacia aquí —susurró ella. Todos cuchicheaban, escandalizados.

—¡Es imposible! —Decían unos.

—¡Aquí no pueden venir! —Gritaban otros.

Avalon se giró hacia la muchedumbre que lo miraba con pavor.

—Por favor, amigos —se hizo el silencio—, buscaremos una solución para este extraño problema, mientras tanto id a vuestros hogares.

Todos obedecieron. La plaza se quedó vacía salvo por Avalon, los protectores, Jackson y yo. Aleyna iba calmándose poco a poco, aunque su

cola estaba llena de cortes.

—¿Qué está pasando? —Preguntó Jackson a su padre.

—Aún no lo sé —contestó preocupado. Me miró un segundo, haciendo que se me pusieran los pelos de punta. —Llévala a su cuarto y no te separes de ella.

Jackson no replicó, aquello no era normal, así que no dije nada cuando cogió nuevamente mi mano y me llevó de regreso al castillo.

Por el rabillo del ojo vi cómo Willem se acercaba a Aleyna y comenzaba a sanar las heridas con sus manos.

No sabía si preguntar todo lo que me estaba pasando por la mente. Jackson andaba de un lado para otro, echándose hacia atrás el pelo nerviosamente. Murmuraba cosas que no entendía. Ya lo había visto así antes y sabía qué era lo que sentía: miedo.

Lo observaba desde la cama, siguiéndolo con la mirada. Soltó un bufido y, por fin, se sentó frente a mí.

—¿Qué está pasando?

Él dudó un segundo.

—No estoy seguro. Ella debe saberlo.

—¿Aleyna?

Asintió.

—Es nuestra vigilante —explicó. —Ve más allá de este mundo y nos avisa de los cambios que se pueden producir. Pero su cara, su expresión... las heridas —me miró con preocupación. —Ha debido ser horrible.

—¿Ella vive en la fuente? —Pregunté con curiosidad.

Una media sonrisa se dibujó en su cara.

—Vive en la fuente, pero no es una fuente normal.

Pensativa e impresionada, imaginé qué habría más allá. Quizá un océano inmenso en el que otros seres como ella convivían.

—¿Y qué hacía Willem antes? He visto que las heridas de Aleyna desaparecían cuando él la tocaba.

—Willem no solo es un protector guardián, también es sanador. Si las heridas no son muy profundas puede curarlas —boqueé, impresionada por las facultades del pelirrojo. —Sabbath también tiene sus habilidades, es rastreador. Puede dar con un destructor a kilómetros de distancia.

—¿Y por qué no ha sentido que había uno atacando a Aleyna?

—Sus habilidades solo funcionan en los sueños y en el plano humano.
Asentí, entendiendo.

—¿Y qué hay de Maximillian?

Jackson sonrió.

—Él tiene bastante con ser general. Aunque si tuviera que resaltar algo en él es su habilidad en la lucha. Resulta ser un gran aliado cuando hay que pelear.

—Nunca imaginé que el mundo de los sueños fuera tan...

—¿Raro?

—Extraño.

Que existieran seres oscuros que absorbieran sueños ya era increíble, pero que hubiera protectores que lucharan contra ellos con su cuerpo y sus habilidades ya era demasiado para asimilar de golpe.

Jackson me sacó del ensimismamiento animándome a ir con él para buscar a Avalon y descubrir qué estaba pasando.

Esta vez fuimos al despacho directamente. Serguei nos abrió la puerta del mismo y nos invitó a entrar.

Dentro ya estaban todos. Hilaria miraba por la ventana, abstraída en sus pensamientos. Avalon estaba sentado en la silla de cuero que había detrás del gran escritorio de madera oscura. Eché en falta a Willem, pero imaginé que seguiría sanando a Aleyna.

—Esto es serio —comenzó a decir Avalon con una templanza envidiable. —Hurón ha mandado varios destructores.

—¿Con qué propósito? —Preguntó Jackson.

Todos me miraron, pero Hilaria fue la que habló.

—Amelia, ¿recuerdas que hubiera alguien más aparte de ti y ese destructor en aquella pesadilla?

Negué con la cabeza.

—Entonces, Aleyna está en lo cierto —murmuró Avalon.

Jackson se tensó y se aproximó a su padre.

—¿En lo cierto de qué?

—Maddox, el hermano pequeño de Hurón, fue quién la atacó —explicó Avalon. Si un destructor te toca, una electricidad te invade y él se vuelve más poderoso, pero si no alcanza a destruir lo más importante...

—...muere —susurró, atemorizado Jackson.

Avalon asintió sin cambiar el gesto de su rostro.

Yo miraba a todo el mundo sin entender qué consecuencias podría

acarrear ese hecho.

—Al no tocar su cabeza, se debilitó tanto que murió —explicó Hilaria.
—Su error fue ir a por ella solo.

—Tenemos que hacer algo —instó Jackson.

—Creo que es más seguro traer del todo a Amelia aquí —sugirió Sabbath. —La quieren a ella y pueden percibirla porque aún se mantiene en el mundo real.

—¡No! —Gritó Jackson.

—Hijo, está en juego la seguridad de este mundo —rebató su madre.

—Ella saldrá de aquí, queráis o no —contestó, desafiante.

Las voces eran cada vez más altas, la pelea iba a ser tremenda a menos de que alguien diese su brazo a torcer. Avalon no decía nada, se quedó observando la discusión y, tras unos minutos, me miró con profundidad.

—Dejemos hablar a la interesada.

Di un respingo y todos me miraron.

—¿Qué crees que debemos hacer, Amelia? —Preguntó Avalon.

Nerviosa, entrelacé una y otra vez los dedos. Me sudaban las palmas de las manos y el corazón se me iba a salir por la boca de un momento a otro.

—En realidad, no sé qué pasa exactamente, pero yo parezco ser el problema de este contratiempo —hice una pausa. —Tengo dos opciones: la primera es quedarme. Seguramente, sería lo más apropiado y fácil, pero tengo demasiada gente que me espera de vuelta y no sé si puedo renunciar a ellos. La segunda es marcharme. —Miré a Jackson con determinación. Lo que dije me partió el alma. —Creo que tengo que irme. Tengo que intentarlo.

Él sonrió, complacido.

Avalon asintió de nuevo mientras Hilaria se volvió hacia la ventana con los brazos cruzados. Sabbath se metió las manos en los bolsillos, se notaba que no estaba de acuerdo con mi decisión, así como Maximillian.

Tras un gran silencio, Avalon habló.

—¿Es tu decisión final?

—Sí —susurré.

—Supongo que no puedo pedirte que te quedes —le dijo a Jackson.

—No la dejaré sola.

Avalon suspiró y miró a Hilaria, apenado. Sabía cuánto dolor le causaba la posibilidad de perder a su único hijo, pero si él hubiera estado en el lugar de Jackson, habría actuado de igual modo. No podía negarle la capacidad de decidir por sí mismo.

—En ese caso, marchad mañana mismo —determinó Avalon.



Una quietud reinaba fuera del castillo. Ni siquiera los árboles se movían. El silencio gritaba en la oscuridad del jardín que hacía tan sólo unas horas había estado lleno de gente.

Cerré los ojos y aspiré el aroma a jazmín una vez más. Cada esquina de aquel mundo era mágica y única, tan bonita que sabía que intentaría recordarla siempre, aunque me costase horrores poder hacerlo.

Escuché el barboteo de las hojas, el aleteo de un colibrí. Un búho que ululaba, escondido en algún árbol. El silbido del viento, el canto lejano de una guitarra.

Abrí los ojos reaccionando ante ese sonido y busqué de dónde provenía hasta que lo encontré. La luz de la luna llena, plena, perfecta, lucía con todo su poder iluminando a Jackson.

Una foto, por favor, pensé. Sí, una foto. Una para llevarlo siempre conmigo y no olvidarlo.

Sus manos varoniles y jóvenes, frotaban las cuerdas, su pelo tapaba parte de sus ojos, los cuales tenía cerrados mientras tocaba.

Sintió mi presencia y, sin dejar de tocar, me miró taladrándome con su hermosa mirada.

Me senté a su lado.

—Deberías ir dentro —dijo, sin interrumpir la música. —Es tarde.

—Estoy bien aquí.

¿En qué momento me había enamorado? No podía saberlo. Hacía tantos meses que le había estado viendo, tantos y tantos en los que no dijimos nada... Y yo sólo quería que ese momento fuese eterno de verdad pero, como siempre y desde que lo conocí, estaba pidiendo un imposible.

—Ojalá pudiera quedarme —lamenté. Jackson dejó de tocar poco a poco, dejando a un lado la guitarra.

—No pienses en eso —pidió, acariciando mi mejilla. —Debes seguir adelante y vivir. Lo demás no importa.

Su voz quebradiza me rompió el corazón.

Indudablemente, él se equivocaba.

—¡Olvídame tú, porque yo no puedo!

Agarró mi cara con sus manos y tiró de mí hacia él, besándome como la primera vez, con ternura, pasión y necesidad. Como si ese fuese a ser el último beso que me diera.

—Nunca te olvidaré —susurró. —Te amo.

Noté el peso de su cuerpo conforme me besaba y me dejaba caer sobre mi espalda en la hierba. Sus manos recorrían mi cuerpo mientras las mías se perdían en su pelo. Y es que todo daba igual en ese instante. Él me quería y yo le quería conmigo. Supe que jamás volvería a amar como le amaba a él, no de la misma forma, no con la misma intensidad. Así que, lo estreché entre mis brazos mientras me besaba.

Y en el ambiente... mariposas, chasquidos de besos, ternura, juego, pasión, cosquillas. Y más besos y sonrisas. Caricias endulzadas y un baile armonioso en la noche.

Y amor. Amor eterno.

A la mañana siguiente, el sol brillaba impaciente por un nuevo día. Jackson me observaba mientras me cambiaba de ropa en mi cuarto, ajeno a que yo sabía que me estaba mirando. Me coloqué las sandalias y giré hacia él. Apartó la mirada para que creyese que no había estado espionando, pero cuando se fijó en mi sonrisa supo que lo había pillado.

La noche que habíamos pasado había sido mágica e irrepetible, intentaría guardarla en mi alma el máximo tiempo que pudiera.

Y aún quedaba lo más difícil: las despedidas.

Me acerqué a Hilaria antes que a nadie. Ella había estado conmigo desde el primer momento en que llegué a ese mundo y le había cogido un cariño especial.

—Siento no haberme quedado.

—Te echaré de menos —susurró mientras me abrazaba. —Cuídate.

Avalon también me abrazó, pero en silencio y con una sonrisa triste.

—Gracias por todo.

—Siempre serás bienvenida —dijo con sinceridad.

Maximillian, Sabbath y Willem me hicieron una leve reverencia que secundé con otra.

Por último, lancé un beso a Serguei antes de alejarme, de la mano de Jackson, perdiéndonos por el magnífico jardín, dejando atrás la fuente desde la que Aleyna nos decía adiós con la mano.

Y nos fuimos con un insistente «hasta nunca» al cerezo en flor solitario, testigo de nuestro amor y cómplice de una de las últimas noches en las que estuvimos juntos, a la pequeña aldea que rodeaba al castillo, y a todo ese mundo encantado que había hecho mella en mí, fuese a olvidarlo o no.



Haz memoria y piensa en esos sueños en los que corres, pero tu cuerpo no lo exterioriza.

No.

Algo te impide ir rápido pese a que quieres salir pitando. Lo intentas, pero no puedes.

No avanzaba, o esa era mi impresión. Los pies me pesaban como si llevase kilos de peso extra en cada uno de ellos, la cabeza me daba vueltas haciendo que empezase a impacientarme por todas las sensaciones que estaba teniendo.

Apretando el paso todo lo que pude logré llegar hasta Jackson, el cual iba por delante de mí sin descanso. Giró y soltó una carcajada burlona.

—Ya no puedo más —dije a trompicones, me faltaba el aire. — Paremos, por favor. Llevamos rato caminando.

—¡Mira que eres quejica! —Exclamó con sorna. —Tranquila, ya hemos llegado.

Di un respingo, ¿ya habíamos llegado? Eso significaba que en cuestión de minutos tendría que despedirme de él. Para siempre.

Inmóvil, observé a Jackson trepar a una gran roca, desapareciendo después en la cueva que había allí.

—¡Amelia! —Gritó desde la cueva. —¡Ven aquí!

Salí de mi ensimismamiento y me pregunté de qué manera iba a subir. Él era bastante alto, su metro ochenta le facilitaba el trabajo, pero yo casi no llegaba al metro sesenta y no era muy hábil en la escalada.

Se asomó para descubrirme cayendo una y otra vez de la roca. Volvió a reír y bajó a ayudarme.

Colocándose detrás de mí, agarró mi cintura, poniéndose tan cerca que sentí un gran escalofrío. Noté cómo aspiraba el perfume de mi pelo al tiempo que me impulsaba sin dificultad hacia arriba.

Ya arriba, estudié la cueva mientras Jackson se colocaba a mi lado.

Metió la comida y cogió algunas piedras para hacer una fogata.

Iba de aquí para allá sin parar. Yo no sabía qué hacer o qué decir, ¿no se suponía que habíamos llegado?

Chasqueó los dedos.

—Despierta, pequeña —susurró con cariño.

—Perdona. Me siento un poco extraña —mi mareo y cansancio eran palpables en aquel lugar.

—Es por el umbral —dijo, volviendo a la tarea del fuego. —Tú lo percibes de manera diferente a mí. Por eso estás así.

—¿El umbral?

—Es un portal —explicó al tiempo que las primeras chispas de fuego crecían. —El que te hará despertar.

—¿Los destructores viven aquí, en este bosque?

Él me estudió unos segundos antes de contestar.

—No exactamente —me sonrió al ver mi expresión. —Tranquila. En este punto yo puedo sentirlos si se acercan —explicó. Alargó su brazo hasta mí y me abrazó. —Aquí no hay peligro.

—¿Y dónde lo habrá?

—No pienses en eso —susurró. Apartó el mechón que me cubría parte de la cara y lo miré. —Esta noche aún eres solo para mí.

Aquella frase cambió la perspectiva de todo e hizo que mi atención se centrara en él.

Me besó en la frente.

—¿No puedes venir conmigo? —Sabía que no, pero por preguntar no perdía nada.

Él sonrió dulcemente y acercó su cara a la mía. Con los ojos cerrados, ahogados en un gran pesar, se dejó caer vagamente en mí, rozando su nariz con la mía.

—A veces me pregunto cómo será vivir en el mundo real. Me gustaría poder descubrirlo junto a ti.

—No te pierdes nada —contesté sin pensar. —Te pasas la vida luchando, intentando que todo te salga bien. Te levantas, trabajas o estudias, vuelves a casa, te acuestas, duermes... Y después, vuelta a empezar. A veces, por más que lo intentas, no logras nada. La gente en la mayoría de las ocasiones no se entiende y tampoco se quiere entender. Es verdaderamente frustrante. Vives en una completa incertidumbre que te persigue a cada paso. Unos días son buenos, otros no tanto —hice una pausa y lo miré

impresionada. —Es curioso que quiera volver a eso, ¿verdad?

Él se apartó un poco y clavó su mirada en la mía. Mi parrafada lo hizo pensar.

—Yo lo veo emocionante —comentó en un tono frustrado. —¿Sabes lo que es vigilar los sueños ajenos? Algunos no entiendo por qué son considerados como sueños, en serio. —se irguió frente al fuego. —Me hubiera gustado poder decidir qué quería hacer con mi vida. Tengo veinticinco años, pronto mi aspecto se congelará y la eternidad hará que mi vida sea siempre igual.

Sentí pena por él, aunque no había pensado en la posibilidad de que Jackson fuese inmortal.

—Sólo los protectores lo somos —explicó. —Por eso mis padres no aparentan más de veintiséis, porque esa es la edad en la que nuestro cuerpo se congela.

Guardé silencio mientras pensaba que, algún día, yo me haría mayor. Mi cara se llenaría de arrugas y mi cuerpo se marchitaría hasta que no pudiera más, y moriría. Sin embargo, Jackson seguiría teniendo el aspecto que tenía en aquel momento: el de un hombre joven, con músculos marcados y una cara divina y perfecta.

Como lo era una escultura griega.

—Sería genial poder cambiar mi destino —dijo él—, pero debo quedarme... por eso no voy contigo.

Que nombrase al destino me llamó la atención. Nunca fui del tipo de persona que cree que el destino puede cambiarse. Siempre pensé que tu destino es el que es, y que los pasos que das, buenos o malos, son fruto de un plan ya escrito.

Sus ojos verdes me brillaron con intensidad.

—No sabes lo difícil que es para mí irme y dejarte aquí —le dije con tristeza. —Es complicado.

—¿El qué? —me besó cerca de la oreja varias veces.

—El amor que siento por todos vosotros.

Paró para mirarme.

—Sea cual sea el camino que coja, pierdo algo —agarré su mano con fuerza. —No puedo escoger entre la noche y el día, ¿cómo elijo entre algo así? Y ya no es cuestión de elegir. Se trata de hacer lo correcto... yo pertenezco a otro sitio.

Él asintió en silencio y acarició mis labios con los dedos.

Dejamos pasar el rato, mientras el sol se escondía frente a nosotros y la luna se volvía la protagonista en la noche.

Al menos pude ver aquel espectáculo junto a él.

Por última vez.

Llevaba un buen rato sentada en la entrada de la cueva mirando al cielo lleno de estrellas. Pensaba en mi madre, en qué estaría haciendo. Deseaba saber que estaba bien, que no había perdido la esperanza. Quería decirle cuánto la quería mientras sentía su calor en mis manos. Imaginé que la abrazaba y le susurraba que ya quedaba menos, que pronto podríamos vernos.

Giré para buscar a Jackson y lo encontré formando una especie de cama con algunas hojas. De repente, un bicho luminoso pasó por delante de mí volando a gran velocidad, recorrió la cueva nerviosamente de un lado a otro y acabó posándose en el dedo de Jackson como si de un pájaro se tratase.

Él me sonrió al tiempo que dejaba al bichito posarse en el suelo. Éste se quedó inmóvil, alumbrando gran parte de la pequeña cueva.

Nos sonreímos y una estrella fugaz traspasó el cielo.

—¿La has visto? —Preguntó Jackson con entusiasmo.

—Sí —susurré.

—Pide un deseo —dijo, agachándose a mi lado. Cerré los ojos.

Una oleada de cosas pasaron por mi mente. Cosas banales, tontas, absurdas... imposibles. Quise una manera de tenerlo todo, de tener a mi familia y tenerle a él.

Un milagro, un favor. Una oportunidad.

—Ya está.

Abrí los ojos.

—¿Qué has pedido?

—¡Si te lo digo no se cumplirá! —Exclamé, riendo.

—Si te lo digo no se cumplirá —repitió, burlándose de mí.

Le saqué la lengua en plan burlón. Sus manos abarcaron mi cara y me acarició con los dedos las mejillas.

—Quisiera que nunca me olvidaras —pidió en voz alta.

—Nunca te olvidaré.

Ni siquiera mi determinación llegó a convencerle.

—Lo harás —dijo, en un hilo de voz. —Inconscientemente. Siempre pasa.

—A mí no me pasará —contesté, convencida. Jackson no estaba tan seguro.

—Ya se verá.

—¿Apostamos algo? —Intenté quitarle hierro al asunto.

—Prefiero que seas feliz —añadió—, aunque sea sin mí.

Incapaz de soportar su tristeza me acerqué a él y lo besé en los labios, alargando el beso todo lo que pude.

—Te demostraré que te equivocas —sonreí. —Además, estarás presente para verlo. He pedido un deseo y se va a cumplir.

Llegué a creérmelo. Él lo notó.

—Cielo, era sólo una estrella —dijo él.

—Aquí no es sólo una estrella —le guiñé un ojo—, cielo.

Solté una risita y él volvió a besarme.

En ese momento, el bichito luminoso hizo un ruido con las alas hasta que emprendió el vuelo y revoloteó cerca de nosotros. Dio varias vueltas hasta que decidió marcharse y perderse entre las flores.

—Tienes razón —dijo él en voz baja. —No es sólo una estrella. Debería haberle pedido algún deseo yo —avanzó lentamente encima de mí. —O podría hacerlo realidad yo mismo, ¿qué te parece?

Le rodeé con mis brazos mientras él comenzaba a besarme y a rozar cada esquina de mi cuerpo con sus manos.

Miles de besos más siguieron aquella noche. Cientos de ellos que, una vez más, se clavarían en mi alma y en mi corazón.



Apoyado en la pared blanca sintió el frío y la desesperación una vez más. El sol entraba a través de las ventanas. Ni una pizca de aire. Sólo luz.

Si hubiera una luz que te guiara..., pensó Patrick, absorto en la nada.

Debi movía su pierna izquierda nerviosamente, enrollándose un mechón de pelo en el dedo una y otra vez. Siempre lo hacía cuando sentía que el estrés la comía.

Su hijo le hacía compañía en silencio.

Sam entró en la habitación de hospital veloz y fatigado. Respiró con dificultad unas cuantas veces hasta que se recompuso.

—He venido lo más rápido que he podido —dijo entrecortadamente. —
¿Qué ocurre?

—Ni se sabe —contestó su hijo, cabreado. —¡Como de costumbre!

Debi apretó los dientes intentando no oír la conversación, convenciéndose de que esta vez era diferente. Notó que su mente se nublaba. Su pierna dejó de moverse. Todo dio vueltas.

—¿Mamá? —Patrick se acercó a ella, preocupado.

Se levantó ciega, sin ver nada. Dio dos pasos y su cuerpo pesó más que nunca, sus manos picaban. Tenía ganas de dormir.

Sueño. Mucho sueño.

Y se dejó caer. Por suerte su hijo la atrapó antes de que impactase en el suelo. La cogió sin problemas, era un chico fuerte y con grandes reflejos.

Sam corrió a por un médico.

—¡Mamá! —Por más que la zarandeaba su madre no reaccionaba.

En ese momento, Sam llegó con el doctor Matthews.

Patrick se apartó, colocándose cerca de su padre, mientras el doctor le tomaba el pulso a Debi. Una enfermera llegó poco después.

—Traiga un paño con agua fría —ordenó el doctor.

La enfermera salió apresuradamente y volvió al minuto con lo ordenado.

El doctor colocó el paño en la nuca de Debi y se giró hacia los dos hombres que lo miraban atemorizados.

—Tranquilos. Ha sido un desmayo —explicó.

Ambos se relajaron al ver que Debi recobraba la conciencia.

—¡Debi! —Exclamó aliviado Sam. Fue a su lado y la besó en los labios. —¡Qué susto nos has dado!

Ceñuda, Debi parecía no entender.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó, desconcertada.

—Un desmayo, señora —contestó amablemente el doctor. —¿Ha comido algo hoy?

—No come demasiado desde hace días —dijo Patrick con tono malhumorado.

—Traiga algo de fruta y una botella de agua —le pidió nuevamente el doctor a la enfermera. Miró a Debi con los brazos en jarras. —Debi, debe cuidarse.

—Procuro hacerlo —suspiró—, pero últimamente no tengo apetito.

—Entiendo que es complicada la situación, pero Amelia la necesita fuerte. Tómese la fruta y descanse.

El doctor salió.

Patrick se echó el pelo hacia atrás con desesperación y agobio. Soltó un bufido y se sentó en el sofá, mirando al suelo.

—Voy al baño —anunció Debi, levantándose.

—¡Yo te ayudo! —Exclamaron al unísono padre e hijo.

—Puedo sola, tranquilos. —Debi alargó las manos para que se sentaran de nuevo. —Sólo ha sido un susto, estoy bien.

Debi desapareció en el baño y Sam miró significativamente a Patrick.

—Dime la verdad, Patrick. ¿Tú qué crees que significa?

Su hijo lo observó mientras pensaba en sus años en Medicina y lo extraño que era todo aquello.

—No lo sé, papá —negó con la cabeza.

—¡Pero ha abierto los ojos! —susurró con fuerza Sam.

—Y los ha vuelto a cerrar.

Sam sintió una gran decepción.

—Cuando el doctor me llamó al móvil me asusté —dijo Patrick con un nudo en la garganta. —Pensaba que me diría que Amelia había...

—Lo sé. —Puso su mano en la espalda de su hijo. —Yo también le temo al teléfono últimamente.

Debi volvió a la habitación y se sentó entre sus chicos. Agarró sus manos y cogió aire lentamente.

—Presiento que esto se acaba —dijo ella, apretando sus manos con más fuerza.

Ambos la miraron, casi sin entender.



Era abrumador ver a Jackson con el torso desnudo. Una manta nos tapaba a ambos, a mí casi por completo, a él de cintura para abajo.

Su cuerpo musculoso tenía un tono claro por la luz de la luna que lo cubría. No fue hasta ese momento que pude ver con claridad el tatuaje. Un puñal, idéntico al que vi en el trono de Avalon Nix, estaba enmarcado con un círculo perfecto en la parte trasera de su hombro, de cuyo mango salían dibujos tribales que brillaban sutilmente.

Rocé el tatuaje.

—¿Por qué un puñal?

—Es el emblema de mi padre —dijo, orgulloso. —Cuando te conviertes en protector te haces el tatuaje, como símbolo de respeto y fidelidad. Además, es con lo que se mata a un destructor en la lucha.

Tuve un escalofrío al imaginarlo luchando. No quería que le pasara nada malo.

Besé su hombro y sonreí, recordando cada caricia que nos habíamos dado. Me pareció curioso que la más maravillosa de las experiencias la hubiera vivido en una realidad distinta. Era ciertamente un sueño.

Giró, poniéndose boca abajo, apoyando la cabeza en sus brazos.

Nos miramos.

—¿Alguna vez te has sentido así? —Le pregunté.

—¿Así, cómo?

—Como ahora.

Pensó un instante.

—Lo cierto es que no —puse los ojos en blanco. No imaginaba a alguien como Jackson sin chicas alrededor. —No me malinterpretes, ha habido otras chicas, pero lo que siento por ti es... único —sonrió. —Aunque hubo una niña a la que le llevaba flores cuando era pequeño que me gustaba mucho, pero aquello no acabó como me hubiera gustado.

Solté una carcajada.

—¡Qué tierno!

—Creo que ella no pensaba lo mismo —me guiñó un ojo.

—Si me trajeras flores, me sentiría la chica más especial del mundo —
susurré.

—Te llevaría flores cada día, entonces.

Ojalá, pensé.

No por las flores, sino porque él sería real.

Rozó la comisura de mis labios y yo moví la cabeza en su dirección. Me besó tiernamente, primero en los labios, luego en la mejilla.

Rodeó mi cintura y sentí un escalofrío, él siempre producía ese efecto en mí cuando me tocaba o estaba cerca.

Hubiera querido congelar ese momento, tener la seguridad de que algún día podría recordar esos ojos verdes mirándome con incansable amor y cariño, pero sabía que cuando todo terminase su recuerdo se desvanecería.

Aquello dolía más que nada, no todos los días encontrabas a alguien a quien amar y que te amase.

—Se me hace raro no poder saber qué piensas.

Sonreí.

—No pienso en nada en especial.

—A mí no me engañas.

Me encogí de hombros.

—Pensaba en lo guapo que eres. En que quisiera tener una foto tuya —
susurré.

Jackson guardó silencio un momento y acarició mi cara.

—Es mejor así. No sabes lo difícil que sería si pudieras recordarme.

—A lo mejor sí puedo hacerlo —dije, esperanzada.

Él negó tajantemente con la cabeza.

—Eso nunca ha pasado —se entristeció. —En cambio, yo te tendré presente en cada momento. En cierto modo, me gustaría estar en tu lugar.

—Puede que para otros haya sido así, pero no para mí —seguí empeñada en mi idea, sin descanso. —Yo te amo de verdad.

Sus ojos brillaron con una esperanza fugaz.

—Mi dulce Amelia —susurró. —Yo sí que te amo.

Volvió a besarme. Primero en los labios, luego la nariz, la frente, el cuello... Sabía que una gran parte de mí se quedaría allí, debajo de esa manta. Para siempre.

Los rayos del sol me cegaban cuando abrí los ojos. Giré, buscando a Jackson, pero no estaba donde debía haber estado.

Me vestí y salí de la cueva bastante hambrienta. Cuando me asomé quedé fascinada por el maravilloso lugar que me rodeaba.

Árboles jóvenes de hojas verdes, flores de mil colores y un pequeño río daban vida a la estampa. Todo aquello se separaba con una línea imaginaria tras la cual los árboles, flores y ese mismo río, como si de un espejo defectuoso se tratara, se veían oscuros, macabros y horribles. Muertos. Si algún animal habitaba la zona en la que yo me encontraba, estaba segura de que no atravesaría esa línea.

Bajé con cuidado de la cueva, agarrándome bien y estudiando meticulosamente dónde colocar mis pies.

Una vez abajo, volví a fijarme en la lejanía mientras un escalofrío corría por todo mi cuerpo.

—Es la cara y la cruz —dijo Jackson detrás de mí. —Lo bueno y lo malo tan cerca que casi pueden tocarse.

—¿Tenemos que ir allí?

—Sí —se acercó.

Me ofreció el desayuno, una bolsa llena de frutas y agua.

Cogí una manzana.

—No parece muy seguro... —murmuré.

—No lo es —no se molestó en ocultar la realidad. —Debemos ser rápidos en el momento en que lleguemos.

Me estremecí.

—Tranquila, todo saldrá bien.

—¿Cuándo nos...?

No pude terminar mi pregunta.

—Hoy mismo —suspiró. —Ahora mismo.

Mi corazón dio un vuelco. Asentí y me senté cerca del río. Metí los dedos en el agua, sintiendo el fresco y la suavidad de su movimiento. Estuve allí largo rato luchando contra el yo que me pedía a gritos que me quedase con él. Pero ya había tomado la decisión de irme aunque me negase en rotundo a decirle adiós a Jackson.

Él comenzó a recogerlo todo y se preparó para el corto viaje que nos quedaba. Me pregunté cómo sería el momento en el que atravesase el umbral, dejándole atrás... ¿realmente podría hacerlo?

De repente, noté que me tocaban el hombro.

—Pequeña. —Miré a Jackson con un nudo en el estómago que se intensificó cuando dijo: —Tenemos que irnos.

Tomé fuerzas y me levanté con su ayuda.

—Toma. Ponte esto —me dio una chaqueta. —Puede que tengas frío.

—Pero hace calor —protesté.

—A este lado sí.

Miré el cielo azul de nuestro lado y el cielo gris del otro. Obedecí y comenzamos a caminar en dirección a aquella pesadilla.

Conforme nos acercábamos a la línea invisible, sentía más ganas de dar media vuelta y correr hasta el castillo junto a Avalon Nix, Hilaria y el resto. Imaginé que llegaba y les pedía que me ayudasen a quedarme definitivamente. Jackson se enfadaría, pero al final se sentiría feliz por estar a mi lado.

Me obligué a no seguir pensando, debía centrarme en el plan, en mi decisión principal y única: volver a casa.

Al cruzar la línea, un frío venido de la nada me inundó de pies a cabeza. Envolví el cuerpo con mis brazos para paliarlo, pero era imposible, se había colado dentro de la piel hasta llegar a los huesos.

—Este frío puede congelar a quien sea —murmuró Jackson. —Es estremecedor.

Asentí con la cabeza.

—Démonos prisa —cogió mi mano y apremió para que corriésemos.

Tras unos minutos, Jackson paró en seco delante de unos arbustos secos. Me echó un vistazo, serio, con la mirada traspasada por el desamparo y la tristeza.

—¿Qué ocurre? —Pregunté, inquieta.

—Ya hemos llegado —su voz quebrada partió mi corazón en dos. —El umbral está ahí mismo.

Señaló dos árboles caídos uno hacia el otro, formando una equis casi perfecta.

—Yo... —bajó la mirada. Podría jurar que estaba a punto de llorar. Tragó saliva —Hasta aquí puedo llegar.

—¿Tenemos que despedirnos ya? —Se me escapó un sollozo.

Asintió.

—Venga, pequeña. Odio verte llorar.

Lo abracé tan fuerte como pude y él me correspondió.

—No quiero tener como último recuerdo esta imagen —me dijo. —
Sonríeme una vez más, Amelia. Por mí. Ilumíname como lo haces siempre.

Esforzándome todo lo que pude, tragué fuerte y fingí una sonrisa que no llegó a mis ojos llorosos.

—Lo siento, no puedo —sollocé.

Poniéndome de puntillas, lo rodeé con los brazos y lo besé con profundidad y rebeldía.

—¡Vente conmigo! Le supliqué.

—Ojalá pudiera.

—Sólo tienes que acompañarme. Crucemos juntos el umbral —clavé mis ojos en los suyos en forma de ruego. —Por favor, ven conmigo.

Jackson se debatía en una terrible indecisión cuando un crujido venido desde los matorrales desvió su atención. Ambos miramos hacia la oscuridad sabiendo que alguien nos acechaba. Era tan palpable que me atemoriqué de verdad, como en aquella pesadilla que tuve antes de llegar al mundo de Avalon Nix.

Como surgido de la nada, una sombra apareció con sus ojos amarillentos destellando en la penumbra. Aquella criatura era grande, robusta, la túnica negra le daba un aspecto más aterrador y extraño.

Oímos más crujidos de pisadas a nuestro alrededor.

Jackson me apretó a su pecho y gruñó al más alto de todos.

—Hurón —masculló con odio.

El grandote aplaudió bajándose la capucha. Sonrió, dejando al descubierto unos dientes alargados y puntiagudos. Rio con ganas.

Me quedé helada al verlo.

Pese a tener la apariencia de un hombre normal y corriente, sus ojos eran los de un felino. Sus dientes me recordaron a los de una piraña a punto de atacar.

—Amelia —me susurró Jackson—, no hay tiempo que perder. Cuando te avise correrás hacia el umbral y lo atravesarás.

—Pero...

—No hay discusión que valga —espetó tajante.

Unos diez pares de ojos amarillos nos observaban, unos más cerca que otros. Murmuraban algo, haciendo que mi cabeza diese vueltas mientras el miedo me reconcomía.

—¡Maravilloso! —Exclamó Hurón. —¡Por fin tengo delante al hijo de mi buen amigo Avalon Nix!

—Dudo que lo que os une llegue a parecerse a la amistad —gruñó Jackson, poniéndome detrás de él.

La criatura movió la cabeza hacia mí y sonrió más ampliamente.

—Ni la mires, maldito bastardo —ordenó Jackson, desafiante.

Se movió hacia nosotros, ignorando a Jackson.

—¿Me lo vas a impedir tú? —Rio burlonamente. Levantó los brazos, señalando al pequeño ejército que había traído con él. —Creo que estás en desventaja.

Hurón gruñó al ver cómo Jackson intentaba custodiarme hacia el umbral. Se movió rápido y Jackson me miró de reojo.

—Hazlo ahora, Amelia —me susurró.

—¡No! —Contesté bajito.

Me fulminó con la mirada.

—Si no te marchas ahora moriremos los dos, pero si te vas al menos podré pelear sabiendo que tú estás a salvo.

Hurón seguía aproximándose junto con las demás criaturas.

En ese momento vi cómo eran los destructores realmente. Aunque en las pesadillas parecen seres de color oscuro, no eran tan diferentes a cualquier persona en apariencia, exceptuando por los dientes afilados y el amarillo de los ojos.

—No quiero dejarte solo.

Jackson suspiró irritado. Agarró mi brazo, me echó a su hombro y corrió hacia el umbral. Quisiera o no, él me iba a obligar a traspasarlo.

Hurón siguió avanzando, junto con los demás destructores, que caminaban deseosos de poder capturarnos. La seguridad del triunfo se reflejaba en sus rostros hambrientos y asesinos.

Jackson me bajó y yo bufé. Señaló los arbustos en forma de equis.

—Ahora. Atraviésalo —ordenó.

Negué con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—Te lo ruego —pidió él. —Por mí. Hazlo.

Lo miré con desesperanza.

—Te empujaré si es necesario —espetó.

—¿Cómo sé que estarás bien? —Pregunté llorando y temblando.

—Simplemente confía en mí.

Hurón gruñó al ver que estaba tan cerca del umbral. Me acerqué a Jackson, besándolo una última y dolorosa vez.

—Adiós —susurré.

—Adiós, pequeña —dijo entrecortadamente.

Me giré con todo el dolor de mi corazón, pero ya era demasiado tarde.

—¿A dónde crees que vas, preciosa? —Masculló Hurón delante de mí.

Fue entonces cuando todo pasó a una velocidad de vértigo.

Alzó sus manos para tocarme. Con un solo toque todo mi ser sería suyo y yo quedaría reducida a la nada.

Jackson corrió como un rayo y sacó un puñal de plata de una de sus botas. Dos destructores se abalanzaron sobre él, pero los esquivó y clavó el puñal, primero en la espalda de uno y luego en el pecho del otro. Ambos desaparecieron, rompiéndose en mil pedazos. Hurón los miró y rugió de odio.

Me miró con desdén, abofeteándome una vez. Caí desorientada, con una sensación de ardor en la mejilla y la respiración entrecortada. Jackson llegó hasta mí y justo cuando Hurón iba a cogerme, se interpuso y rasgó su mano con el puñal.

Hurón gritó de dolor.

—¡Maldito desgraciado! —Rugió, mientras Jackson me levantaba del suelo.

Jackson tiró de mí con delicadeza y rapidez, poniéndome a un paso del umbral.

—Te amo. Nunca dejes de soñar... —susurró en mi oído, al tiempo que me daba un pequeño empujón hacia la luz que destellaba entre los arbustos en forma de equis.

Incapaz de poder contestarle o de poder moverme, lo último que vi fue a Hurón y sus secuaces abordando a Jackson por la espalda.

Su grito de dolor se filtró por mis oídos antes de que despertara agitada y confundida.



—¿¡Qué es lo que pasa!?! —Gritó Debi, llena de nerviosismo.

El doctor Manny Matthews intentaba por todos los medios calmarla, mientras que varias enfermeras atendían a Amelia en la habitación.

Algo había pitado de manera constante en una de las máquinas que tenía conectadas al cuerpo. Seis enfermeras y el mismo doctor Matthews habían acudido rápidamente. Su familia esperaba en el pasillo, por petición del doctor.

—¡Exijo que me digan qué pasa con mi hija! —Gritó, alterada. —¡Ya no puedo más!

El doctor Matthews suspiró, incapaz de poder explicar qué estaba pasando realmente.

—Doctor, le necesitamos —dijo una de las enfermeras desde el marco de la puerta de la habitación.

El hombre asintió y miró una vez más a esa pobre gente llena de preguntas y dudas que ni siquiera él podía contestar. Todo era demasiado extraño.

—En seguida les informo —les dijo, con toda la tranquilidad que pudo. —Mientras, permanezcan aquí, por favor.

Volvió a la habitación, dejándolos sumidos de nuevo en la desesperanza y la incertidumbre. Vulnerables, ante todo.

No llores. Cálmate. Todo irá bien, se decía Debi.

Sam envolvió su mano en la de ella y ambos se miraron exhaustos, atemorizados por su hija.

Patrick se dejó llevar, al tiempo que las lágrimas caían rápidas por sus mejillas. La angustia por su hermana lo consumía. Thomas lo abrazó, haciendo que Patrick llorase con más fuerza. Era la primera vez que lloraba delante de alguien que no fuese Amelia.

—Calma —susurró Thomas en su oído. —Todo irá bien, mi amor.

—Sácame de aquí —pidió ahogadamente Patrick.

Thomas asintió, agarrándolo de la mano. Pasaron el hall principal y llegaron al exterior del hospital. Patrick soltó su mano y caminó un par de pasos más adelante, respirando el aire, intentando calmarse.

—¿Te encuentras mejor? —Preguntó con inseguridad.

Patrick giró. Su cara estaba mojada por las lágrimas. Volvió hacia Thomas y lo abrazó con fuerza.

—Tengo suerte de tenerte conmigo —le dijo al oído.

—Estaré siempre que me necesites —contestó Thomas.

Patrick envolvió con sus manos la cara de Thomas, y lo besó dulcemente en los labios.

—Te amo.

—Y yo a ti.

Se sonrieron, pero la oscuridad nubló el rostro de Patrick nuevamente cuando vio a su padre atravesar la puerta de entrada al hospital.

Thomas se giró y vio cómo Sam se acercaba nerviosamente a ellos.

—¿Qué ha pasado?

Patrick casi se desmaya al ver a su padre llorar.

—¡Ha despertado!

Todo daba vueltas, la habitación, las personas, la luz, la camilla. Sudaba a mares cuando, al despertar, gritó. Miró a la gente que la rodeaba y quiso cerrar los ojos de nuevo. Lo hizo.

Jackson..., pensó, rota por dentro.

—Amelia, mi amor —Debi le acarició la mejilla, sollozando. —Has vuelto.

La intentó abrazar mientras lloraba desconsoladamente, pero Amelia se movió inquieta y quiso zafarse del abrazo.

—¡Tengo que volver! —Gritó. —¡Él está en peligro!

Sam, Patrick y Thomas llegaron y observaron cómo Amelia intentaba escaparse mientras varias enfermeras la contenían.

Patrick apartó delicadamente a las enfermeras y sujeto la cabeza de su hermana, forzándola a mirarlo.

—Amelia —la forzó a mirarlo—, tranquila. Soy yo, Patrick.

Amelia dejó de luchar mientras sus lágrimas invadían su rostro. Miró a su hermano, primero como si fuera un extraño y, después, reconociéndolo poco a poco.

—Patrick... —susurró.

—Sí, cariño —dijo él. —Estás en casa.

Su llanto bramó de desesperación al verse confirmado su miedo. Ella había vuelto, pero Jackson se había quedado atrapado en aquel mundo, mientras Hurón lo destrozaba a saber de qué forma.

Se lanzó desconsoladamente a los brazos de su hermano y lloró ante los ojos atónitos de todos los que la rodeaban.

Patrick no entendía por qué lloraba de aquella manera, quiso creer que era de emoción, pero esa forma de desahogarse, tan fuerte y desesperada, parecía más bien una lucha interior.

Debi lloró al ver a su hija así. Lo atribuyó al susto. Sin poder aguantar un minuto más, fue hacia sus hijos para abrazarlos.

Amelia temblaba y apretaba los puños clavados en el pecho de su hermano, con una rabia desbordante y absorbente.

Necesitó unos minutos para recomponerse hasta que, sentada en la cama, dejó de llorar.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —Preguntó, cabizbaja.

—Dos meses —contestó su padre.

Dio un respingo. Para ella, habían sido apenas unos días.

Tomó aire y se frotó la cara. Todo ardía dentro de su cabeza mientras notaba un puño en la boca del estómago que supo no desaparecería en mucho tiempo.

—Descansa un poco —le aconsejó el médico. —Son demasiadas emociones.

Ella asintió y se hizo un ovillo en la cama, tapándose con las mantas, de espaldas a todos.

Patrick se acercó a ella y cogió su mano.

—Procura despertar pronto —susurró, sonriendo. —Estaremos aquí cuando despiertes.

Amelia besó la mano de su hermano y se giró en la cama, mirando a sus padres.

—Te quiero, Amelia —dijo su madre.

—Yo también —susurró, antes de volver a dormirse sumergida en una gran tristeza.



La ventana daba golpes contra la pared una y otra vez debido al frío viento.

Una, dos, tres veces más.

Golpes prolongados, acompasados, acompañados por el chirrido de la puerta entreabierta que daba a la entrada principal de la conocida casa. Golpes que retumbaban en mi cabeza con cada choque.

Caminé a través del porche con recelo, dando pequeños pasos, mirando a mi alrededor sin descanso. Llegué hasta el pomo de la puerta. Sólo tenía que tirar de ella y se abriría del todo, aunque más que querer abrirla, quería cerrarla.

Agarré el pomo y sostuve la puerta para que dejase de chirriar. La madera estaba desgastada, todo había envejecido, como si hiciese años que nadie habitaba el lugar.

La hiedra cubría gran parte de la fachada, tapando el color que había tenido hacía un tiempo. Parecía sujetar la estructura de la casa, sosteniéndola con el egoísmo más austero.

Cogí aire.

Ya no había música. La vida se escapó de aquellos muros.

Empujé la puerta y entré lentamente. Sentí una electricidad aplastante y tuve que dejarme caer de rodillas en el suelo. Froté mi cara, intentando entender por qué estaba allí, dónde estaba Jackson o qué iba a pasar.

Me incorporé y recorrí la sala vacía, casi a oscuras. Una claridad se distinguió en el fondo del salón. Salí corriendo en dirección al pequeño foco de luz que entraba por la ventana.

En un parpadeo lo vi allí. Lo tenía cerca, a mis pies. Incapaz de moverme, emití un grito ahogado. Me tapé la boca con la mano temblorosa.

—¿Jackson? —Susurré con horror.

No se movía, estaba tumbado en el suelo, con una expresión serena en el rostro. Su ropa estaba destrozada, arañada, dejando ver la multitud de heridas profundas y rezumantes de sangre que tenía por todo el cuerpo.

Me arrodillé a su lado. Pensé en tocarle, pero no sabía dónde. El temor por hacerle daño palpitaba en mi mente. Armándome de valor, puse mi cabeza en su pecho para comprobar si su corazón latía.

Estaba frío. Helado.

Contuve las lágrimas e intenté serenarme, de esa forma podría escuchar sus latidos.

Pero su corazón no latía.

Sin levantar la cabeza, agarré una de sus muñecas. No había pulso.

—Jackson —sollocé, incorporándome para mirarlo.

No te vayas, quédate conmigo, pensé.

Cerré los ojos y lloré con fuerza, desesperada y afligida, sintiéndome culpable por lo que había pasado. Él había muerto por mi culpa, si yo hubiese cruzado el umbral antes habría tenido posibilidad de salvarse.

Cuando abrí los ojos, di un respingo al ver que él no estaba tendido en el suelo y que ya no estábamos en la casa. Giré sobre mí misma y vi el bosque horrendo y muerto donde Jackson me había llevado para salvarme.

Grité, sin poder creer lo que estaba viendo.

El umbral brillaba sin cesar mientras Hurón se acercaba a una copia exacta de mí misma. Me vi tambaleándome justo después de la bofetada que Hurón me había dado, mientras Jackson corría para ayudarme a escapar. Lo vi colocarme en el umbral. Caí y desaparecí.

Pero no entendía nada.

Estaba viéndolo todo como una espectadora. Jackson y Hurón no podían verme, ni siquiera sabían que estaba allí.

Hurón y sus destructores se aproximaron a Jackson. Fue Hurón el primero en actuar. Le desgarró la camisa, arañando su pecho con violencia.

Jackson gritó de dolor.

—¡No has debido hacer eso! —Bufó Hurón.

Jackson le dio una patada, levantándose, aferrado al puñal de plata. Los destructores dieron un paso atrás, parecía que aquella arma era letal con ellos y no querían arriesgarse.

Hurón rio, aprobando el juego de la lucha. Para él iba a ser divertido, sabía que tenía todas las de ganar. Se agazapó, sacando a relucir unas uñas afiladas y letales.

Sus ojos amarillos se estrecharon con frialdad, sediento de sangre.

Supe que no se contentaría con robarle cada sueño y deseo que pudiera tener, iría mucho más lejos, dejándolo seco.

Se movió muy rápido y Jackson intentó clavarle el puñal, girando sobre sí mismo, pero no lo consiguió.

—Muchacho, deberías haber aprendido que un simple protector de sueños no podría conmigo —sonrió y gruñó. —Me pregunto por qué te ha dejado venir solo tu querido padre. Estaré encantado de enviar partes de tu cuerpo a su hermoso castillo —soltó una carcajada que me heló la sangre — ¡Sí! ¡Eso lo destrozará!

La respiración de Jackson era débil debido a los pequeños toques que los destructores le daban. Pequeñas descargas que minaban su fuerza y su resistencia, pero él no se iba a dejar caer tan fácilmente.

Acuchilló a varios de ellos y éstos gritaron en rebeldía. Entonces, Hurón rozó la mejilla de Jackson, haciendo que cayese al suelo de rodillas. Incapaz de controlarse a sí mismo, soltó el puñal y se sostuvo con las manos en el suelo. El sudor caía por su cara, sus labios morados por las descargas tiritaban de dolor. Alzó la vista lentamente y vio a Hurón arrodillado cerca de él, mirándolo burlescamente.

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿No puedes respirar? —Cogió el puñal de plata, poniéndolo frente a él. —¿Ya no quieres pelear?

Los pulmones de Jackson no respondían. Su piel se volvió pálida, quebradiza.

—Deberías estar agradecido. Había pensado en dejar seca a la estúpida de tu novia, pero ella ya no sirve para nada —masculló Hurón. —Sin embargo, tú servirás de mucho a mis chicos. Ellos sabrán qué hacer contigo. ¿No te parece un buen trueque?

—Que. Te. Jodan —gruñó Jackson, casi sin aliento.

Hurón bufó.

—Respuesta incorrecta —le susurró al oído, empujándolo de una patada.

Jackson cayó boca arriba, gritando nuevamente de dolor cuando Hurón fue hacia él y colocó sus manos en la cabeza.

Mi cuerpo se paralizó, quería moverme, pero había una fuerza extraña que me lo impedía. Lloré de impotencia.

Hurón cerró los ojos mientras absorbía su alma, con un gesto de satisfacción.

En ese momento, oí un ruido ligero que fue acentuándose cada vez más. Mi cabeza buscó el sonido hasta que divisé de dónde provenía.

Una flecha afilada de plata volaba desde la profundidad de los árboles a

toda velocidad. La seguí con la mirada y me sobresalté al ver cómo impactaba en el hombro de Hurón.

La electricidad de sus manos se disipó mientras sus secuaces se dispersaron.

Avalon Nix surgió caminando a grandes zancadas hasta llegar a ellos. Sin miedo, se plantó frente a él junto con Maximillian, Sabbath y Willem.

Maximillian comenzó a luchar con maestría, tal como Jackson me había dicho. Se movía con soltura, apuñalando a los destructores sin casi parpadear.

Sabbath y Willem cubrían a Jackson, matando a todo aquel que se acercaba.

Se movían con una anticipada preparación para luchar, lo cual les hacía aparentemente invencibles.

Los destructores sonrieron ante el giro de la situación, parecían complacidos por la presencia de Avalon y sus protectores guardianes.

Willem resultó ser letal pese a sus rasgos dulces y tiernos. Mató a tres de golpe en medio segundo.

Sabbath descargó toda su furia cada cual que se ponía delante de él, apuñalando incansablemente a diestro y siniestro.

En cinco minutos, los destructores eran polvo. Sólo quedaba Hurón por ser destruido.

Avalon se aproximó a él. Hurón lo miró con soberbia, listo para el final.

—¡Adelante, mátame! —Gruñó Hurón. —Pero él ya no es nada, mi muerte no te devolverá a tu hijo.

—Maldito bastardo —masculló Sabbath.

Avalon le hizo un gesto para que se calmara y se acercó más a Hurón.

—Eres un ser despreciable —dijo.

—Da igual lo que hagas, Avalon Nix. Mis secuaces saben muy bien qué hacer si muero, mi legado no morirá conmigo.

—¡Oh, no te voy a dar esa satisfacción! —Exclamó Avalon. —Te voy a mandar a un lugar donde nunca, nadie, podrá encontrarte. Tu desesperación no será oída, tus súplicas no serán escuchadas. Vivirás en un infinito infierno que te reconcomerá día y noche sin posibilidad alguna de salvarte.

Los ojos de Hurón se abrieron tanto que casi se le salen de las órbitas cuando vio el colgante que Avalon llevaba en el cuello. En él, el emblema del puñal plateado resplandecía cuando lo acercó al cuerpo de Hurón. Éste gritaba, intentando zafarse del agarre del Willem y Maximillian, que lo sostenían con fuerza. Sabbath se acercó a Jackson y comprobó su pulso.

El emblema absorbió a Hurón lentamente, atrapándolo en el colgante. Lo último que se oyó fue un quejido de dolor antes de desaparecer por completo.

Avalon suspiró y echó un vistazo a sus luchadores. Luego miró a su hijo. Willem examinó sus heridas mientras Avalon se acercaba y tocaba su frente con ternura.

—Saquémoslo de aquí —ordenó Avalon.

—¿Y Amelia? —Preguntó el Maximillian.

Avalon miró el umbral sin luz. Sonrió.

—Ella está salvo.

A grandes zancadas, desaparecieron entre los arbustos secos.

No pude sentir otra cosa excepto dolor y decepción pese a saber que habían derrotado a Hurón.

Jackson había dado su vida por salvarme y eso jamás podría perdonármelo.



Llovía. Llovía demasiado.

La fingida felicidad que tenía delante de mi familia se disipaba cuando estaba sola en mi cuarto. Mi vida se había convertido en una interminable obra de teatro en la que actuaba pretendiendo ser la Amelia que una vez fui.

Llevaba tres días fuera del hospital, por fin podía dormir en mi cama, con intimidad para pensar y reflexionar.

Mis abuelos paternos, Linda y Anthony, habían venido a verme. Mi abuela me había comprado un ramo de girasoles, mis flores favoritas, y lo había puesto en un bonito jarrón verde esmeralda. Daban a mi habitación un toque de vida que, en realidad, yo no sentía.

Mi abuelo me pasó de contrabando una caja de bombones, pero Patrick los descubrió y exigió una parte por «unión consanguínea» así que, ese regalo, se evaporó en un santiamén.

El silencio de mi habitación era ensordecedor. Pensé en poner en el radio un CD de Green Day, pero mamá habría entrado pidiendo que lo quitase con el pretexto de que debía descansar. Me tumbé en la cama mirando al techo.

De repente, alguien llamó a la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Sylvia —mi voz denotó la sorpresa por verla.

—Tu madre llamó a casa para decir que estabas de vuelta —dijo ella, no muy segura de cómo la recibiría después de todo.

Me incorporé y sonreí. Se hizo un silencio. Nos miramos unos segundos y ella comenzó a llorar.

—Pero, ¿qué te pasa?

Sorbió. Me acerqué a ella, gateando por el colchón.

—Creía que no volvería a verte así —sollozó.

La abracé y ella me correspondió inmediatamente.

—Lo siento mucho, Sylvia —le dije, acariciando su cabello caoba—.

No llores, he vuelto para quedarme.

—Te quiero mucho, Amelia —dijo entre hipitos. —Eres como una hermana para mí.

—Yo también te quiero —la apreté entre mis brazos, besando su coronilla. Ella se calmó y sonrió ampliamente, limpiándose las lágrimas.

—Christian está abajo.

—Sí, imagino —le guiñé un ojo. —Ya me han dicho que vais juntos a todos sitios.

Sus ojos color chocolate brillaban mientras sonreía, con cara de enamorada.

—Tenías razón con respecto a él.

—Lo sé. Me alegro de que te dieras cuenta —sonreí, guiñándole un ojo.

—Le diré que suba —se incorporó. —Iré a saludar a tu madre mientras.

Asentí y, poco después, apareció Christian.

Con las manos metidas en los bolsillos, entró en mi cuarto silenciosamente. Saludó con la mano y no se movió.

Me levanté y me puse frente a él.

—¿No me dices nada?

Él negó con la cabeza, dándome un abrazo tan fuerte que casi me corta la respiración.

—Vas a asfixiarme —solté una carcajada al notar que me apretaba un poquito más.

—Sólo quiero sentir que estás de verdad aquí —contestó, apartándose lentamente para mirarme como si fuera un milagro. —¿Dónde has estado? —la profundidad de su pregunta me congeló.

—No quieras saberlo —murmuré, intentando que no notase lo mucho que deseaba desahogarme.

Agarró mi mano con cariño.

—Me alegro de que hayas vuelto.

—Y yo.

Sentí que una parte de mí decía la verdad. La otra mentía como una bellaca.

Nos quedamos en silencio.

—Así que, tú y Sylvia —le dije tras un rato. Di un golpecito en su hombro. Se sonrojó y asintió, sonriendo encantadoramente. Como un enamorado lo hace. Como Sylvia lo había hecho unos minutos antes.

—Estaba deseando contártelo. —Hubo un silencio que se me antojó

incómodo, hasta que dijo: —Pasamos mucho miedo, Amelia.

Su cara reflejaba el dolor de aquellos meses llenos de incertidumbre.

Recordé a Jackson tirado en el suelo, sin vida, lleno de heridas y sangre. Seguramente, ellos sintieron lo mismo al verme a mí en coma.

—Bueno, ahora estoy bien. Y estoy aquí.

Me decía a mí misma que esa era la única verdad, engañar a los demás era una parte minúscula del plan, ya que lo más complicado era disimular ante mi propia persona.

Me estudió con la mirada, en silencio.

—¿Me vas a contar la verdad?

—¿A qué te refieres? —Pregunté con un hilo de voz.

—Tú no estás bien —fue una afirmación tan segura que sentí un escalofrío. —De salud, quizá. Pero hay algo más, te lo noto.

Tragué con fuerza, la necesidad por sincerarme me invadió. Abrí la boca una vez, dispuesta a contárselo todo pese a parecer una chalada. Justo cuando iba a hablar apareció Sylvia por la puerta.

—¡Hora de comer! —Anunció sonriendo.

Christian se giró, regalándole la sonrisa más bonita que había visto. Los celos me corroían con fuerza. Echaba demasiado de menos a Jackson.

—Bien, vamos —contestó Christian, dándole un beso.

—Yo voy en breve —les dije, fingiendo normalidad.

Christian asintió con la cabeza y me dedicó una significativa mirada de «después hablamos».

Consideré los pros y los contras de contar mi experiencia, y no me costó mucho decidir.

No sabía muy bien cómo iba a superar todo lo acontecido, estar en casa me tranquilizaba y me daba estabilidad. Siempre había sido así. Pero ahora, después de todo, aunque Jackson estaba presente en mi mente de alguna forma, día a día, sentía que todo había sido un sueño. Aquello me daba miedo, porque significaba que él estaba en lo cierto: muy pronto sería un vago recuerdo en mi memoria.

¿Y si acababa por no poder distinguir la realidad de la ficción?

Tres días habían pasado y ya tenía dudas... Jackson era real cuando desperté, pero ahora era una neblina extraña que no encajaba. Y sin embargo, mi corazón seguía latiendo por él.

—Sylvia ya está haciendo planes para el fin de semana.

Me giré para encontrar a Christian parado, justo detrás de mí.

La comida había sido una celebración que, en otro momento y en otras circunstancias, me hubiera encantado. Sin embargo, sentía que me faltaba algo importante. Sabía lo que era, pero prefería no seguir pensando en ello, porque acabaría por volverme loca.

—Lo raro es que no los haya hecho antes —le dije, sonriendo.

Se sentó a mi lado, subiéndose las gafas por el puente de la nariz.

—¿Y bien?

Lo miré, con la palpitante duda de contar todo lo que había vivido. Pero era Christian, con él podía hablar con tanta confianza como con Patrick y Sylvia, así que...

—No sabría explicarlo —suspiré—, es...

—¿Complicado? —Dijo, completando mi frase. Se puso muy serio. — Sabes que a mí puedes contármelo —se acercó y susurró—, ¿es por ese chico de tus sueños?

Di un respingo, nunca imaginé que lo recordase.

Asentí, frunciendo el ceño.

—Ya no tengo claro que él sea real, Christian. Al menos, no en mi cabeza. Sin embargo, mi corazón sabe que sí lo ha sido —ahugué un suspiro—, y estoy enamorada. Es como si en un abrir y cerrar de ojos hubiese algo en tu mente que se estuviese borrando. Quieres pararlo. Quieres que siga siendo real, pero hay algo que te lo impide. Es como estar en un precipicio a punto de caerte, quieres agarrarte a donde sea, pero comprendes que es imposible y que vas a caer. Así que, sin remedio alguno, caes.

Él notó la angustia en mi voz. Lo miré con intensidad.

—Me veo caer, Christian. Y no quiero, porque significará que él no ha existido, ¡pero yo sé que es real!

Varias lágrimas escaparon de mis ojos, las cuales limpié rápidamente. No quería que nadie me viese así y empezase a preguntar. Christian frotó mi espalda suavemente con su mano.

—No tienes porqué olvidarle —me dijo. —Hay cosas inexplicables, cosas fantásticas que no todo el mundo puede experimentar. El hecho de que nadie haya vivido lo que tú no significa que sea mentira. Mírame —me agarró con delicadeza de la barbilla—, si tú dices que él existe, es porque es así.

Negué con la cabeza sin poder parar el llanto. Estaba hecha un lío y él

era el único apoyo real que tenía en aquel momento.

—No sé qué voy a hacer. Hubo complicaciones... Él está... —lo miré desconsolada. —Nos atacaron. Él se sacrificó para salvarme —tragué saliva. —Él ha... muerto.

Me miraba atónito.

—¡Vas a creer que estoy loca!

—Tranquila —me abrazó y yo me aferré a él, sintiendo que lo mejor era soltar todo lo que llevaba dentro de una vez, de lo contrario me consumiría poco a poco.

Quise parar de llorar mientras Christian intentaba consolarme, pero no pude.

En aquel momento entendí que, aunque mi mente no encontrase sentido a lo que sentía, mi corazón había grabado aquel amor a fuego lento.

Y nunca podría olvidarlo.



—¡Amelia, vamos! ¡Llegaremos tarde!

Debi esperaba impaciente a que su hija bajase de una vez por todas.

—¡Ya voy! —Contestó Amelia.

Se miró el vestido azul turquesa largo con corte romano que había elegido para la boda. Aquella mañana había planchado a conciencia toda la ropa y había quedado impecable.

Su hija apareció por las escaleras. Estaba preciosa con el vestido verde mar que Carla, la hermana mayor de Sylvia, había elegido para sus damas de honor.

Amelia sonrió y se miró una última vez al espejo mientras su madre salía de casa y se montaba en el coche.

El color turquesa del vestido le recordó algo que, por más que quisiera, no lograba olvidar. Los ojos verde mar de Jackson acudieron a su memoria borrosos, y sintió un pinchazo en el estómago.

Los sentimientos taladraban su alma cada día.

—¿Te queda mucho?

Patrick salió de la cocina pasando detrás de ella.

—No. Estoy ya.

Su hermano se abrochó los botones de las mangas y se quedó observándola, boquiabierto.

—Estás muy guapa.

—Tú también. ¡Si hasta pareces un caballero!

—¡Lo soy! —Se estiró, orgulloso. Ambos soltaron una carcajada, mirándose con cariño.

—¡Chicos, venga! —Exclamó Debi desde el coche.

—¡Ya vamos! —Contestaron al unísono los hermanos.

La boda de Carla iba a ser en la zona de camping que estaba cerca del muelle. Habían decorado el lugar con rosas rojas y blancas, mientras que una gran carpa blanca se encontraba cerca del lago. Debajo de ella, varias mesas

estaban colocadas concienzudamente, con manteles blancos y unos bonitos centros de mesa hechos con margaritas y velas perfumadas. Una orquesta tocaba música de los sesenta desde el improvisado escenario. Las luces rodeaban el techo de la carpa y la entrada al muelle. También los árboles más próximos habían sido decorados con luces, dando al ambiente el más puro estilo de cuento encantado.

Amelia estaba impresionada por lo bonito que había quedado todo. La novia estaba radiante. Sylvia y Carla se parecían mucho, ambas eran esbeltas, de pelo caoba y muy guapas. Brillaban con luz propia por cada sitio que pasaban, no había nada de superficial en sus gestos o en su manera de hablar. Además, su amiga había cambiado mucho desde que estaba con Christian.

Sylvia corrió hacia Amelia cuando la vio salir del coche.

—¡Por fin! —Le entregó un ramo de tulipanes rosas idéntico al que ella llevaba. —Toma. La ceremonia está a punto de empezar.

Ambas corrieron hacia la zona dónde la misa iba a tener lugar.

—¿Dónde está mi acompañante? —Amelia echó un vistazo hacia la zona donde estaban las damas de honor con los amigos del novio.

—Carla me ha dicho que viene más tarde. Al parecer, ha estado de viaje unos meses y volvía hoy, pero no le daba tiempo a estar en la misa.

Amelia frunció el ceño.

—¿Qué? —negó con la cabeza. —Me refiero a mi hermano. Él es mi acompañante.

Sylvia sonrió a modo de disculpa.

Oh, oh..., pensó Amelia.

—Emmm... no —sabía que a su amiga no le estaba haciendo gracia la noticia. — Cambio de planes. Patrick dijo que su acompañante sería Thomas, así que...

—¿Y cuándo ibais a decírmelo?

Vale, aquello no le hacía ninguna gracia.

—¿Ahora...? —ni su sonrisa *Profident* podrían borrar su enfado.

Amelia soltó un bufido.

—Genial —gruñó. —Entonces, tendré que ir hasta el altar yo sola.

—Tranquila, Chris nos llevará a ambas —le guiñó un ojo. —Está todo bajo control.

Se relajó un poco al oír aquello, pues atravesar el camino sola le daba vértigo. Patrick sufriría una buena reprimenda por haberla dejado tirada.

Un rato después, estaba hasta los topes. La comida del banquete había sido abundante. Al principio, los nervios por ponerse en la mesa larga con los novios, el resto de las damas de honor y los acompañantes de cada una de ellas, no le había gustado demasiado. El asiento que debía ser de su acompañante estaba vacío todavía. Se sentía un poco desplazada, todas las chicas de su mesa hablaban acarameladas con sus respectivos chicos.

Los novios habían comenzado el baile hacía rato. Se miraban con complicidad y amor, sus sonrisas eran dulcemente empalagosas, típicas de los recién casados.

Una envidia sana palpitó en ella pensando que desde hacía cuatro meses no se sentía como ellos se estaban sintiendo.

Detrás de su determinación por seguir adelante seguía en ella el sentimiento claro y obstinado de que Jackson sería siempre el amor de su vida.

Bailó con Christian y Thomas con ánimo, quería pasarlo bien ante todo.

El último que le pidió un baile fue Patrick, quien se acercó tímido, con una acentuada sonrisa en la cara.

—No estás enfadada, ¿verdad?

Su hermano llevaba escrito en la mirada un «PERDÓNAME» gigantesco.

Ella miró hacia otro lado.

—Anda, hermanita...

—Está bien, Patrick. No estoy enfadada —lo atrajo hacia ella todo lo que pudo—, pero esta me la pagas.

Se miraron un segundo y rompieron a reír.

—Te aseguro que es por causa justificada.

Aquella frase le resultó rara. No entendía cuál podría ser la razón por la que decidiera no ser su acompañante sin haberla avisado anteriormente.

Encogiéndose de hombros mentalmente, Amelia siguió bailando despreocupadamente.

Patrick envolvió a su hermana en sus brazos todo el rato mientras bailaban un par de canciones, hasta que decidió volver con Thomas.

La orquesta se había relajado tras varios temas marchosos, así que ahora tocaban las canciones melosas y románticas.

Amelia se alejó del barullo vigilando que nadie notaba su ausencia. Quería un poco de soledad después de tanta gente por un lado y por otro

envuelta en una espesa nube de amor. De hecho, Patrick y Thomas se hacían carantoñas, Christian y Sylvia bailaban el *I will always love you* que la orquesta versionaba tan bien. Incluso sus padres, Debi y Sam, permanecían bien juntitos y sin quitarse ojo.

¿Qué pasa esta noche?, pensó ella mientras atravesaba el camino de madera del muelle, rumbo al mirador.

Desde que había despertado de su trance no había vuelto allí debido a que sus recuerdos eran pesados e irrevocablemente duros.

Siendo sincera consigo misma, se dijo que no podía seguir así.

Con nerviosismo se agarró a la barandilla de madera que rodeaba el mirador y se quedó parada sintiendo la suave brisa en su pelo.

Suspiró. Últimamente tenía esas reacciones cuando estaba sola. Con cada bocanada de aire sentía que su corazón se achicaba, haciendo que el dolor fuese permanente. Se le contrajo el estómago, el nudo que tenía no la dejaba ser ella misma.

Con determinación, se dijo que debía seguir adelante. Sus llantos cada vez iban a menos, pero eso no significaba nada. En su alma, la sombra de Jackson seguía intacta.

Cerró los ojos.

Sólo una más. Me dejaré llevar una última vez. Después de hoy me olvidaré de él, pensó, mientras notaba cómo las lágrimas caían.

La orquesta seguía cantando la canción. La letra se metió en su alma, dando significado a su desesperanza.

«Pensaré en ti

En cada paso del camino Siempre te amaré...»

Estremeciéndose, su mente borró los resquicios que quedaban de él. Se calmó lo suficiente como para que nadie se percatase que había estado llorando.

Es hora de volver a la fiesta, se dijo.

Se volvió lentamente, observando el lago, que estaba precioso aquella noche gracias a la luz de la luna llena. El agua estaba quieta, serena, tranquila.

Al darse la vuelta del todo sintió una punzada. Sus ojos se abrieron al máximo, su corazón palpitó rápidamente y su cabeza dio vueltas de vértigo.

Tragó con fuerza, incapaz de reaccionar.

—Espero que no estés llorando por mi tardanza.

—¿Qué...?

No puede ser, pensó.

—No he podido llegar antes.

Amelia miraba atónita al muchacho que tenía delante. Se sintió desfallecer cuando vio a Jackson caminar hacia ella vestido con traje de chaqueta y una corbata a juego con su vestido de dama de honor.

—No eres real, ¿verdad? —Preguntó, recelosa. —Estoy soñando de nuevo.

—¿Eso crees? Contestó Jackson, con una amplia sonrisa. —Podría demostrarte que te equivocas.

Otra lágrima.

Por favor, ya no quiero llorar más, se pidió a sí misma.

Se había vuelto loca. Sí, era eso. Definitivamente había perdido la poca cordura que le quedaba. Lo miró y pensó que deseaba quedarse en ese limbo incierto con él. Si eso era la locura la tomaría con gusto sin más.

Él llegó hasta ella. Puso sus manos entorno a sus mejillas y ella cerró los ojos, sintiendo su tacto. Aquello se sentía tan bien...

Amelia lo abrazó por la cintura, aspirando su olor. Después, echó un vistazo a su alrededor. Todo seguía igual, los invitados seguían bailando, ajenos a ellos. Elevó la cabeza, fijando su mirada en sus ojos turquesa.

—Eres tú de verdad —murmuró, atónita—, pero, ¿cómo?

—Cortesía de mi padre —sonrió, limpiando cualquier rastro de llanto en sus mejillas. —Ha decido dar a sus protectores un poder extra, aunque mi caso es algo especial.

Amelia no entendía. Dios santo, él estaba allí. No podía creerlo.

—¿Y cómo es eso?

—Ahora podemos vivir en el mundo real, aunque no perderemos nuestra inmortalidad.

Ella se entristeció.

—Eso significa que yo envejeceré y tú seguirás así —dijo ella.

Él negó con la cabeza.

—Envejeceré igual que tú —susurró él. —Me quedo aquí contigo, Amelia. Pese a todo. Prefiero morir contigo a mi lado que vivir eternamente lejos de ti.

Amelia sentía que su corazón vibraba de felicidad.

—Aunque... solo si tú quieres, cuando llegue el momento, podremos

volver al mundo de mi padre.

Miró a la lejanía, hacia su familia.

—Tranquila, ellos podrán elegir también. Sé lo importante que es para ti eso —sonrió, ladeando la cabeza en dirección a donde ella miraba—, además, he de decirte que Patrick se lo ha tomado bastante bien después de todo.

Amelia dio un respingo. Por eso su hermano le había asegurado que merecería la pena el cambio de planes pero, ¿cuándo se habían conocido?

—Le costó creermelo, pero Christian ayudó bastante en el proceso —dijo él, adivinando sus pensamientos. —Me caen muy bien.

Acariciando su mejilla, Amelia tragó saliva con emoción. Su piel era cálida y suave, mucho más real que en sus sueños.

—Te vi morir —negó con la cabeza, no podía comprender cómo él había sobrevivido al ataque—, soñé contigo y estabas muerto.

—Lo estuve —contestó él, con un suspiro—, o casi. Willem logró curar casi todas mis heridas, pero algunas eran demasiado profundas. Tardé mucho en reponerme —cogió las manos de Amelia, envolviéndolas con las suyas.

—Creí que no volvería a verte...

En ese momento, Amelia vislumbró un tatuaje que no recordaba haberle visto.

Frunció el ceño, curiosa.

Él sonrió, levantándose la manga del traje.

Amelia boqueó al ver, en trazos perfectos, el dibujo de un girasol tatuado en su muñeca izquierda.

—Me lo hice por ti.

La mirada de Amelia brilló de sorpresa.

—Es... precioso —susurró, más emocionada aún.

—Tú eres mi mundo, Amelia, y giraré siempre hacia tu luz, como un girasol gira hacia el sol.

Le costó reaccionar. Aquél simbólico regalo la llenó de dicha, aunque su presencia, después de tantos meses de ausencia, era el verdadero regalo.

Jackson la miró con ternura y rozó su nariz con la de ella.

—Te he extrañado, pequeña —se acercó a sus labios, provocando en ella un escalofrío.

—Yo sí que te he extrañado —lo abrazó con fuerza, besándolo en los labios, volcando en ese beso todo el amor que sentía por él, ilusionada por la vida que les quedaba por vivir, juntos. —Eres, sin lugar a dudas, el chico de

mis sueños.

—Pequeña —dijo él, entrelazando sus dedos con los de ella—, y tú eres la chica de los míos.

La gente tiene sueños. Sueños que alimentan el alma y hacen la vida un poco menos dura. A veces el amor se mezcla con ellos y dan de sí un deleite de sensaciones increíbles.

A veces los sueños están hechos para hacerse realidad...

Y se cumplen.

Epílogo



3 meses después

—Estoy nerviosa.

Amelia se recogió el pelo en una coleta alta. Los mechones castaños de su pelo estaban más claros debido al sol que tomaba casi a diario en el muelle. El verano estaba resultando ser mucho más caluroso que de costumbre, por lo que ella y Jackson, junto a todo el grupo —Patrick, Thomas, Christian y Sylvia— solían pasar las tardes que podían bañándose en el lago.

Jackson acarició la parte interna de su mano para infundirle tranquilidad.

—No lo estés, se van a caer muy bien.

Amelia suspiró. No le cabía duda de que sería así, pero aunque su hermano y sus amigos sabían de dónde venía Jackson, sus padres no. Y no sabía cómo iban a tomarse aquel bombazo.

—El problema es cómo les voy a explicar a mis padres que tu padre y tu madre tienen, aparentemente, la misma edad que tú sin que les dé un patatús...

Jackson soltó una carcajada, abrazándola y besándola en la nuca.

Llevaban como diez minutos frente a la puerta de la casa de los padres de Amelia, esperando a que Avalon e Hilaria aparecieran.

Hacía unas semanas que se habían ido a vivir juntos a un apartamento. Ambos habían conseguido trabajo en una cafetería que estaba muy cerca de la universidad, por lo que podían estudiar y ganar lo suficiente para las facturas.

A decir verdad, le encantaba vivir con ella.

—Ya te dije que eso tiene solución —le acarició las caderas con veneración. Siempre la tocaba con cariño y ternura, y a ella le encantaba—, podemos decir que son mi hermano y mi cuñada. Mis padres lo entenderán perfectamente.

Ella entrecerró los ojos, que con la luz del día parecían más verdes que de costumbre.

—¿Y si se ven más veces? ¿Qué hacemos si, de aquí en adelante, mis padres quieren tener trato con ellos? Se darán cuenta de que no envejecen... —suspiró, recogiendo un mechón que se le había soltado de la coleta. — Además, no quiero engañarles —se acercó a él, abrazándole por el cuello—, quiero que lo sepan todo de ti.

Jackson le clavó sus intensos ojos verdes mar. La besó en los labios, haciendo que sintiera las ya tan conocidas mariposas en el estómago. Sintió cómo su piel se erizaba y cómo su corazón latía con más fuerza.

—Haremos lo que tú quieras, pequeña. Por mí estará bien lo que decidas.

Amelia sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos. Estaba muy preocupada por el tema.

Jackson era tan considerado y complaciente... jamás se hubiera imaginado que acabaría con alguien como él.

Con una media sonrisa, Jackson la empujó suavemente hacia la pared más próxima, apoyando los brazos a cada lado de su cabeza. Ella soltó una carcajada juguetona cuando él empezó a besarla. Él llevó sus manos a sus caderas, haciéndole cosquillas.

—¡Para, por favor! —Rio con fuerza.

—¿Vas a dejar de poner cara de besugo triste?

Ella soltó otra carcajada.

—¡Sí!

Él siguió con las cosquillas.

—¿Sí, qué?

Amelia se retorció.

—¡Sí, lo prometo!

Jackson sonrió victorioso.

Amelia lo miró, sonriendo.

—Todo va a salir bien.

Asintió. Sabía que tenía razón. Jackson siempre la tenía.

—¿Confías en mí?

—Sí —susurró, acercándose a él de nuevo, seduciéndolo con la mirada.

—Pues deja de pensar, y bésame.

Obedeció en el acto, rodeándole los hombros con sus brazos, pegando su cuerpo totalmente al de él. Olía a jabón y a algo que era solo de Jackson,

un aroma tan característico que podría reconocerle con los ojos cerrados.

Dejándose llevar, no fueron conscientes de que estaban acompañados hasta que escucharon un carraspeo.

Jackson se puso recto y Amelia abrió mucho los ojos.

Avalon Nix, en toda su corpulencia y altura, miraba a la pareja con una media sonrisa lobuna. Sus ojos turquesas, idénticos a los de Jackson, destellaban de una forma casi imposible. Hilaria tenía los brazos en jarras. Su cabello, negro azabache, era un manto que se veía casi azul por los rayos de sol.

—Jackson Donovan Nix, ¿qué crees que estás haciendo?

Jackson se llevó la mano a la nuca, nervioso.

—Pues...

Hilaria dio un par de pasos hasta llegar a ellos.

—Estás en la puerta de los padres de tu novia, muchacho, ¿qué pasa si hubieran sido ellos los que os hubieran visto?

Las mejillas de Amelia eran dos manzanas rojas por el rubor.

—Bueno, bueno —comenzó a decir Avalon, saludando a su hijo con un forcejeo muy masculino—, déjalos, mujer. Ni que estuvieran haciendo algo indebido.

Hilaria hizo un mohín de disgusto antes de fijarse en Amelia. Fue hasta ella y la agarró de las manos con cariño.

—Amelia —susurró—, es tan maravilloso verte de nuevo.

Amelia irguió la cabeza, sonriendo.

—Lo mismo digo, Hilaria.

Ambas se abrazaron.

—¿Y para mí no hay abrazo? —Preguntó Jackson, impresionado por el recibimiento que su madre había tenido con él.

Hilaria dejó que Avalon saludara a Amelia y se giró hacia su único hijo.

Estaba más moreno y más corpulento. Se atrevería a decir que hasta estaba más alto, pero supo que todo aquello no era más que el resultado de algo muy difícil de encontrar: la felicidad.

Le dio un apretón cariñoso en el brazo antes de abrazarlo. El beso que le dio en la mejilla fue una caricia muy maternal.

—Te hemos extrañado.

Jackson le dio un beso a su madre en la frente.

—Yo a vosotros también.

Amelia sonrió, aunque los nervios la estaban desquiciando.

—Será mejor que entremos. Mi hermano y Thomas estarán ya dentro —les dijo.

Cuando llamó a la puerta se fijó en que le temblaban las manos. Era una tontería, porque sabía que sus padres afrontarían aquello lo mejor posible, pero no podía evitarlo.

Un sonriente Sam abrió. Amelia supo desde ese momento que su padre se llevaría bien con Avalon. Por supuesto, después de que se le pasara el shock inicial.

Y así fue.

Debió tratar de asimilar la noticia lo mejor que pudo. Le impresionó saber cuál era el origen de Jackson, aunque todos estuvieron de acuerdo en no inquietarla con el tema de los destructores. No valía la pena que se fuera a la cama con miedo cada día.

Después de recoger la mesa, Patrick y Thomas se marcharon a su piso. Amelia les lanzó una mirada de agradecimiento a su hermano y a su cuñado antes de que se fueran. Si no hubiera sido por ellos, no sabía cómo habría sido todo aquello.

Las risas de Sam y Avalon se mezclaban con el cuchicheo de Hilaria y Debi mientras Amelia terminaba de meter los platos en el lavavajillas.

—¿Más tranquila?

Se giró, encontrando a Jackson apoyado en la barra americana de la cocina.

Ella suspiró, asintiendo.

—Mucho más.

Ambos echaron un vistazo a la imagen de sus padres parlotando sin parar.

Amelia sonrió con ganas. Por fin las cosas eran como debían ser.

Jackson la abrazó desde atrás por la cintura, apoyando su cabeza en su hombro. Ella ladeó la cabeza hacia él. Sus labios quedaron a milímetros de distancia.

—Te amo —le dijo ella.

—Y yo a ti, pequeña —respondió él, antes de besarla.

Justo cuando sus labios se tocaron, Amelia lo supo.

Había estado muy claro desde antes de aquel día, pero ahora era tan palpable y real que no cabía duda: había encontrado su destino.

Fin.

Agradecimientos y notas de la autora

«Escribe un libro. Planta un árbol. Ten un hijo».

De momento ya he hecho lo primero. No sé cuánto tendré que esperar para lo demás, pero haber escrito este libro es, para mí, un gran logro y el resultado de un sueño al que le he dado muchas vueltas.

No sé decir cuándo lo empecé. Era tan joven y tan inexperta en esto de la escritura que casi se me hace imposible verlo terminado. Pero aquí está. Y tengo mucha gente a la que agradecerse.

Los primeros, indiscutiblemente, son mis padres. Son muchos los pájaros que tengo en la cabeza. Todo el que me conozca lo sabe. Siempre he querido llevar mi propio rumbo y mi propia forma de hacer las cosas (como buena tauro), y ellos han sido los que han aguantado el tirón. Conmigo. A mi lado. Apoyándome, aconsejándome. Mostrándome el mejor camino para que no me torciera.

Son muchas las cosas que han hecho y hacen por mí. Por todas y cada una de ellas: GRACIAS. Os quiero.

Gracias a Juan Luis, mi hermano (que aunque no de sangre, siempre lo serás), por llamarme en mitad de la noche el día que lo terminaste (sí, lo recuerdo) para decirme lo muchísimo que te había gustado y por ser el primero en leer esta historia. Por nuestro mandala, que representa nuestra amistad.

Por estar ahí, simplemente. En las buenas, en las malas. En todas.

Gracias a mi familia en general, los «cavernícolas» en particular. Mucho de lo que siento por vosotros está volcado en este libro.

Sobre todo, gracias a Salva. Porque escuchas cada historia que me invento, dándome algún que otro consejo ayudándome a mejorarlas. Porque me inspiras la confianza que una vez soñé tener con otra persona. Por levantarte y acostarte cada día y cada noche conmigo. Porque me demuestras con hechos, no con palabras.

Porque me quieres, y aunque a veces no nos entendamos y parezca que no hay salida, siempre, siempre, siempre, encontramos el camino para volver el uno al otro.

Y eso es oro.

Por ser mi destino. Te quiero.

Finalmente, gracias a todos los que habéis leído *En Algún Lugar de tu Mente*. El hecho de que hayáis hecho hueco para esta historia me hace AFORTUNADA, así, en mayúsculas.

Solo os digo una última cosa: Nunca dejéis de soñar.

Sobre la autora



Ailina Shebelle vive en Murcia, España, y *En Algún Lugar de tu Mente* es su primer libro.

Siempre ha sentido la necesidad de plasmar en un papel sus pensamientos y las historias que imaginaba.

Ha tenido varios blogs personales y poesía (el más visitado de ellos fue «La Sonrisa Pintada»). Actualmente reseña libros de temática romántica en su blog «Ailina entre libros».

Le encanta escribir, leer, hacer manualidades, la música y el cine.

Puedes conocer más sobre ella en:

Blog: <http://ailinashebelle.blogspot.com.es/>

Facebook: <https://www.facebook.com/ailinashebelleautora>

Twitter: [@AilinaShebelle](https://twitter.com/AilinaShebelle)

Web: <http://ailinashebelle.wixsite.com/autora>